

MEMOIR DE
UN POETE

PG2474

.Z5

A3

C.1



1080005154



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE AUTORES CELEBRES

Ultimos tomos publicados.

- XXXVI.—R. TOEFFER: *La Biblioteca de mi tío*.—Versión castellana de María Enriqueta.—Obra inédita en castellano.—4 pesetas.
- XXXVII.—SAINTE BEUVE: *Grandes testigos de la Revolución Francesa*.—Versión de María Enriqueta.—Obra inédita en castellano.—4 pesetas.
- XXXVIII.—LUCIANO DE SAMOSATA: *El parásito, El Eunuco. Los amores y otros diálogos*.—Versión y prólogo de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—3,80 pesetas.
- XXXIX.—ENRIQUE FEDERICO AMIEL: *Diario íntimo*. Segundo tomo. Traducción del texto definitivo, de María Enriqueta.—Obra inédita en castellano.—5,15 pesetas.
- XL.—JORGE RODENBACH: *La ciudad de las aguas muertas*. (Novela).—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,50 pesetas.
- XLI.—HIPÓLITO TAINÉ: *Del Ideal en el Arte*. (Estudios de Estética).—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—3,35 pesetas.
- XLII.—MAURICIO MAETERLINCK: *El pájaro azul*. Segunda edición.—Versión castellana de R. Brenes Mesen.—3,60 pesetas.
- XLIII.—ISRAEL ZANGWILL, CHALONS ASCH, ISAAC L. PERETZ, LEÓN KOBRIN, DAVID PINSKI, ETC.: *Cuentos judíos contemporáneos*. Con un estudio preliminar de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—5,15 pesetas.
- XLIV.—FRANK WEDEKIND: *El Espíritu de la tierra*.—Traducción directa del alemán, por Manuel Pedroso.—Obra inédita en castellano.—4,55 pesetas.
- XLV.—ALFONSO DE LAMARTINE: *Balzac, su vida y su obra*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—4,45 pesetas.
- XLVI-XLVII.—STENDHAL: *Roma, Nápoles y Florencia*.—Versión de Pedro-Emilio Coll y R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.
Tomo I, 3,35 pesetas.
Tomo II, 4,10 pesetas.
Tomo III, 4,10 pesetas.
- XLVIII.—ARTURO SCHNITZLER: *La flauta pastoril*. (Novelas).—Versión castellana de Berta Halpern.—Obra inédita en castellano.—3,20 pesetas.

DIARIO DE UN POETA

ANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS

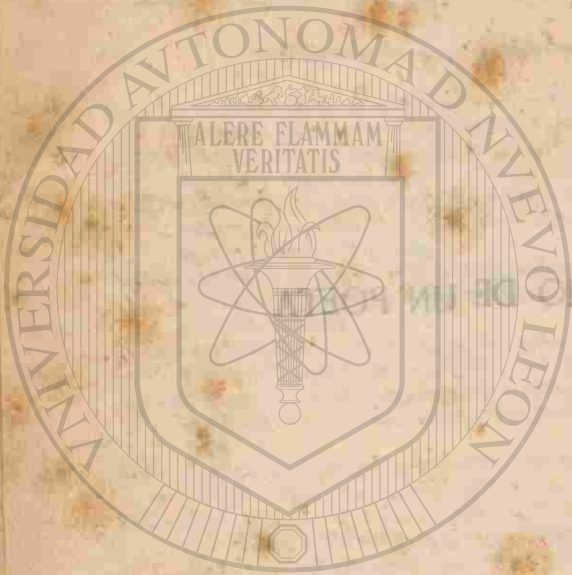
BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

ALFREDO DE VIGNY

DIARIO DE UN POETA

VERSIÓN CASTELLANA DE CÉSAR A. COMET

Obra inédita en castellano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID EDITORIAL-AMÉRICA

Martin de los Heros, 83.

808.6
V688d

10-16-XI-78



ES PROPIEDAD

FSRM

5154

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

PRÓLOGO

Con el título de *Diario de un poeta*, Luis de Ratisbonne publicó en 1867 un conjunto de notas que había encontrado entre los papeles de Vigny.

He aquí lo que dijo en el prefacio:

«Alfredo de Vigny me enseñó algunas veces en su biblioteca numerosos papeles en los que había estampado desde hacía mucho tiempo, día por día, sus notas familiares, sus *memento*, sus impresiones corrientes acerca de los hombres y, sobre todo, de las cosas; sus ideas acerca de la vida y del arte, y el tema fundamental de sus obras hechas o en proyecto. Y, algunos días antes de su muerte, me dijo: «Tal vez encuentre usted ahí algo.» He encontrado al hombre entero. Vigny escribió aquí para sí mismo, no sin color y sin estilo, pues no podía hacerlo, mas sin preparación alguna, con un completo candor. Compuso, sin preocuparse del público, sin otro testigo que su conciencia, un monólogo íntimo lleno de interés. En general se ha juzgado bien al escritor y se ha estimado al poeta en lo mucho que vale; pero el hombre, aunque se le ha venerado mucho, no es aún lo suficientemente conocido. Para

darle mejor a conocer, que vale tanto como decir para hacerle mejor amar, publico, bajo mi responsabilidad, ante mi conciencia y ante la que me ve, quizá, estos fragmentos significativos de la especie de Memorias de su vida meditativa. Creo que no me prohibió publicar algo escogido con discreción, en beneficio de las letras y de su puro renombre, toda vez que me dijo: «Ahí encontrará usted algo.»

Sabemos que Luis de Ratisbonne no ha publicado, ni mucho menos, todas las notas de Vigny. Algunas han sido después entregadas al señor Dorison y al señor Fernando Greggh, quienes las han publicado, el uno en su libro *Alfredo de Vigny, poeta filósofo*, y el otro, en 1906, en la revista *Las Letras*.

Por otra parte, varios fragmentos han sido atribuidos por Luis de Ratisbonne a fechas evidentemente erróneas. En su edición del *Diario de un poeta*, el señor León Séché, que conocía mejor que nadie todo lo que concierne a Vigny, ha sabido restablecer el orden cronológico. Salvo en algunos pasajes, hemos seguido el ejemplo del señor Séché.

DIARIO DE UN POETA

1747
1824

El combate intelectual.

Dios arrojó—tal es mi creencia—la tierra en medio del aire, e igualmente al hombre en medio del Destino. El Destino le envuelve y le conduce hacia el final, siempre oculto. El individuo vulgar se ve arrastrado por esta fuerza; los grandes caracteres son los que luchan. Hay pocos que hayan combatido durante toda su vida; cuando se dejaron llevar por la corriente, estos nadadores se ahogaron. Así, Bonaparte se debilitaba en Rusia, caía enfermo y dejaba de luchar; el Destino le había sumergido. Catón fué su maestro hasta el último instante. El fuerte crea los acontecimientos; el débil acepta los que el Destino le impone. Una distracción le conduce al fracaso algunas veces; es preciso que vigile siempre su vida—rara cualidad.

darle mejor a conocer, que vale tanto como decir para hacerle mejor amar, publico, bajo mi responsabilidad, ante mi conciencia y ante la que me ve, quizá, estos fragmentos significativos de la especie de Memorias de su vida meditativa. Creo que no me prohibió publicar algo escogido con discreción, en beneficio de las letras y de su puro renombre, toda vez que me dijo: «Ahí encontrará usted algo.»

Sabemos que Luis de Ratisbonne no ha publicado, ni mucho menos, todas las notas de Vigny. Algunas han sido después entregadas al señor Dorison y al señor Fernando Gregh, quienes las han publicado, el uno en su libro *Alfredo de Vigny, poeta filósofo*, y el otro, en 1906, en la revista *Las Letras*.

Por otra parte, varios fragmentos han sido atribuidos por Luis de Ratisbonne a fechas evidentemente erróneas. En su edición del *Diario de un poeta*, el señor León Séché, que conocía mejor que nadie todo lo que concierne a Vigny, ha sabido restablecer el orden cronológico. Salvo en algunos pasajes, hemos seguido el ejemplo del señor Séché.

DIARIO DE UN POETA

1747
1824

El combate intelectual.

Dios arrojó—tal es mi creencia—la tierra en medio del aire, e igualmente al hombre en medio del Destino. El Destino le envuelve y le conduce hacia el final, siempre oculto. El individuo vulgar se ve arrastrado por esta fuerza; los grandes caracteres son los que luchan. Hay pocos que hayan combatido durante toda su vida; cuando se dejaron llevar por la corriente, estos nadadores se ahogaron. Así, Bonaparte se debilitaba en Rusia, caía enfermo y dejaba de luchar; el Destino le había sumergido. Catón fué su maestro hasta el último instante. El fuerte crea los acontecimientos; el débil acepta los que el Destino le impone. Una distracción le conduce al fracaso algunas veces; es preciso que vigile siempre su vida—rara cualidad.

La única facultad que estimo en mí es mi eterna necesidad de organización. Apenas una idea nace en mi cerebro, le doy en el mismo instante su forma y su composición: su *organización completa*.

MI VIDA TIENE DOSCIENTOS AÑOS.

La imaginación nos envejece, y, con frecuencia, parece que vimos más mientras soñábamos que cuando vivíamos.

Imperios destruidos, mujeres deseadas o amadas, pasiones aplacadas, talentos adquiridos y perdidos, familias olvidadas... ¡Oh, cuánto he vivido...! ¿No hace doscientos años que todo era así...? Compendio de mi vida entera.

TRÁNSITO POR EL MAR.

Un hermoso barco salió de Brest un día. El capitán hizo amistad con un pasajero. Hombre de talento, le dijo:

—No encontré nunca hombre alguno que me fuese tan querido.

Llegaron a la altura de Taití. Mandó formar. El pasajero le dijo:

—¿Qué tiene usted ahí?

—Una carta que tengo orden de no abrir sino ahora, para ejecutar su contenido.

Dijo a los marineros que prepararan sus fusiles, y palideció.

—¡Fuego!

Y le hizo fusilar (1).

COMPARACIÓN POÉTICA.

Islandia.—Durante las noches de seis meses—las largas noches del Polo—un viajero subió a una montaña, y, desde allí, vió a lo lejos el sol y la luz del día, en tanto que la noche estaba a sus pies. Del mismo modo, el poeta ve un sol, un mundo sublime, y lanza exclamaciones de éxtasis sobre este mundo real, mientras los hombres se hunden en la noche.

La reputación sólo encierra una cosa buena, y es que permite tener confianza en sí mismo y decir en voz alta nuestro pensamiento completo.

(1) Primera idea de *Laurette o el Sello rojo* (*Servidumbre y grandeza militares*).

Organización extraña.

Mi cabeza, para concebir y retener las ideas positivas, se ve obligada a lanzarlas al dominio de la imaginación, y experimento tal necesidad de crear, que preciso decirme a cada paso:

—Si tal ciencia o tal teoría práctica no existiese, ¿cómo la formaría?

Entonces aparece la idea fundamental; luego, el conjunto; luego, los detalles... Y la veo y retengo para siempre.

¿Y cómo hacer de otro modo para llegar de Éloa a la teoría de infantería?

1825

9 de Diciembre.—Acabo de revisar las últimas pruebas de *Cinco de Marzo*.

La originalidad de este libro consiste en que todo en él tiene la apariencia de una novela, y todo en él es historia. Pero se trata de un alarde de composición del que no se está satisfecho, pues aunque hace más interesante la lectura de la historia, por medio de la descripción de las pasiones, obliga a sospechar alguna falsedad de los hechos, y en ocasiones los falsea, en efecto.

1826

9 de Febrero.—La sesión de la Academia durante la recepción del duque de Montmorency fué muy notable. Ante una numerosa concurrencia de mujeres, entre la que apenas se encontraba alguno que otro académico, hablaron sucesivamente tres hombres: el señor de Montmorency, el señor Daru y el señor de Chateaubriand. Yo me hallaba enfrente de su tribuna, en el palco del Norte, y les escuchaba sin apartar los ojos de sus semblantes, con una atención profunda. He visto en ellos a tres hombres que hubieran presenciado, en mares diferentes, las tempestades revolucionarias, y me pareció apreciar en su exterior y en todo su sér las características de sus respectivas vidas. El señor de Montmorency aparecía pálido por los ayunos y las austeridades. Su rostro, muy noble, su cuerpo enjuto e inclinado, su voz débil y dulce le daban el aspecto interesante de un mártir. Su discurso fué modesto y de buen gusto; pero demasiados detalles relativos a los hospitales y a la caridad ponían de manifiesto a un hombre que, de buena fe, confunde a los pobres con el pueblo, la limosna con el beneficio y la cortesía con el favor. En todo su continente mostró esa turbación propia de un gran señor que cree encontrarse como a descubierto, y, despojado de todas sus dignidades, compa-

rece ante hombres de talento. Se encontraba turbado, hasta el punto de que, durante la respuesta del señor Daru, no cesaba de dar vueltas entre sus dedos al cuaderno de su discurso, a la manera de un buen escolar que escucha atentamente la reprimenda que se le hace, sin atreverse a apartar sus ojos de los del director, quien le trataba bastante mal, y asintiendo de vez en cuando, en actitud inteligente y dócil.

En cuanto a Daru, inmóvil en su tribuna, ostentando su cordón rojo, hablando sentado, con una voz grave y fuerte y un acento despiadado, con su mirada severa, presentaba ese aspecto militar y serio de los hombres de Bonaparte, y hallé muchas cosas en su discurso, fríamente pulido.

Lunes, 6 de Noviembre.—La facultad de ver lo es todo para mí. Una sola ojeada me revela un país, y mediante una mirada creo adivinar el alma en un semblante.

Hoy, a las once, el tío de mi mujer, el señor coronel Hamilton Bunbury, me ha presentado a sir Walter Scott, a quien conoce. En un departamento del Hotel de Windsor—en el segundo, al final del patio—, he encontrado al ilustre escocés. Al entrar en su despacho, he visto a un viejo completamente distinto a como lo representan los retratos vulgares. Es alto, delgado y un poco encorvado; su hombro izquierdo se inclina un poco hacia el lado de su cojera; su cabeza conserva aún algunos cabellos blancos;

sus cejas son blancas, y ensombrecen dos ojos azules, pequeños, fatigados, pero muy dulces, enternecidos y húmedos, denotando, en mi opinión, una sensibilidad profunda. Su tez es clara, como la de la mayoría de los ingleses, y sus mejillas y el mentón aparecen ligeramente coloreados. Inútilmente he buscado la frente de Homero y la sonrisa de Rabelais, que nuestro Carlos Nodier vió, con su entusiasmo, en el busto de Walter Scott, en Escocia. Su frente me ha parecido, por el contrario, estrecha, y únicamente espaciada por encima de las cejas. Su boca es redonda y un poco abatida hacia las comisuras de los labios. Tal vez esto obedezca a la impresión de un dolor reciente; no obstante, a mí me ha parecido habitualmente melancólico, tal y como lo he encontrado. Se le atribuye una nariz aguileña; pero ésta es corta, levantada y gruesa hasta la extremidad. El perfil de su rostro y su expresión guardan una relación singular con el porte, la expresión y las facciones del duque de Cadore, y más aún con los del mariscal Macdonald, también de raza escocesa; pero, más fatigada y pensativa, la cabeza del sabio aparece más inclinada que la del guerrero.

Cuando abordé a sir Walter Scott, éste se hallaba ocupado en escribir junto a un pupitre inglés de limonero, envuelto en una bata de seda gris. La luz del día entraba por la ventana y caía sobre sus cabellos blancos. Se levantó en una actitud muy noble y estrechó afectuosamente mi mano en la suya, calien-

te, arrugada y un poco temblorosa. Prevenido por mi tío acerca de que debía dedicarle un libro, lo recibió muy emocionado y nos hizo seña de que nos sentáramos.

—No se ve todos los días a un grande hombre en estos tiempos—le dije—; no he conocido aún mas que a Bonaparte, a Chateaubriand y a usted.

Me reprochaba en secreto olvidarme de Girodet, mi amigo, y de otros; pero tenía en cuenta que estaba hablando con un extranjero.

—Me considero muy honrado, muy honrado—me respondió—; comprendo cuanto usted me dice; pero yo no sabría contestarle en francés.

Al oír estas palabras comprendí que una muralla se interponía entre nosotros.

Al darse cuenta de que mi tío me traducía sus frases en inglés, se esforzó, hablando lentamente, por expresarme sus ideas.

Refiriéndose a *Cinco de Marzo*, dijo:

—Conozco ese acontecimiento; corresponde a una bella época de su historia nacional.

Le dije que me escribiera comunicándome los defectos que encontrara, y le entregué mi dirección.

—No cuente usted conmigo para hacer crítica—me dijo—; yo, únicamente siento...

Me oprimió la mano en una actitud paternal. Su mano, un poco gorda, temblaba mucho. Supongo que obedecería a la impaciencia de no saberse expresar. Mi tío creyó que mi visita le causaba una

emoción tierna. ¡Dios lo quiera, y también que todas sus horas sean felices...! Le supongo sensible y tímido... ¡Sencillo e ilustre viejo...! Le pregunté si volvería a Francia.

—No sé—me dijo.

El embajador le esperaba e iba a salir. Le abandoné, no sin haberle observado con una mirada fija mientras hablaba en inglés con mi tío.

1828

Todo el trabajo de la Humanidad que fermenta es el combate del orden contra la libertad. Camina hacia la conciliación. El deseo del sér aislado constituye la libertad; el deseo del sér social es el orden, por necesidad de protección. El imperio, siempre creciente, de la inteligencia, conducirá a la sociedad a una época en que ningún deseo de libertad quede frustrado y en que el orden lo asegure invariablemente.

*El poder
contra la
libertad*

1829

La historia del mundo no es otra cosa que la lucha del Poder contra la opinión general. Cuando el Poder sigue a la opinión, es fuerte; cuando la contraria, cae.

®

El arte es la verdad selecta.

Si el principal mérito del arte sólo estuviese en la reproducción exacta de la verdad, el panorama sería superior en el *Descendimiento de la Cruz*.

Exordio.

Exento de todo fanatismo, no tengo ídolo alguno. He leído, he visto; pienso y escribo solo, independiente.

Elevación.

Como el pequeño Pulgarcito, al salir, se llenó la mano de granos de mijo y los fué echando por el camino, al salir nosotros nos llenó Dios la mano de días, cuyo número está contado, y nosotros los sembramos por nuestro camino con inconsciencia, sin inquietarnos al ver disminuir el número.

El hombre es tan débil que, cuando uno de sus semejantes se presenta diciendo: «Yo lo puedo todo», como Bonaparte, o «Yo lo sé todo», como Mahoma, sale vencedor y consigue la mitad de lo que pretende.

De aquí el éxito de tantos aventureros.

La conciencia pública es el juez de todo. Existe un poder en un pueblo congregado. Un público igno-

rante equivale a un hombre de genio. ¿Por qué? Porque el hombre de genio adivina el secreto de la conciencia pública. La conciencia—*saber con*—parece colectiva y pertenece a todos.

Cuando un siglo se pone en marcha guiado por una idea, es semejante a un ejército caminando por el desierto. ¡Ay de los rezagados...! Quedarse atrás, es morir.

¿Qué diferencia existe entre la curiosidad que obliga al pueblo a acudir cuando pasa el rey, una jirafa, un salvaje o un actor...? ¿Separa una curiosidad de otra un cabello o una aguja...?

El soltero no entrega, como el padre de familia, *rehenes* a su país: la mujer y los hijos, garantías de que no puede desertar y hacerse cosmopolita.

El poder es patrimonio de la luz; de aquí que, durante la Edad Media, el clero poseyese la fuerza, porque contaba con la ciencia. Hoy es inferior en conocimientos, y por eso decae.

Es preciso que los hombres de talento atiendan a los puntos amenazados del círculo del espíritu humano, y se hagan fuertes por lo que falta a la nación.

El pensamiento es semejante al compás, que ho-

rada el punto sobre el cual gira, aunque su otro brazo describa un círculo alejado.

El hombre sucumbe a causa de su trabajo y es horadado por el compás.

La razón ofende a todos los fanatismos.

Todo hombre no es otra cosa sino la imagen de una idea del espíritu general.

La Humanidad constituye un interminable discurso, del que cada hombre ilustre es una idea.

Tragedia.

Quiero representar siempre al *Destino* y al *hombre* tales y como los concibo: al uno, arrebatándole, como el mar, y al otro, grande porque lo aventaja, o grande porque lo resiste.

Del eclecticismo.

El eclecticismo es indudablemente una luz; pero una luz como la de la luna, que alumbra sin calentar. A su claridad pueden distinguirse los objetos, pero toda su fuerza no produciría el más ligero destello.

Hablar de nuestras opiniones, de nuestras amista-

des, de nuestras admiraciones con una semisonrisa próxima a abandonarlas para afirmar lo contrario: vicio francés.

Los franceses.

Todo francés, salvo algunas excepciones, nace *vau-devillista*, y no concibe nada más elevado que el *vau-deville*.

¡Escribir para semejante público, qué irrisión! ¡Qué lástima! ¡Qué oficio...!

A los franceses no les gusta la lectura, ni la música, ni la poesía, sino la *sociedad*, los salones, el ingenio, la prosa...

La gloria.

He creído en ella durante mucho tiempo; pero al enterarme de que el autor de *Laocoon* es desconocido, he visto la vanidad.

Hay, por otra parte, en mí algo más poderoso que me obliga a escribir: la *felicidad* de la inspiración, *delirio* que aventaja en mucho al delirio físico que nos enajena en los brazos de una mujer. La *voluptuosidad* del alma es más larga... El *éxtasis* moral es superior al éxtasis físico.

De Cristo.

La Humanidad debería caer de rodillas ante esta historia, porque el sacrificio es lo más hermoso que hay en el mundo, y un Dios nacido en un pesebre y muerto sobre la cruz sobrepasa los límites de los más grandes sacrificios.

De los romanos.

Era aquél un pueblo sabio, un pueblo industrial, sano y fuerte, como hay pocos. Sin filosofía, sin idealismo; no perdiéndose apenas en abstracciones, pero no considerando que el poder *sobre la tierra*, la grandeza *sobre la tierra* y la inmortalidad *sobre la tierra* sea la del nombre... En este punto, el cráneo de Bonaparte fué semejante a un cráneo romano, pues casi no se ocupaba de otra cosa.

Todo romano se consideraba como un actor: aceptaba tal o cual papel y lo representaba estudiándolo hasta donde podía llegar. «Yo desempeño el papel de republicano» —dijo Catón—. Terminado su papel, terminó la República y se mató. «He desempeñado el papel de emperador» —dijo Augusto—; aplaudid y bajad el telón: muero.» La vida pública de los romanos estribaba siempre únicamente en eso.

Pudor.

Un día, ella se mudaba de camisa; vió a su perro contemplarla y lamerle los pies; la camisa que se estaba quitando cayó demasiado pronto: todavía no tenía la otra puesta. Completamente desnuda, dejó caer la que iba a ponerse, y horrorizada, se arrojó en el lecho, desvanecida.

El único momento bello de una obra es aquel en que se escribe.

Una tragedia acerca del adulterio.

Por mucho que se haya abusado de este crimen, no se ha sondeado aún la profundidad de los suplicios del amante, de su vergüenza ante el esposo traicionado.

1830

Martes 27 de Julio.— Hoy comienzan las sublevaciones populares. Las Ordenanzas del 25 son la causa de ello. El rey va a Compiègne y deja a los ministros que hagan fuego sobre el pueblo. Se oyen las detonaciones mientras escribo. Me siento satisfecho de

De Cristo.

La Humanidad debería caer de rodillas ante esta historia, porque el sacrificio es lo más hermoso que hay en el mundo, y un Dios nacido en un pesebre y muerto sobre la cruz sobrepasa los límites de los más grandes sacrificios.

De los romanos.

Era aquél un pueblo sabio, un pueblo industrial, sano y fuerte, como hay pocos. Sin filosofía, sin idealismo; no perdiéndose apenas en abstracciones, pero no considerando que el poder *sobre la tierra*, la grandeza *sobre la tierra* y la inmortalidad *sobre la tierra* sea la del nombre... En este punto, el cráneo de Bonaparte fué semejante a un cráneo romano, pues casi no se ocupaba de otra cosa.

Todo romano se consideraba como un actor: aceptaba tal o cual papel y lo representaba estudiándolo hasta donde podía llegar. «Yo desempeño el papel de republicano» —dijo Catón—. Terminado su papel, terminó la República y se mató. «He desempeñado el papel de emperador» —dijo Augusto—; aplaudid y bajad el telón: muero.» La vida pública de los romanos estribaba siempre únicamente en eso.

Pudor.

Un día, ella se mudaba de camisa; vió a su perro contemplarla y lamerle los pies; la camisa que se estaba quitando cayó demasiado pronto: todavía no tenía la otra puesta. Completamente desnuda, dejó caer la que iba a ponerse, y horrorizada, se arrojó en el lecho, desvanecida.

El único momento bello de una obra es aquel en que se escribe.

Una tragedia acerca del adulterio.

Por mucho que se haya abusado de este crimen, no se ha sondeado aún la profundidad de los suplicios del amante, de su vergüenza ante el esposo traicionado.

1830

Martes 27 de Julio.— Hoy comienzan las sublevaciones populares. Las Ordenanzas del 25 son la causa de ello. El rey va a Compiègne y deja a los ministros que hagan fuego sobre el pueblo. Se oyen las detonaciones mientras escribo. Me siento satisfecho de

haber abandonado el ejército; trece años de servicios mal recompensados me dejaron cumplir con los Borbones. Desde el advenimiento de Carlos X predije que éste intentaría llegar al Gobierno absoluto. Odió la Constitución y no la comprende. Las viejas de la Corte y los favoritos le dominan. Ha llegado a introducir al señor de Polignac en el Ministerio y quiere mantenerlo a toda costa. Ha sido duramente insultado por los doscientos veintinueve diputados de la Cámara. Cree poder hacer como Bonaparte. Bonaparte se colocaba de pie tras de sus cañones en Saint-Roch. Carlos X está en Compiègne. Ha dicho: «Mi hermano lo cedió todo, y ha caído; yo me resistiré, y no caeré.» Luis XVI ha caído hacia la izquierda, y Carlos X hacia la derecha: esa es la única diferencia.

Miércoles 28.—Ya no puedo atravesar París. Los obreros son unos infames; rompen los reverberos, asaltan las tiendas, matan y son fusilados y perseguidos por la Guardia. Según dicen, el 50 de línea se ha negado a hacer fuego sobre el pueblo.

He aprobado el Ministerio del Duque de Richelieu: el del señor de Martignac. La única manera de reconciliar la *Restauración* con la *Revolución*—las dos eternas enemigas—era la de gobernar con los dos medios y aplastar con su peso los extremos. Hoy le exalta un extremo. Desórdenes. Ilegalidad. Los ministros están *out laws*, fuera de la ley, y han colo-

cado también fuera de ella al rey. ¿Por qué no está en París? ¿Por qué el Delfín está ausente...?

El artículo 14 de la Constitución, que ha servido de pretexto para las Ordenanzas, dice:

«El rey... hace los Reglamentos y Ordenanzas necesarias para la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado.»

Es evidente que el inciso *la seguridad del Estado* es el complemento del primero. *El Estado es la ley armada*; la seguridad del Estado es la seguridad de la ley en su curso. Esto no puede ser entendido de otro modo, sin una artimaña de jesuita o de abogado.

Del miércoles al jueves 29.—Desde esta mañana se batalla. Los obreros tienen una valentía de vandeanos; los soldados, un valor de guardias imperiales; al fin, franceses. Ardor e inteligencia por una parte; honor, por la otra. ¿Cuál es mi deber? Proteger a mi madre y a mi mujer. ¿Qué soy? Capitán retirado. Hace cinco años que abandoné el servicio. La Corte no me dió nada durante mis servicios. Mis escritos le disgustaban; los encontraba sediciosos. Luis XIII era de tal modo, que me hacía decir a menudo: *Sois muy liberal*. Recibí de los Borbones un grado por *antigüedad* en el 5.º de la Guardia, el único, pues entré de teniente. Y, no obstante, si el rey vuelve a las Tullerías y el Delfín se pone al frente de las tropas, iré a morir con ellos.

Toque de alarma.

Desde la ventana he visto el incendio de los tejados. La confusión, pues, procederá del fuego... ¡Pobre pueblo, grande y guerrero...!

He preparado mi antiguo uniforme. Si el rey recuerda a todos los oficiales, iré. Y su causa es mala; está en la infancia, como toda su familia; está en la infancia para vivir en nuestro tiempo, que no comprende. ¿Por qué he comprendido que me debía a este muerto...? Es absurdo. No sabrá mi nombre ni mi fin. Mi padre, cuando yo era todavía niño, me hacía besar la cruz de San Luis, bajo el Imperio; superstición, superstición política, sin raíces, pueril; viejo prejuicio de noble fidelidad, de atracción de la familia; especie de vasallaje, de parentesco establecido entre el siervo y el señor... Pero, ¿cómo no ir mañana por la mañana, si nos llama a todos...? He servido al rey durante trece años. Esta palabra: el rey, ¿qué significa...? ¡Y abandonar a mi anciana madre y a mi mujer, que cuentan conmigo...! Las abandonaré; es muy injusto, pero será preciso.

La noche acabará pronto.

Todavía se oye el cañón.

Jueves 29.—No vienen a París, que muere por ellos. ¡Raza de los Estuardos...! ¡Oh...! Me quedo con mi familia.

Ataque de los cuarteles de la calle Verde y del Seminario. Valentía incomparable de los obreros cerra-

jeros. He sacado la cabeza por la ventana para ver si algún herido de cualquiera de los dos bandos venía a refugiarse en mi puerta. Acaban de hacer fuego sobre mí; han creído que pretendía tirar desde la ventana. Los tres balazos han roto la cornisa de mi ventana. En veinte minutos han sido tomados los dos cuarteles.

Viernes 30.—No ha parecido ni un príncipe. Los pobres valientes de la Guardia están abandonados, sin órdenes y sin pan, desde hace dos días, acosados por todas partes y batiéndose siempre. ¡Oh, guerra civil! ¡Esos devotos obstinados te han acarreado...!

Alejaos de todas partes. París es libre.

Sábado 31.—¡He aquí, en tres días, este viejo tro- no minado...!

He terminado para siempre con las enojosas supersticiones políticas. Sólo ellas podían turbar mis ideas con los movimientos del instinto. Si el duque de Enghien, o siquiera el duque de Berry, hubiesen estado aquí, yo habría muerto. Tal vez hubiera sido peor. ¡Quién sabe lo que haré!

1.º de Agosto.—El duque de Orleans es acogido fríamente por el pueblo. Sus partidarios han creído que su nombre de Borbón le perjudicaba. Proclaman que no pertenece a los *Capets-Bourbons*, sino que es *Valois*.

10 de Agosto.—Coronación de Luis Felipe I.—Grave ceremonia.—Es una *coronación protestante*.—Conviene a un poder que no tiene ya nada de místico—dice *El Globo*—. Yo le encuentro el defecto radical de que el trono no se sustenta en el llamamiento del pueblo ni en el derecho de legitimidad: está sin apoyo.

Se haría una buena comedia con los *jefes de partido*, que lo han sido, a pesar suyo, durante las tres primeras jornadas.

11 de Agosto.—No se habla de los oficiales de la Guardia que han tenido nobles rasgos de valentía. Un teniente del sexto de la Guardia que había recibido orden de hacer fuego se negó a ello porque la calle se encontraba llena de mujeres y niños. El coronel reiteró la orden y le amenazó con arrestarlo. El oficial cogió una pistola y se levantó la tapa de los sesos.

Le Moteux, capitán del primer regimiento, presentó su dimisión el mismo día en que se publicaron las desatinadas Ordenanzas del señor de Polignac. Por la tarde, empezó el combate. Fué a ver a su coronel, y le rogó que considerase su dimisión como no presentada. Su compañía se había refugiado en la Magdalena, en las columnas de la iglesia. Le intimidaron a rendirse, se negó a ello, y cayó muerto.

Estos dos ejemplos pueden servir de símbolo perfecto para expresar la situación de ánimo de la Guar-

dia Real. Ha cumplido noblemente con su deber, pero en contra de su voluntad. Mientras el ejército exista, la obediencia pasiva debe ser respetada. Pero es una cosa deplorable el ejército.

21 de Agosto.—En política no tengo ya corazón. No me pesa haberlo perdido: entorpecía a mi cabeza. ¡Ay! En lo sucesivo, sólo mi cabeza juzgará, y con serenidad.

La Fortuna, arrojando al aire sus dados, no había traído hasta ahora la realeza democrática. Vamos a ver lo que es eso.

He organizado la segunda compañía del cuarto batallón de la primera legión de la Guardia Nacional, nombrando inmediatamente mi sargento mayor y encargándole de la contabilidad. Yo mismo me he encargado del mando y he recorrido tres calles.

29 de Agosto.—Revista de la Guardia Nacional en el Campo de Marte. He mandado bastante militarmente el cuarto batallón de la primera legión. El rey Luis Felipe I, después de haber desfilado por delante del batallón, ha detenido su caballo, se ha quitado el sombrero y me ha dicho:

—Señor de Vigny; me siento muy satisfecho de verle, y más de verle aquí. Su batallón es muy her-

moso. Dígaselo a todos esos señores, de mi parte, ya que yo no puedo hacerlo por mí mismo.

Le he encontrado bello y semejante a Luis XIV; aproximadamente, como la señora de Sevigné encontraba a Luis XIV el rey más grande del mundo después de haber bailado con él.

Por si hago la novela que proyecto de *La vida y la muerte de un soldado*.

Idea fundamental: La obediencia pasiva.—El martirio de un soldado.

Colocaré entre él y el segundo personaje a una actriz que le siga a todas partes y que le cuente la vida de su hermano, que siguió una magnífica carrera política de abogado, llena de *traiciones y de recompensas*.

El día en que ya no haya entre los hombres entusiasmo, amor, adoración ni abnegación, cavemos la tierra hasta su centro, pongamos quinientos mil barriles de pólvora y que estalle en pedazos, como una bomba, en medio del firmamento.

Entierro de Benjamín Constant. Sólo le vi una vez el invierno último en casa de la señora O'Reilly. Tuvo una deliciosa coquetería respecto de mí, diciéndome que me miraba como al más grande de los escritores jóvenes. Cuando le hablé del encarnizamiento con que se perseguía la poesía por las iz-

quierdas de la Cámara, me dijo que éste era asunto de buenos académicos, que suponía un temor de aparecer como queriendo romper todas las cadenas, y que se querían conservar las más ligeras: *las de las reglas literarias...* Entablé con él una especie de discusión discreta a este respecto, y se dejó refutar, con Walstein, muy complacientemente.

Era un hombre de un espíritu superior. Combatió siempre sin recompensa: lo que yo estimo; pero creo que había puesto su punto de mira muy alto y no lo alcanzó. No se hubiera considerado satisfecho con ser par de Francia o primer ministro. Quizá necesitaba una República y ser su presidente. La dinastía de los Borbones le importunaba, y contribuyó a derribarla; y la tristeza que confesó en la tribuna procedía de la impotencia en que se hallaba sumido por no poder fundar nada sobre las ruinas que hizo.

Tenía un perfil bastante noble y ademanes elegantes y graciosos. Era hombre de mundo y hombre de letras, lo cual constituía una extraña mezcla, un conjunto exquisito. Creo que tenía un corazón frío y ninguna imaginación.

Los franceses tienen imaginación durante la acción, y rara vez durante la meditación solitaria.

El mundo camina como un necio: avanza balanceándose muellemente entre dos absurdidades: el derecho divino y la soberanía del pueblo.

Se ha dicho que jamás veré una asamblea de hombres cualesquiera sin que me lata el corazón, sintiendo una cólera sorda contra ellos, ante la seguridad de su mediocridad, de la suficiencia y puerilidad de sus decisiones y de la ceguera absoluta de su conducta.

¡Oh, huir, huir de entre los hombres y retirarse con algunos elegidos, elegidos entre mil millares de miles...!

París está inundado de hojas periódicas en las que los escritores se lanzan al rostro, unos a otros, innobles y violentas injurias, y, completamente cubiertos de cieno, encuentran aún el medio de sonreirse, estrechase la mano y vivir juntos familiarmente. Defensores insolentes de causas en las cuales no creen. Mientras tanto, se ha visto a los oficiales, divididos en dos bandos, cumplir en silencio sus rigurosos deberes y hacer su correspondiente maniobra mortal, respetando el nombre y el honor de su fraternal enemigo. Haríais mejor matándoos que difamándoos.

Presentaría el aspecto de un sectario o de un hipócrita si lanzase a Francia hacia la República, y, sin embargo, Francia es demócrata desde 1789.

1831

29 de Diciembre.—Nacer sin fortuna es el mayor de los males. Nunca se obtiene en esta sociedad, que se fundamenta en el oro.

Soy el último hijo de una familia muy rica. Mi padre, arruinado por la Revolución, consagra el resto de sus bienes a mi educación. ¡Buen viejo de cabellos blancos, espiritual, instruido, herido, mutilado por la guerra de los Siete Años, y alegre y lleno de bondades y amabilidades...! Se me educa bien. Se me desarrollan los sentimientos artísticos con que vine al mundo. Durante todo el tiempo del Imperio, tuve el corazón emocionado por el deseo de ir al ejército. Pero es preciso tener edad. Por otra parte, el grande hombre es detestado; se alejan de él mis ideas tanto como es posible.

Viene la Restauración. A los diez y seis años me armo de dos pistolas, y con una escarapela blanca en el sombrero voy a unirme a todos los realistas que se manifestaban débilmente.

Entro en las compañías rojas contra viento y marea. Un caballo me rompe una pierna. Cojeando, y apenas curado, causo la derrota de Luis XVIII hasta Bethune, siempre a la retaguardia y al frente de los lanceros de Bonaparte.

En 1815, en la Guardia Real, después de un mes en

Se ha dicho que jamás veré una asamblea de hombres cualesquiera sin que me lata el corazón, sintiendo una cólera sorda contra ellos, ante la seguridad de su mediocridad, de la suficiencia y puerilidad de sus decisiones y de la ceguera absoluta de su conducta.

¡Oh, huir, huir de entre los hombres y retirarse con algunos elegidos, elegidos entre mil millares de miles...!

París está inundado de hojas periódicas en las que los escritores se lanzan al rostro, unos a otros, innobles y violentas injurias, y, completamente cubiertos de cieno, encuentran aún el medio de sonreirse, estrecharse la mano y vivir juntos familiarmente. Defensores insolentes de causas en las cuales no creen. Mientras tanto, se ha visto a los oficiales, divididos en dos bandos, cumplir en silencio sus rigurosos deberes y hacer su correspondiente maniobra mortal, respetando el nombre y el honor de su fraternal enemigo. Haríais mejor matándoos que difamándoos.

Presentaría el aspecto de un sectario o de un hipócrita si lanzase a Francia hacia la República, y, sin embargo, Francia es demócrata desde 1789.

1831

29 de Diciembre.—Nacer sin fortuna es el mayor de los males. Nunca se obtiene en esta sociedad, que se fundamenta en el oro.

Soy el último hijo de una familia muy rica. Mi padre, arruinado por la Revolución, consagra el resto de sus bienes a mi educación. ¡Buen viejo de cabellos blancos, espiritual, instruido, herido, mutilado por la guerra de los Siete Años, y alegre y lleno de bondades y amabilidades...! Se me educa bien. Se me desarrollan los sentimientos artísticos con que vine al mundo. Durante todo el tiempo del Imperio, tuve el corazón emocionado por el deseo de ir al ejército. Pero es preciso tener edad. Por otra parte, el grande hombre es detestado; se alejan de él mis ideas tanto como es posible.

Viene la Restauración. A los diez y seis años me armo de dos pistolas, y con una escarapela blanca en el sombrero voy a unirme a todos los realistas que se manifestaban débilmente.

Entro en las compañías rojas contra viento y marea. Un caballo me rompe una pierna. Cojeando, y apenas curado, causo la derrota de Luis XVIII hasta Bethune, siempre a la retaguardia y al frente de los lanceros de Bonaparte.

En 1815, en la Guardia Real, después de un mes en

filas, espero durante nueve años a que la antigüedad me haga capitán.

Era independiente de espíritu y de palabra; estaba sin fortuna y era poeta, triple título para el disfavor. Me caso a los catorce años de servicios y hastiado por el monótono servicio de paz. Se acaba de hacer sin mí una revolución cuyos principios son muy confusos. Escéptico y desinteresado, veo y espero adicto solamente al país para lo sucesivo.

31 de Diciembre, a las doce de la noche.—Ha terminado el año.

Doy gracias al cielo por haber hecho que haya transcurrido como los demás, sin que haya alterado nada la independencia de mi carácter y la salvaje felicidad de mi vida.

No he hecho mal a nadie. No he escrito una sola línea en contra de mi conciencia ni contra ningún ser viviente. Este año ha sido inofensivo, como los demás años de mi vida.

Estando enfermo hoy, he ardidado en el temor de los editores póstumos: una tragedia de *Roland*, una de *Julián el Apóstata* y una de *Antonio y Cleopatra*, repasadas, emborronadas, corregidas por mí desde hace diez y ocho o veinte años.

En el *Roland* sólo había soportable un verso acerca de Jesucristo:

Hijo del cielo desterrado, sufriste en el desierto.

Salgo de una larga enfermedad que tenía los síntomas del cólera.

Me asombra no haber muerto. He sufrido en silencio dolores horribles, y creía haberme acostado para morir.

Mi convalecencia, en mi entender, se prolonga demasiado.

La segunda consulta acerca del suicidio. Encerrará todos los géneros de suicidio y los ejemplos de todas sus causas, analizadas profundamente.

Expondré todas mis ideas acerca de la vida. Son consoladoras por la desesperación misma.

Es bueno y saludable no tener ninguna esperanza.

La esperanza es la mayor de nuestras locuras.

Bien comprendido esto, todo cuanto ocurre favorablemente nos sorprende.

En esta prisión, llamada la vida, de donde salimos unos después de otros para ir a la muerte, no es preciso contar con ningún paseo ni con ninguna flor. Entonces, el ramo más insignificante, la hoja más pequeña, regocija la vista y el corazón, y quedamos satisfechos ante el poder que permitió la encontrásemos a nuestro paso.

Cierto es que no sabemos por qué estamos presos

ni de dónde proviene nuestro castigo; pero sabemos cuál ha de ser, sin duda alguna, nuestra pena: sufrimiento en la prisión, y la muerte después.

No pensemos en el juez, ni en el proceso, que ignoraremos siempre, sino únicamente en dar gracias al carcelero desconocido que nos permite a menudo goces dignos del cielo.

Tal es el contenido de la receta con que terminará la segunda consulta del *Doctor Negro*.

Para la segunda consulta.

Todos los crímenes y los vicios proceden de la debilidad.

Por consiguiente, sólo inspiran lástima.

Volvamos a la idea de la segunda consulta.

He aquí la vida humana:

Me figuro a una multitud de hombres, mujeres y niños que hubieran caído en un sueño profundo. Se despiertan encarcelados, se acostumbran a su prisión y hacen en ella pequeños jardines. Poco a poco se aperciben de que, unos tras otros, desaparecen para siempre. No saben por qué están en la prisión ni adónde se les conduce después, y saben que no lo sabrán nunca.

Sin embargo, hay entre ellos quienes no cesan de luchar por conocer la historia de su proceso, y hay

quienes inventan algunos trozos... Otros cuentan lo que hacen, después de salir de la prisión sin saberlo.

¿No son unos locos?

Cierto es que el dueño de la prisión, el gobernador, nos hubiera hecho saber, si hubiera querido, nuestro proceso y la causa de nuestro encarcelamiento.

Puesto que no ha querido hacerlo, ni lo querrá nunca, contentémonos con darle las gracias por los alojamientos, más o menos buenos, que nos proporciona, y ya que no podemos sustraernos a la miseria común, no la hagamos mayor con infinitos tormentos. *No estamos seguros de saberlo todo al salir del calabozo; pero tenemos la seguridad de que no sabemos nada dentro.*

¡Qué bueno es Dios! ¡Qué adorable carcelero el que siembra tantas flores como hay en el prado de nuestra prisión! ¿Podrá creerse...? Hay a quienes la prisión se les hace tan querida, que temen salir de ella... ¿Qué misericordia es ésta, tan admirable y consoladora, que nos hace el castigo tan dulce...? Porque ninguna nación ha dudado de que estamos castigados no sabemos por qué.

Sobre todo, es preciso aniquilar la esperanza en el corazón del hombre.

Una desesperación apacible, sin convulsiones de cólera y sin reproches al cielo, es la sabiduría misma.

Desde ahora acepto con reconocimiento todos los días de placer, e incluso todos los días que me proporcionen alguna desgracia o alguna pena.

Da lástima pensar que Robespierre haya sido un niño, conducido por su niñera, a quien su madre le haya sonreído, y al que se haya dicho: «¡Hola, buen mozo!»

Tengo en la cabeza una línea recta.

Una vez que lanzo por esa vía férrea una idea cualquiera, la sigue hasta el final, a pesar mío. Y, mientras tanto, obro y hablo.

20 de Mayo.— He acabado de corregir, yo mismo y yo solo, las pruebas de la primera edición de *Stello*.

Esta edición valdrá más que el manuscrito, que quemaré uno de estos días, y que conservo aún, no sé por qué. En espera, tal vez, de que un amigo mío me lo pida.

Memorias y diario.

Las importunidades de los biógrafos que, a toda costa, quieren saber y publicar mi vida y no cesan de escribirme para obtener detalles que yo me guardo bien de darles; el temor de la mentira, a la que odio en todos sus aspectos, y, sobre todo, de la ca-

lumnia; el deseo de no ser considerado como un personaje heroico o fabuloso, a los ojos de las pocas personas que se ocupen de mí después de mi muerte; esto es lo que me hace tomar la resolución de escribir mis Memorias.

Llegaré, desde mi nacimiento, hasta este año. Luego, comenzaré un diario, que terminará cuando la mano que sustenta esta pluma no tenga fuerza para escribir.

Nací en Loches, pequeña ciudad de La Turena, linda, según dicen; yo no la he visto nunca. A los dos años me trajeron a París, donde fui educado por mis padres, con un cariño sin precedentes. Habían tenido tres hijos: León, Adolfo y Manuel, los cuales murieron antes de mi nacimiento. Quedé el único, el más débil y el último, de una antigua y numerosa familia de Beauce. Mi abuelo era muy rico. Vigny, Le Tronchet, Gravelle, Emerville, Saint-Mars, Sermoise, Lourquetaine, etc., etc., eran sus tierras. De ellas, sólo me quedan los nombres en mi genealogía. En Bauce organizaba, con mi padre y sus siete hermanos, grandes cacerías de lobos. Poseía un estado de príncipe. La Revolución lo destruyó todo. Sus tierras pasaron a poder de sus hombres de negocios, que las compraron por la renta. Sus hijos, murieron; unos, muertos en el ejército de Condé; otros, con pocos bienes; uno, en la Trapa. El hermano de mi madre estaba en Quiberon; su padre, en prisión. Mi padre se quedó solo y me educó con poca fortuna,

desgracia de la que no se obtiene nada cuando se es un hombre honrado.

Repasando los treinta años de mi vida, veo que dos épocas los dividen en dos partes casi iguales, y estas épocas, por las ideas, parecen dos siglos: el Imperio y la Restauración. La una fué el tiempo de mi educación; la otra, de mi vida militar y poética. Una tercera época ha comenzado hace dos años: la de la Revolución. Creo que ésta será la más filosófica de mi vida.

Puedo, pues, separar el pasado de mis días en estas dos grandes partes. Tiempo en el que he visto y observado bien, desde el sombrío punto de vista en que he sido colocado.

Instrucciones generales para la clasificación.

La severidad fría y un poco pasiva de mi carácter no era nativa.

Me ha sido proporcionada por la vida.

Una sensibilidad extrema, dominada desde la infancia por los maestros, y en el ejército por los oficiales superiores, quedó encerrada en el rincón más secreto de mi corazón. El mundo no vió nunca mas que las ideas.

Sólo el *Doctor Negro* apareció en mí; *Stello* permaneció oculto.

Estuve enfermo en 1819 y escupía sangre; pero como, a fuerza de juventud y de valor, me tenía en pie, andaba y salía, era preciso continuar el servicio hasta la muerte. Hasta que un hombre está muerto no se cree en su enfermedad en un regimiento. Después de su entierro, se dice: «Parecía que estaba verdaderamente enfermo.» Si se mete uno en el lecho, se dice: «Finge estar enfermo.» Si está malo del pecho y sale para tomar el aire, se dice: «Eso es burlarse de los compañeros y obligarles a que le hagan su servicio.» Se adquiere esta dureza. Se burlan de uno si se le tiene lástima a un soldado. Se siente horror por el hombre que se levanta la tapa de los sesos; se tiene la creencia de que esta resolución supone una rebelión contra la autoridad. Se hace uno impasible y duro.

Tomé esta resolución contra mí mismo, y me dije: «Llegaré hasta lo último.»

Fuí una vez de Amiens a París, bajo la lluvia, con mi batallón, escupiendo sangre por todo el camino y pidiendo leche en todas las cabañas; pero sin decir nada de cuanto sufría. Me dejé devorar por el buitre interior.

Los dramas y las novelas mediocres tienden ahora a mantener el interés y a hacer sorprendentes los hallazgos, inventando narraciones acumuladas, imaginables. Así, pues, si un obrero encuentra en un baile campestre a una gran señora, verá que preci-

construye
una
sensibilidad
del soldado

®

samente está encargado de hacer su brazaletes y llevarse, y también que es el hijo de su marido, y que es también el asesino de un imbécil que va a hacer competencia con él en su desván.

Es verdaderamente delicioso ver en su *toilette* a una actriz, verdaderamente inspirada, antes de entrar en escena. Habla de todo con una exageración graciosa; se engríe por cosas insignificantes, grita, gime, suspira, se enfada, acaricia..., todo en un minuto; se finge enferma, postrada, curada, buena, débil, fuerte, alegre, melancólica, colérica... Y no tiene nada de eso, sino que está impaciente, como un caballito de carreras que espera a que se levante la barrera; piafa a su modo, se mira en el espejo, se pone carmín, se lo quita después, ensaya su gesto y lo modifica; se prueba *la voz hablando alto*; temple su alma, haciéndola pasar por todos los matices y por todos los sentimientos; se aturde, se emborracha de arte y de escena por adelantado.

Trabajando, recuerdo un rasgo muy interesante que la princesa de Béthune me contó una noche.

El señor de X... sabía muy bien que su mujer tenía un amante. Pero las cosas pasaban con decencia, y se callaba.

Una noche el señor de X... entró en casa de ella, lo que no hacía nunca desde hacía cinco años.

Ella se extrañó. El señor X... le dijo:

—Permaneced en el lecho; pasaré la noche leyendo en esta butaca. Sé que usted lo desea así, y yo sólo vengo por despistar a la gente (1).

Ella se calló y lloró. Era verdad.

El genio épico tiene amplio campo donde tender sus alas en la gran novela. En el drama tiene que reducirse a proporciones demasiado restringidas. ¡Cómo encuentro la historia, hasta lo último, en los dramas de Shakespeare! ¡Cómo sintió que se ahogaba...!

Bonaparte murió diciendo: *Cabeza de ejército*, y repasando en la memoria sus primeras batallas. Canning, hablando de los negocios. Cuvier, analizando a sí mismo y diciendo: *La cabeza se enreda*.

¿Y Dios? Tal es el siglo: no pensaron en él.

Si; tal es el siglo. Y es que la razón humana llegó hasta aquellos hombres, y debe llegar para todos, con *la resignación de nuestra debilidad y de nuestra ignorancia*. Seamos todo lo que podamos ser; sepamos lo poco que podamos saber. Ya es bastante, para los pocos días de vida de que disponemos. La resignación que se nos hace más difícil es la de

(1) Esta anécdota sirvió a Alfredo de Vigny para escribir su comedia *Libre por miedo*.

nuestra ignorancia. ¿Por qué nos resignamos a todo, excepto a ignorar los misterios de la eternidad? A consecuencia de la esperanza, que es la fuente de todas nuestras cobardías. Inventamos una fe; nos persuadimos de ella; queremos persuadir también a los demás, y les castigamos para obligarles a ello.

Y por qué no decir:

«Siento sobre mi cabeza el peso de una condena-
ción que padezco constantemente, ¡oh, Señor! Igno-
rando la falta y el proceso, me encuentro en la pri-
sión. Procuero olvidarlo algunas veces: a esto se re-
ducen los trabajos humanos. Me encuentro resignado
a todos los males y os bendigo al final de cada día,
cuando lo he pasado libre de toda desgracia. No es-
pero nada de este mundo, y os doy gracias por ha-
berme concedido la fuerza suficiente para el trabajo,
el cual hace que pueda olvidar por completo mi ig-
norancia eterna.»

No se puede ser demasiado indulgente con la gen-
te joven que nos consulta. Creo que es preciso siem-
pre animarles, ensalzarles, elevarles a sus propios
ojos, obtener de ellos todo cuanto encierran sus ce-
rebros y exprimirles, como se hace con un grano de
uva, hasta que den la última gota.

Yo era teniente de la Guardia Real, y estaba de
guarnición en Versalles, en 1816, si mal no recuer-
do, cuando hice una tragedia bastante mala, titulada
Julián, el Apóstata, que he quemado últimamente.

Tal y como estaba, se la enseñé al señor de Beau-
champ, que había hecho algunos libros de Historia.
Después de haber escuchado el prólogo y el primer
acto, me estrechó la mano vivamente, y me dijo:
«Acuérdese usted de esto: *A partir de hoy, ha con-
quistado usted su independencia.*» Estas palabras
alentadoras fueron las que más me emocionaron, y
además fueron las primeras, pues no me atrevía a
leerle nada a nadie. Tal vez si me hubiese dicho lo
contrario, me hubiera entregado al instinto de la pe-
reza, tan frecuente en el hombre que nuestra princi-
pal ocupación consiste siempre en combatirla.

Esto me recuerda a un hombre de ingenio, mi pri-
mo el conde James de Montwrault. Un día le repro-
ché que fatigaba mucho a los soldados del regimien-
to, del cual era coronel y yo capitán.

—Amigo mío—me dijo—, es preciso siempre exi-
gir a los hombres más de lo que pueden hacer para
obtener de ellos todo lo que pueden hacer.

Estas palabras constituían un buen principio mi-
litar, procedente de un buen oficial.

Bossuet pone demasiada sencillez en las explica-
ciones de cada palabra de la *Historia Universal*. Se
ve demasiado que escribe para un niño. No puede
decir: *anacronismo*, sin añadir inmediatamente: «esa
especie de error que consiste en confundir las
épocas».

No leí nunca dos Armonías o Meditaciones de La-

martine sin que mis ojos se llenaran de lágrimas. Cuando las leo en voz alta, las lágrimas corren por mis mejillas. ¡Qué feliz me siento cuando veo otros ojos más húmedos aún que los míos! ¡Lágrimas santas! ¡Lágrimas bienhechoras, de adoración, de admiración y de amor!

Si algo no me lo impidiera, haría un himno a la duquesa de Berry, que viene, como una madona,

Con su hijo en los brazos y en la mano su lis.

Pero, ¿para qué? Cantar un infortunio tan bello es confundirse con los que se preparan favores para el porvenir. No siento entusiasmo alguno por su causa, sin lo cual hubiera ido a combatir, y no a cantar.

La elegante sencillez, la reserva de los modales delicados del gran mundo causan, no solamente una aversión profunda a los hombres groseros de todas las opiniones, sino un odio que conduce incluso a la sed de sangre.

La Prensa devorará a la elocuencia: ya casi se la ha comido.

En la antigüedad, el que perdía una representación de Cicerón, lo perdía todo. Hoy se dice:

—No lo he oído hoy... ¡Qué importa...! Ya lo leeré mañana.

Algunas veces, nuestra lengua embellece lo que traduce.

Me gusta más *Michel-Ange* (1) que *Michelangelo* y *Florence* (2) que *Firenze*.

El verdadero ciudadano libre es aquel al que no le importa el Gobierno, ni tiene nada que ver con él; he aquí mi opinión, y he aquí mi vida.

La mejora de la clase más numerosa y la relación que existe entre la capacidad proletaria y la propiedad hereditaria constituyen toda la cuestión política actual.

El Doctor Negro representa a la vida. Lo que la vida tiene de real, de triste, de desesperante debe ser representado por él y por sus palabras, y siempre el enfermo debe ser superior, en su triste razón, a todo cuanto la poesía tiene de superior a la realidad dolorosa que nos envuelve; pero esta razón, según la vida, debe reducir siempre el sentimiento al silencio, y el silencio constituirá la mejor crítica de la vida.

(1) Miguel Angel.—*N. del t.*

(2) Florencia.—*N. del t.*

OBJETO: EL HÁBEAS CORPUS; EL VACÍO DE LAS LEYES (1)

(Para la tercera consulta del Doctor Negro.)

El Doctor Negro encuentra a un hombre, en el que la vanidad de ser nombrado el primer legislador de su tiempo le causa una verdadera enfermedad. Es abogado y ejerce su abogacía de la mañana a la noche.

El doctor le señala los defectos de todas las leyes, llevándole junto al lecho de un hombre que muere en la prisión, donde fué encerrado PREVENTIVAMENTE hace nueve meses. Se le reconoce inocente, es absuelto y muere en la Audiencia. En su agonía, exclama:

—Devolvedme mi salud, mi tiempo, mi familia, mi felicidad, perdida en esta prisión. Si soy inocente, ¿por qué me habéis matado...? Si soy inocente, ¿puedo morir sin que vosotros seáis unos asesinos...? Y si sois unos asesinos, ¿por qué no existe quien tenga derecho a juzgaros...?

(1) *Hábeas corpus*, frase latina, usada en Inglaterra. Derecho que tiene todo ciudadano, detenido o preso, a que el juez le oiga, inmediata y públicamente, y resuelva si su detención fué o no legal, y si debe alzarse o mantenerse.—N. del t.

D[*octor Negro*].—Hemos llegado al extremo de que el Poder no tiene ya fuerza ni prestigio a los ojos de los hombres. ¿Qué le queda, pues?

D.—Los Médicos y los nobles fueron buenos para las artes, porque la nobleza apenas suponía un poder, y no era mas que un nombre elegante aplicado a la opulencia hereditaria y a la gloria de los antepasados.

D.—Llevad vuestra idea hacia adelante, cada vez más. Daos cuenta de que los malvados excitan más el interés que los hombres puros. Siempre que posean cualquier insignificante cualidad, adquieren un gran renombre.

S[tello].—¿Por qué el trabajo intelectual proporciona un aspecto cruel al semblante?

D.—Por la renunciación al presente a cambio de la contemplación del pasado y del porvenir. La separación es cruel.

Stello.—Profundamente herido, pero demasiado soberbio para quejarme: tal ha sido el epígrafe de toda mi vida.

El orden social es malo y lo será siempre. Durante el tiempo en que Dios mismo se dignó habitar en la tierra, le hubiese sido fácil indicarnos una forma

de Gobierno perfecta. El género humano perdió entonces una magnífica ocasión que no volverá a encontrar ya. Es preciso, pues, resignarse a no ver nada estable, no obstante la exclamación: ¡Esta vez es para siempre! Ese grito que lanzan a coro todos los legisladores, después que han formado una Constitución.

El orden moral es siempre malo. Sólo de vez en cuando se hace soportable. De lo malo a lo soportable, la diferencia no merece una gota de sangre. Lo contrario sería la teoría de un asesino. Tal es la de los septembristas, y la de los inquisidores, y la de Ravaillac y la de Louvet.

El 9 Thermidor.—El 8 murió Andrés de Chénier (Thiers). Hubo una lucha entre la Convención y el Concejo. Henriot quería hacer fuego. La negativa de los cañoneros fijó la suerte del 9 Thermidor. Si un cañonero hubiese aproximado su mecha, la faz del mundo habría cambiado.

Robespierre, abogado frío, malo e infame.

Thiers llama a las obras de Andrés Ch[énier] admirables bocetos.

Son cuadros perfectos.

Los que atacaron sucumbieron: fué la primera vez en la Revolución. A aquella señal, se vió que había terminado el movimiento ascendente (Mignet).

Bien visto.

Nodier, en sus *Recuerdos* (al final), dice:

«Asegúrase que he derribado en el lecho de Procusto a Robespierre. Es posible; pero temo haberlo engrandecido.»

Es noble haberlo engrandecido bajo la Restauración, y acusarse de ello en 1832.

Yo no le engrandeceré, por espíritu de oposición; quisiera pintarle tal como fué. No estoy contento con los *Recuerdos* de Nodier. Malogra cuanto tiene de bueno en las observaciones acerca de los hombres y el tiempo, con fábulas demasiado arbitrarias y demasiado complejas y afectadas.

El amor físico, y únicamente físico, perdona toda infidelidad. El enamorado sabe o cree que no encontrará ninguna voluptuosidad semejante en otra parte, y lamentándose por ello, se alimenta de vanas esperanzas. Pero tú, amor del alma, amor apasionado, no puedes perdonar nada.

Para el hombre que sabe ver las cosas, ningún tiempo es perdido.

Lo que para otro sería desocupación, es observación y reflexión para él,

El charlatanismo está en boga. No sé lo que puede hacerle cesar, si no es un exceso: tengo en él muchas esperanzas.

La consistencia.

Tener consistencia en Francia no es una frase vana. Esta expresión representa perfectamente el aplomo y la consideración que una vida prolongada y honorable puede proporcionar, y que el talento no proporciona *por sí solo*.

El teatro diario.

La pasión del mundo es la de ver. Si todos los hombres pudiesen ver lo que hace cada uno; si pudiesen construirse un teatro lo suficientemente grande para ver obrar en él a las *grandezas* y a las *celebridades*, serían dichosos y se verían transportados todos los días.

Por esto se creó el teatro; pero el teatro sólo habla del pasado, o únicamente se refiere a los acontecimientos presentes por medio de alusiones muy veladas. Sería preciso un teatro de todos los días, en el que los grandes personajes comenzasen todas las mañanas a representar su papel de la víspera, o todas las noches el de por la mañana; en el que los espec-

tadores fuesen veinte, ciento, ochocientos o mil a la vez; en el que todos los ojos de un pueblo estuviesen atentos al desarrollo de la misma escena en el mismo momento, sin que los espectadores tuviesen necesidad de abandonar su morada. Este teatro ha sido hecho: este teatro es un periódico.

En él trabajan a la vez todos los pueblos y los reyes. ¡Actores, observaos bien...! Todos vuestros gestos son apreciados y juzgados; el mundo tiene sus ojos abiertos, dirigidos hacia vosotros. El aplauso es raro y el murmullo frecuente. Apresuraos, sobre todo, a cambiar de escena, pues en un día, una escena se hace vieja y desgasta y devora vuestro nombre, y, de lo contrario, es porque representa otra celebridad en cualquier otro rincón del globo.

El que hace moverse todos los días a su antojo a esos personajes vivientes; el que los presenta en el teatro en la actitud y en el día que le place; el que los engrandece o los empequeñece a su gusto es el periodista... ¡Y serás tú, mañana, si quieres! Ve si encuentras lo suficientemente amplia esa ocupación.

Ballanche, en su *Ensayo sobre las instituciones sociales*, dice que no puede haber razón alguna para escribir la poesía en verso, toda vez que los poemas *no se cantan ya*.

Llama a nuestra poesía *lenguaje escogido*, al que se le añade la rima.

27 Jul 1842

Se equivoca. Todo hombre que recita bien sus versos los *canta* de cualquier suerte que sea.

Noble e innoble son los dos adjetivos que, a mi entender, distinguen mejor a las dos razas de hombres que viven sobre la tierra.

Constituyen, realmente, dos razas que no podrán entenderse en nada y que no sabrían vivir juntas.

Los que más se asustaban del cólera eran los más viejos. Diríase que, a fuerza de vivir, se imaginan que con los años acumulan las piedras de un hermoso edificio que nada puede destruir y que es preciso cuidar más a medida que envejece.

31 de Diciembre, a las doce de la noche.—El año expira, al fin; este doloroso año nos ha traído el cólera y las guerras de toda naturaleza. Todo lo que me es querido ha sido preservado. Extraño a todos los odios, he sido feliz con todos mis afectos. No he hecho mal a nadie y he hecho bien a varios. ¡Plugue a toda mi vida deslizarse así!

1833

La *Historia Universal*, de Bossuet, es Dios jugando una partida de ajedrez con los reyes y los pueblos.

Clarisa es una obra de estrategia, por cualquier lado que se mire. Veinticuatro volúmenes empleados en la descripción del sitio y la toma de un corazón. Eso es digno de Vauban.

Stello.

La tercera consulta será acerca de los hombres políticos.

La cuarta consulta será acerca de la idea del amor que se consume buscando la eternidad de la voluptuosidad y de la emoción.

El *prologador* de Goethe critica amargamente *Las afinidades electivas*. Es una desgracia tener que llevar consigo, para el porvenir, su torpe crítica, como un globo y una barquilla.

Ya veo, ya comprendo que la única cosa esencial para los hombres es la de *matar el tiempo*. En esta vida, cuya brevedad cantamos en todos los tonos,

Se equivoca. Todo hombre que recita bien sus versos los *canta* de cualquier suerte que sea.

Noble e innoble son los dos adjetivos que, a mi entender, distinguen mejor a las dos razas de hombres que viven sobre la tierra.

Constituyen, realmente, dos razas que no podrán entenderse en nada y que no sabrían vivir juntas.

Los que más se asustaban del cólera eran los más viejos. Diríase que, a fuerza de vivir, se imaginan que con los años acumulan las piedras de un hermoso edificio que nada puede destruir y que es preciso cuidar más a medida que envejece.

31 de Diciembre, a las doce de la noche.—El año expira, al fin; este doloroso año nos ha traído el cólera y las guerras de toda naturaleza. Todo lo que me es querido ha sido preservado. Extraño a todos los odios, he sido feliz con todos mis afectos. No he hecho mal a nadie y he hecho bien a varios. ¡Plugue a toda mi vida deslizarse así!

1833

La *Historia Universal*, de Bossuet, es Dios jugando una partida de ajedrez con los reyes y los pueblos.

Clarisa es una obra de estrategia, por cualquier lado que se mire. Veinticuatro volúmenes empleados en la descripción del sitio y la toma de un corazón. Eso es digno de Vauban.

Stello.

La tercera consulta será acerca de los hombres políticos.

La cuarta consulta será acerca de la idea del amor que se consume buscando la eternidad de la voluptuosidad y de la emoción.

El *prologador* de Goethe critica amargamente *Las afinidades electivas*. Es una desgracia tener que llevar consigo, para el porvenir, su torpe crítica, como un globo y una barquilla.

Ya veo, ya comprendo que la única cosa esencial para los hombres es la de *matar el tiempo*. En esta vida, cuya brevedad cantamos en todos los tonos,

nuestro gran enemigo es el *tiempo*, que siempre nos sobra. Apenas experimentamos una dicha, o el *amor*, o la *gloria*, o la *ciencia*, o la emoción de un espectáculo o de una lectura, cuando necesitamos pasar a otra. *¿Qué hacer?* Esta es la gran frase.

Los reyes hacen libros ahora: tan convencidos están de que el poder estriba en eso.

Verdad es que los hacen malos.

Los Gobiernos consideran la literatura como una columna inútil en la que está escrito su fallo: quisieran impedirle que se elevara.

A Bonaparte le gustaba el Poder, y aspiraba a la omnipotencia. Eso está bien, porque el Poder es un hecho, y un hecho incontestable, fácil de comprobar, en tanto que la belleza de una obra de genio puede negarse siempre.

Chateaubriand acaba de publicar un folleto defendiendo a la duquesa de Berry, en el cual se manifiesta un poco republicano. Nunca se cree obligado a ser un poco monárquico el más insignificante escritor republicano. Señal evidente de que el movimiento de los espíritus es democrático, puesto que el más ardiente *monarquista* se hace el demócrata.

He escuchado el concierto histórico de Fétis. Este erudito en música ha imaginado el recopilar los monumentos musicales de Francia y hacerlos ejecutar con los mismos instrumentos que en el siglo XVI. La viola, el bajo, el órgano llevan la melodía sencilla y grave de los cantos. Jamás el arte me transportó a un éxtasis más puro, excepto cuando, estando enfermo en Burdeos, escribía *Éloa*.

Los cantos divinos que me han entusiasmado, sobre todo, son los de *Landi spirituali*, cánticos de la Virgen, cantados por las cofradías italianas.

Escuché también un aire de danza grave, bailada en la corte de Ferrara, en el matrimonio del duque Alfonso de Este, aire de una modestia y de una gracia incomparables. Veía desfilas, al oírlo, aquellas princesas con los ojos bajos y sus largos vestidos de cola, erguidas al escuchar con reserva las declaraciones amorosas.

Escuché un madrigal a cinco voces (de Palestrina), deliciosa composición, plena de amor y de ternura. Luego un *concerto passegato* para violas, arpa, órgano y tiorba. La tierra habla por medio de los instrumentos; el cielo responde por medio del órgano. Por último, oí *La Romanesca*, aire que sólo puede inventar un ángel para adorar a Dios.

¡Cuánto admiro esas medallas de la música!

Idea de poema.—La Fornarina.

¡Oh, amiga de Rafael; tú le ves consumirse en tus brazos! MAM

¿Qué has hecho, ¡oh, mujer!, qué has hecho...? Una idea por besar se deslizaba por tus labios...

Se duerme en los brazos de Rafael, después de haber ido a visitar la campiña de Roma.

Sueña que sus ideas, matadas por ella, acuden a quejarse; las ideas de Rafael son cuadros sublimes. Los personajes se agrupan; luego se destacan suspirando, y reanudan su vuelo hacia el cielo.

La Fornarina se despierta y abraza a Rafael: éste está muerto.

Es una cosa desconcertante la facilidad con que los franceses aparentan la convicción de que no tienen el carácter del vecino hasta en sus acciones más elevadas. Nada implica mejor la ausencia de fe, y aun de carácter.

Barbier acaba de publicar *Il Pianto*. Las delicias de Capua han suavizado el carácter de su poesía, y Brizeux ha desteñido en él sus claros colores virgilianos y laquirtas procedentes de Sainte-Beuve.

Han mezclado sus colores y sus aguas. Apenas se encuentran en *Il Pianto* algunas ondas del río amarillo de los yambos. El agua azulada que forma

aquellas ondas es pura y bella, pero no es la del río desbordado de donde procede *la ralea*.

Brizeux es un espíritu fino y analítico que no hace versos por inspiración y por instinto, sino porque ha decidido expresar en verso las ideas que recoge en todas partes con cuidado.

Tiene teorías literarias, y las ha infiltrado en el espíritu de Barbier, que, desde entonces, desconfiando de sí mismo, se ha perfumado con formas antiguas y latinas que ahogan su exaltación satírica y lírica.

Barbier y Brizeux no deberían verse nunca, a pesar de su amistad.

Le ocurre a Barbier lo que yo le predije. Hace exclamation: *Es admirable, pero es distinto a sí mismo.*

En la novela, un hombre perfecto como Grandison hasta siempre. En historia, como Washington, parece frío; y en la vida se le ama fríamente. Un hombre perfecto es amado como Dios, bastante fríamente.

Es que sólo las pasiones interesan a los hombres, siempre agitados por las pasiones. Los péndulos sólo se mueven por los principios; los hombres hacen los principios y obran contra los principios mismos.

Los antiguos eran *naturales, verdaderos* en sus maneras, como lo son aún los italianos y algunos pueblos orientales. Me he conmovido volviendo a

leer la entrevista de Alejandro y de Néarque, a la vuelta de éste de su admirable expedición marítima. El primer acontecimiento en la historia de la navegación es ese viaje del Golfo Pérsico al Indus.

Me agrada el llanto de Alejandro al recibir a Néarque y permanecer por largo tiempo sin poder hablar, porque cree que sus macedonios y sus barcos han sucumbido.

El hombre antiguo no falseaba nunca la dignidad. Lloraba sin avergonzarse de sus lágrimas, por muy copiosas que fuesen.

Si tengo tiempo, llevaré a la escena esta bella y verdadera naturaleza antigua.

Impulso de poesía que levanta el vuelo a pesar mío.
¡Oh, mi musa! ¡Mi musa! Estoy separado de ti. Separado por los vivos, que tienen cuerpo y hacen ruido. Tú no tienes cuerpo: eres un alma, un alma bella, una diosa.

Bonaparte es el hombre; Napoleón es su papel. El primero lleva un capote y un sombrero; el segundo, una corona de laureles y una toga.

El 6 de este mes de Marzo, mi madre, mi buena madre, tuvo un ataque de parálisis en todo el lado derecho que abarcaba la mejilla, el brazo y la pierna. Con las sangrías se había restablecido.

Hoy ha tenido un segundo ataque de apoplejía y

ha habido que sangrarla por dos veces; pero no se consigue restablecer el cerebro, que desbarra y quedará perdido tal vez para siempre.

La visitaba un médico joven, el señor Magistel. He llamado también al señor Salmade, médico de edad y experimentado, para que su prudencia contenga el ardor demasiado atrevido del otro.

Del 17 al 18 de Marzo.—Noche de angustia.

La paso de pie, junto al lecho de mi madre.

A la luz del día, su semblante estaba espantoso.

Durante todo el día, mi madre me ha reconocido. Me penetra de dolor y de agradecimiento hablándome con cariño. Está encantada de verme junto a ella, y dice que yo le hago más bien que los médicos.

Hablándole, he conseguido tranquilizarla.

19 de Marzo.—Noche horrible.

Sangría.

Consulta de los señores Salmade, Magistel y Double.

El cerebro se ha despejado. Se ha salvado su vida.

Desde el día del ataque se fué debilitando. Luego ha recobrado las fuerzas.

Está en su juicio, y me ha entregado las llaves. Me ha rogado que dirija sus negocios, satisfecha de no tener que pensar ya en ellos. Me ha dicho, en pre-

sencia de Lidia (1) y del médico, que no ha hecho testamento, y que no deja nada a nadie mas que a mí, y una pensión para Angélica, su ama de gobierno, que me ha rogado le haga efectiva. He hecho inmediatamente el oportuno asiento, y he enviado el dinero a Angélica en presencia suya. Esto la ha tranquilizado mucho. La noche es buena.

Encuentro un orden admirable en sus papeles. Los he vuelto a dejar, delante de ella, en su *secrétaire*, y no he cogido dinero alguno; quiero que, si se cura, vuelva a encontrarlo todo en el mismo estado en que lo dejó.

He pagado todos los gastos de su casa.

Cuando se vierte su sangre, mi sangre sufre... Cuando habla y se queja, mi corazón se me oprime horriblemente. Esta razón fría y tranquila como la de un magistrado, rota por el golpe de maza de la apoplejía; esta alma fuerte, luchando contra las oleadas de sangre que la ahogan, constituyen para mí una agonía, como para mi pobre madre. Es un suplicio comparable al de la rueda.

27 de Marzo.—Día de mi nacimiento.

Lo he pasado escuchando y contemplando a mi madre en su lecho de dolor. Hace treinta y seis años estaba para darme a luz. ¡Quién sabe si estaría a punto de perder la vida!

(1) La mujer del poeta.

31 de Marzo, por la noche.—Mi pobre madre estaba *dolorosamente mejor* esta noche. Estaba tranquila, estaba contenta, no sufría y se distraía con la noticia del matrimonio de Mary Bunbury. Me ha dicho: «Aunque no puedo estar presente, escribe diciéndole que tomo parte en su dicha.»

El mismo estado.—Mi madre me ha dicho: «Sería muy egoísta si no te dejara coger mis libros, toda vez que ya no podré leer.»

«Más me valdría haber muerto que quedarme así.»
¡Pobre madre! ¡Me mata con sus palabras!

3 de Abril.—Un barco recoge sus velas en medio de la tempestad, y se deja conducir por el viento.

Lo mismo hago con las penas y los grandes acontecimientos; para economizar las fuerzas de mi cabeza no leo ni escribo, y procuro que la vida influya en mí lo menos posible.

No obstante todo este esfuerzo de la voluntad, el dolor se apodera del corazón, a pesar nuestro, y subsiste.

La vida familiar enternece al hombre.

Se compra en Circasia un mameluco de doce años de edad. Se le educa como a un soldado, como a un centauro. Tiene esclavas egipcias que no le proporcionan hijos. No tiene, pues, padre ni hijos; sólo tiene compañeros de armas, por los que no llora cuando mueren.

Es el hombre más enérgico de la tierra.

Algunas veces envidio a un hombre como éste y lamento mis catorce años de servicio en el ejército.

1834

Novela moderna.—Un hombre de honor.

El honor es la única base de su conducta, y sustituye en él a la religión.

Hacedle pasar por todas las profesiones *actuales*, y esto hará resaltar sus defectos, al mismo tiempo que su conducta se prestará a la sátira.

El honor le defiende de todos los crímenes y de todas las bajezas: tal es su religión. El cristianismo ha muerto en su corazón. A su muerte contempla la cruz respetuosamente, cumple con todos sus deberes de cristiano como con una fórmula y muere en silencio.

El aburrimiento es la gran enfermedad de la vida; no cesamos de maldecir su brevedad, y siempre es demasiado larga, puesto que no sabemos muchas veces qué hacer. Constituiría un bien para los hombres el proporcionarles el medio de gozar de las ideas y jugar con ellas, en vez de jugar con las acciones, que envuelven siempre a los demás y perjudican al prójimo,

Un mandarín no hace mal a nadie y goza de una idea y de una taza de té.

El *gentleman* o gentilhombre es el hombre de honor que con los convencionalismos es retenido en los límites de la buena conducta y de la benevolencia, que no lograría la religión, pues hay cosas que haría un sacerdote y que no podría hacer nunca un hombre elegante.

La Restauración no era temida ni deseada. Si hubiese sido una cosa o la otra, se hubiera salvado. Sólo fué defendida por honor y para descargo de la conciencia; de lo contrario, se hubiera mantenido.

Creo, a fe mía, que únicamente soy una especie de moralista épico. Y eso es muy poca cosa.

Es deplorable que un poeta como Lamartine se dé cuenta de que es diputado a fuerza de ocuparse de los estancos pedidos por los expendedores. Deberían existir diputados abstractos, diputados de Francia, y otros diputados de los franceses.

Los actores son muy felices; disfrutan de una gloria sin responsabilidad.

Es el hombre más enérgico de la tierra.

Algunas veces envidio a un hombre como éste y lamento mis catorce años de servicio en el ejército.

1834

Novela moderna.—Un hombre de honor.

El honor es la única base de su conducta, y sustituye en él a la religión.

Hacedle pasar por todas las profesiones *actuales*, y esto hará resaltar sus defectos, al mismo tiempo que su conducta se prestará a la sátira.

El honor le defiende de todos los crímenes y de todas las bajezas: tal es su religión. El cristianismo ha muerto en su corazón. A su muerte contempla la cruz respetuosamente, cumple con todos sus deberes de cristiano como con una fórmula y muere en silencio.

El aburrimiento es la gran enfermedad de la vida; no cesamos de maldecir su brevedad, y siempre es demasiado larga, puesto que no sabemos muchas veces qué hacer. Constituiría un bien para los hombres el proporcionarles el medio de gozar de las ideas y jugar con ellas, en vez de jugar con las acciones, que envuelven siempre a los demás y perjudican al prójimo,

Un mandarín no hace mal a nadie y goza de una idea y de una taza de té.

El *gentleman* o gentilhombre es el hombre de honor que con los convencionalismos es retenido en los límites de la buena conducta y de la benevolencia, que no lograría la religión, pues hay cosas que haría un sacerdote y que no podría hacer nunca un hombre elegante.

La Restauración no era temida ni deseada. Si hubiese sido una cosa o la otra, se hubiera salvado. Sólo fué defendida por honor y para descargo de la conciencia; de lo contrario, se hubiera mantenido.

Creo, a fe mía, que únicamente soy una especie de moralista épico. Y eso es muy poca cosa.

Es deplorable que un poeta como Lamartine se dé cuenta de que es diputado a fuerza de ocuparse de los estancos pedidos por los expendedores. Deberían existir diputados abstractos, diputados de Francia, y otros diputados de los franceses.

Los actores son muy felices; disfrutan de una gloria sin responsabilidad.

Lo bello.

La mayoría de los públicos groseros, en Francia, busca en las artes la *distracción* y nunca lo bello. De aquí el éxito de la mediocridad.

Dafnis.

Demstrar que un alma contemplativa como la de Julián, cuando se decide a poner en acción alguna de sus ideas, la domina y la engrandece; en tanto que un alma activa, como la de X..., cuando quiere elevarse a la contemplación poética o filosófica, no sabe guiarse.

Se han hecho sátiras jocosas; yo quiero hacer, ora en libros como *Stello*, ora en el teatro, sátiras tristes y melancólicas.

Todas las síntesis son magníficas y tontas.

Ya no puedo leer sino los libros que me hacen trabajar. Por lo demás, resbala mi pensamiento como un arado por el mármol.

Me gusta laborar.

¿Si la felicidad no será más que una hora buena?
¿Si sólo se nos entregará por instantes?

Diríase que la cuestión religiosa, demasiado debatida, ha fatigado el cerebro del mundo, y ya no tiene fuerza para pensar.

Si yo fuese pintor, querría ser un Rafael negro: forma angélica y color sombrío.

Veo que en los tiempos más viciosos de la Historia, la mayoría es consciente y busca la verdad y la honradez.

He dado gracias a Dios en mi alma al hacer esta observación; he tratado de aplicarla a todas las épocas, temblando, y la he encontrado justa, por fortuna.

Haré mucho uso de ello, y la aplicaré a nuestro tiempo y al pasado.

La desgracia de los escritores consiste en que se turban un poco al decir la verdad, cuando la dicen.

Ya es tiempo de buscar las palabras solamente en la conciencia.

Con *La mariscala de Anere* trató de llevar una página de Historia al teatro. Con *Chatterton* trató de llevar una página de Filosofía.

El temperamento ardiente es la imaginación del cuerpo.

Los hombres de acción se aturden con el movimiento para no fatigarse, terminando las ideas bosquejadas en su cerebro. Dotados de un poco más de fuerza, se sentarían o se acostarían para pensar.

¡Nos quejamos de que no hay fe política en Francia! ¡Bah! ¿Por qué quejarnos? ¿No es esa la mejor prueba del espíritu infinitamente sutil que reina en la nación? Encuentra la verdad en todas partes, y donde falta dice que no hay nada. Ningún partido satisface sus necesidades actuales, ni le proporciona la menor esperanza. No hay fe política en un Gobierno sino para los espíritus limitados.

Cuanto más interiormente ocupado se halla el cerebro más inmóvil se muestra la faz. La semiocupación, la vehemencia, el sentimiento se reflejan en el semblante. El trabajo interior absorbe las fuerzas por dentro, y hace palidecer a la frente y a las mejillas.

Me gusta poco la comedia que siempre supone más o menos efectismo y bufonería. Es más filosófico hacerle terminar con la idea dominante del libro, sin esfuerzo y con la presencia y la acción sencilla y natural de los personajes.

Consolémonos de todo con la idea de que gozamos de nuestro propio pensamiento, y de que este goce no nos lo puede arrebatar nada.

La contemplación de la propia desgracia produce un goce interior en el alma que proviene de su trabajo ante la idea de la desgracia.

En el estado actual de los teatros, tal y como es el público, siento poca estima por una obra cuyo éxito es un signo de mediocridad. El público necesita algo de grosero. Enrique Mornier era un actor demasiado fino para la galería; Ingres es demasiado puro de línea; Decamps, demasiado original; Delacroix, demasiado colorista.

Desconfío también de un libro que tuviese un éxito inmediato sin el intervalo de un año, por lo menos, para que los espíritus selectos puedan hacérselo comprender a la masa idiota.

La tierra se subleva ante las injusticias de la creación; lo disimula con el horror de la eternidad; pero se indigna en secreto contra el Dios que creó el mal y la muerte. Cuando aparece un menospreciador de los dioses, como Ajax, hijo de Oilée, el mundo le adopta y le ama; tal es Satanás; tales son Orestes y Don Juan.

Todos aquellos que lucharon contra el cielo injusto cuentan con la admiración y el amor secreto de los hombres.

El cristianismo es un camaleón eterno; se transforma sin cesar.

No existe un hombre que tenga el derecho de despreciar a los hombres.

No he conocido a un hombre del cual no haya tenido algo que aprender.

Nunca ha habido orden ni libertad en ninguna parte, y nunca se ha cesado de desear una cosa o la otra.

La verdad acerca de la vida es la desesperación. La religión de Cristo es una religión de desesperación, puesto que desespera de la vida y sólo espera en la Eternidad.

Pasión.

¡Oh, misteriosa semejanza de las palabras...! Sí, amor, tú eres una pasión; pero la pasión de un mártir; pasión como la de Cristo.

Pasión coronada de espinas, en la que no falta nada.

La religión del honor tiene siempre presente a sus dios en nuestro corazón.

¿A qué se debe que un hombre que ya no es cris-

tiano no cometa un robo que quedaría impune? El honor invisible le detiene.

Las masas caminan hacia adelante como las cataratas de ciegos en Egipto, golpeando indiferentemente con sus báculos imbeciles a los que les rechazan, a los que les desvían y a los que les adelantan en el camino.

Ignoro si el preparativo que exige es uno de los gérmenes de la muerte del amor.

Esta necesidad de estar siempre en posesión de las armas acaba por fatigar a uno y otro enamorado.

La Prensa es una boca que está obligada siempre a permanecer abierta y a hablar. De aquí que diga mil veces lo que no debiera decir y que divague y disparete a menudo.

No haría lo mismo un orador, aunque se tratase de Demóstenes, que se viera obligado a hablar sin interrupción durante todo el año.

1835

El honor es la poesía del deber.

Cuando comenzó la revolución de Julio, el soldado había muerto en mí desde hacia cuatro años; sólo quedaba el escritor haciendo consideraciones acerca de si la libertad quedaría muerta o salvada.

El único Gobierno cuya idea no me resulta ahora intolerable es el de una República cuya Constitución se asemeje a la de los Estados Unidos de América.

El Gobierno menos malo es aquel que se manifiesta menos, que se deja sentir menos y que resulta menos caro.

Una de las cosas que más me han emocionado en las *Memorias de Santa Elena* es que el pobre Napoleón no podía obtener un ejemplar de Polybe para leer las instrucciones imaginarias acerca de la guerra que no tendrá nunca el gusto de hacer.

Durante las sucesivas representaciones observo que existe un actor determinado al que es preciso dejar que llegue hasta donde puede llegar.

Al querer proporcionarle un matiz se asimila un

color, y al poner de manifiesto este nuevo tinte cambia el tono general de la obra (1).

Chatterton ha obtenido un éxito. Mis amigos han venido hasta mí con los ojos llenos de lágrimas. Balbuceaban frases sin sentido y exclamaban: «¡Amigo mío! ¡Amigo mío!» Han padecido también el martirio que yo he descrito. Un sentimiento suave y triste embarga mi corazón e inunda de lágrimas mis ojos a pesar mío. Pienso en los dolores que nos hace experimentar una desconfianza demasiado grande en la maldad de nuestros hermanos. Tengo remordimientos de haber juzgado mal... ¡Qué felicidad! ¡Francia! ¡Francia! Te podemos hablar gravemente cuando estamos graves, y con tristeza cuando estamos melancólicos y abrigamos en el fondo de nuestro corazón un incurable desdén hacia nosotros mismos y una piedad bienhechora hacia la pobre Humanidad.

La postración de mi semblante ha conmovido a mis amigos. ¡Había hecho sangrar sus corazones! Me lo he reprochado al encontrarlos tan buenos.

Goethe fué abrumado con las preguntas de todo el mundo acerca de la veracidad de *Werther*. No cesaban de importunarle para informarse acerca de cuanto encerraba de *verdad*.

«Hubiera sido preciso—decía—, para satisfacer

(1) Representábase entonces *Chatterton*.

esta curiosidad, analizar una obra que me costó tantas reflexiones y tantos esfuerzos incalculables, con objeto de encaminar todos los diversos elementos hacia la unidad poética.»

Lo mismo le ocurrió a Richardson con *Clarisa*, y a Bernardino de Saint-Pierre con *Pablo y Virginia*.

Cuando publiqué *Stello*, sucedió igual con la señora de Saint-Aignan, cuya situación presenté en el último drama de Andrés Chenier, y con Kitty Bell, cuya personalidad y cuyo nombre son imaginarios. Con respecto a *Servidumbre y grandeza militares* se suscitaron las mismas consultas acerca de la autenticidad de las tres novelas que contiene este volumen.

Pero no debemos enojarnos contra el público, al que embaucamos con el arte, sino procurar estudiarlos y averiguar hasta qué punto hay error o existe un motivo para forjarse una ilusión.

Los nombres de personajes reales producen una ilusión de óptica en el teatro y en los libros, y la mejor prueba del éxito es el calor que pone el público en informarse acerca de la realidad del relato que se le presenta.

Para los poetas y para la posteridad, basta con saber que el hecho es *bello y probable*.

Así, pues, contesto refiriéndome a *Laurette* y a los demás casos: «*Pudiera haber sido verdad.*»

La crítica de nuestros días—ignoro lo que haría la de otro tiempo—procede de una manera bastante

pérfida. No cree que le baste su papel de juez, y quiere convertirse en adivinadora. Escucha detrás de las puertas. Oye decir que un drama corresponde a un sistema nuevo de análisis y al mismo tiempo de acción, e inmediatamente se apresura a predecir adoptando un tono doctoral y profético. ¿A qué se compromete? Las lentitudes del teatro le dejan el tiempo suficiente para que pueda anunciar veinte veces cuál es el propósito del poeta. Y el día de la representación grita desde lejos, mirando de soslayo a los actores: «No está mal; se trata de una tentativa como predije; es una ejecución de lo que he enseñado.»

Saint-Beuve ha escrito un extenso artículo refiriéndose a mí. Demasiado preocupado con el *Cenáculo*, del que se ocupó en otra ocasión, le atribuye, dentro de mi vida literaria, más importancia de la que tuvieron aquellas reuniones poco frecuentes y ligeras. Saint-Beuve me quiere y me considera; pero apenas me conoce, y se equivoca al querer profundizar en los secretos de mi manera de producir. Concibo totalmente un plan, voy perfeccionando poco a poco el molde de la estatua, lo olvido, y cuando reanudo mi obra después de un prolongado reposo, no dejo que se enfríe la lava un solo instante. Escribo después de largos intervalos, y luego permanezco durante varios meses seguidos, ocupado de mi vida, sin leer ni escribir.

Con respecto a los detalles de mi vida, se ha equivocado en muchos puntos. Jamás conté con la popularidad de *Eloa*, y sólo quería imprimir de ella veinte ejemplares. Cuando hacía *Cinco de Marzo*, dije a mis amigos: *Se trata de una obra para el público. Eso les hará leer a los demás.* Y no me equivoqué.

Unicamente es preciso diseccionar a los muertos. Esta manera de procurar abrir el cerebro de un vivo es falsa y mala. Sólo Dios y el poeta saben cómo nace y se forma el pensamiento. Los hombres no pueden abrir ese fruto divino y extraer el hueso. Cuando quieren hacerlo, lo parten y lo estropean.

Sólo comprendo la palabra *distraerse* como expresando el juego de los niños y de los seres sin ideas. Desde el momento en que se piensa, ¿qué significa *distraerse*? *Amar*, sí; porque el amor es una fuente inagotable de reflexiones, profundas como la eternidad, elevadas como el cielo, vastas como el universo.

El hastío es la enfermedad de la vida. Construimos barreras para saltarlas.

Cuando nos sentimos prendados de una mujer, antes de comprometernos, deberíamos decirnos: «¿Qué clase de gente la rodea? ¿Cuál es su vida?». Toda la felicidad del porvenir estriba en eso.

Cinco de Marzo, Stello, Servidumbre y grandeza militares.—Se ha observado bien, son, en efecto, los cantos de una especie de poema épico sobre la desilusión; pero sólo son las cosas sociales y falsas las que fustigo y hago desvanecerse a los pies de las ilusiones; sobre esos restos, sobre ese polvo, elevo la santa belleza del entusiasmo, del amor, del honor, de la bondad, la misericordia y universal indulgencia que perdona todas las faltas, y tanto más extendida a medida que la inteligencia es mayor.

Los franceses se parecen a unos hombres que vi un día golpeándose dentro de un coche que corría al galope. Los partidos rifien, y una invencible necesidad les lleva hacia una democracia universal.

Sólo existe el mal puro y sin mezcla de bien. El bien siempre tiene mezcla de mal. El bien extremo produce mal. El mal extremo no produce bien.

Amo a la Humanidad. Le tengo lástima. La Naturaleza es para mí un decorado cuya duración se hace insolente y en el cual se exhibe ese pasajero y sublime muñeco llamado hombre.

Inglaterra tiene de bueno que en todas partes se aprecia la mano del hombre.

Menos mal.

En cualquiera otra parte, la Naturaleza estúpida nos insulta bastante.

La independencia fué siempre mi deseo, y la dependencia mi destino.

El corazón tiene la forma de una urna. Es un vaso sagrado rebotante de secretos.

La palabra más difícil de pronunciar y de emplear convenientemente es la de *yo*.

Nuestra literatura sólo produce exclamaciones de enfermo, como *Voluptuosidad, Últimas Palabras*, etcétera, etc.

El otro día fui a Montmartre.

Lo que más me entristeció fué el silencio de París cuando se le contempla desde lo alto. Esta gran ciudad, esta inmensa urbe, no produce ruido alguno; y, sin embargo, ¡cuántas cosas se dicen en ella! ¡Cuántos gritos se lanzan! ¡Cuántas quejas se elevan al cielo! Pero el montón de piedras parece mudo.

Desde un poco más arriba, ¿qué será esta ciudad? ¿Qué será la tierra? ¿Qué seremos nosotros, comparados con Dios?

Creo que hay casos en que la disipación es culpable. Es malo y cobarde tratar de distraerse de un noble dolor para no sufrir tanto. Debemos reflexionar en él y hundirnos valerosamente nuestra espada.

Dafnis.

Julián comienza un poema. En los descansos dirige el mundo y gana batallas.

Entrega el poema a uno de sus amigos—Libanius—al morir.

Un verso le cuesta más trabajo que el plan de una batalla.

Me han sucedido este mes tres cosas agradables: Emilio Péhant, colocado en Viena como profesor de retórica.—*Salvado*.

Chevalier, casado por amor y *feliz*.

Lezón de Wailly ha heredado quinientos mil francos, según dicen.

Que, por lo menos, los demás sean felices, me satisface.

Bonaparte y todos los aventureros pusieron el pie sobre los acontecimientos que les amenazaban, como el torero sobre la frente del toro. Al levantar la cabeza, el toro se lo echa a la espalda y el torero queda sentado.

Ningún siglo es lamentable, al lado del nuestro. Así se deduce de todos los designios de la Historia.

La belleza soberana, ¿no se halla oculta, ya formada, tras un velo que rara vez levantamos? *Inventar*, ¿no es *encontrar*? INVENIRE.

He aquí que mis amigos sucumben por la debilidad de un momento, y que consienten en leer sus poemas en los salones.

Uno *Hamlet*, y otro *Macbeth*, traducidos; otro, versos satíricos... Van a desgastarse con tanto frotamiento; van a perder su carácter, y van a redondearse como los guijarros...

He observado que la costumbre de apreciar los defectos en las obras contribuye al aumento del hastío. Para acrecentar el placer, me entretengo ahora en hacer lo contrario. Es fácil suponer un sentido oculto en la obra peor, y siguiendo esta idea, que no se le ocurrió al autor, hacernos una obra sublime para nuestro uso particular.

Esta operación no deja de hacerse con respecto a los muertos. Quiero distraerme haciéndola también con los vivos.

Ayer comencé a practicar este sistema en la Puerta de San Martín, a propósito de *El Monomaniaco*.

Lo que falta a las letras es *sinceridad*.

Después de haber visto que el trabajo de los libros nos conduce a todos a la paradoja, he resuelto no sacrificar nada nunca mas que a la convicción y a la

verdad, con el fin de que este elemento de sinceridad completa y profunda domine en mis libros y les proporcione el carácter sagrado que debe proporcionar la presencia divina de la verdad, ese carácter que hace brotar las lágrimas en nuestros ojos cuando un niño nos refiere lo que ha visto.

Después de asaltarme esta idea, durante la noche del 29 al 30 de Junio, sentí la necesidad de comunicar al público, como si fuera un amigo, lo que acababa de hacer por él (1).

Me encontraba aún verdaderamente conmovido por el febril entusiasmo del trabajo, y podía abstenerme de traspasar la barrera de la última palabra del drama. El molde está lleno, y aún me queda materia que emplear.

Ahora, en el momento de darlo a la imprenta, y volviendo a leer friamente sus páginas, he estado por quemarlo, como hice a menudo con muchas obras mías. Pensé que esta embriaguez parecería, sin duda, ridícula, al presentarla a lectores distraídos; pero también pensé en aquellos que se penetran más profundamente de las emociones que nacen de una obra seria, y me pareció que debía rendirles una cuenta fiel del trabajo que acababa de realizar, y que era preciso conducirles hasta el origen mismo de las ideas cuyo curso iban a seguir.

(1) Alusión al prefacio (*Última noche de trabajo*) de *Chatterton*.

Por eso, esperando parecer extraordinario, he querido pasar por encima lo que hay de pueril o de exagerado en la inspiración, a los ojos de las gentes incommovibles.

Es indudable que la creación constituye una obra incompleta o lograda a medias, y que apenas se dirige hacia la perfección.

En ambos casos, seamos humildes e indecisos. No existe nada tan cierto como nuestra ignorancia y nuestro abandono, tal vez eterno.

El actor considera a cada drama como un traje, como una vestidura que, una vez usada, la desecha para ponerse otra. Pero esta vestidura dura más que él.

Siempre en conversación conmigo mismo me hablo de cosas de las cuales los hombres se hablan muy rara vez; y constituye una cosa cada día más penosa para mí responder a los que me hablan de futilidades.

Podría decirle a casi todo el mundo:

«Quisiera estar solo en este momento para escribir lo que pienso, en tanto que usted me habla.»

La presencia de los hombres me invita a ideas interiores, frecuentemente contrarias a las que manifiesto, y procuro reservarlas para un tiempo mejor, porque sé que conducirían a explicaciones dema-

siado prolijas que me fatigarían el pecho. Callo, pues, y me hago el distraído. Otras veces hablo de una cosa distinta y hago una prolongada digresión sin entusiasmo alguno. Las personas atentas o aquellas que me aprecian pueden adivinar fácilmente que el temor de perder una idea mejor me interrumpe a veces y me hace pronunciar palabras inútiles.

Elevación.

Dios vió con orgullo sobre la tierra a un joven ilustre.

Ahora bien; este joven era muy desgraciado, y se mató con una espada.

Cuando su alma compareció ante Dios, Dios le dijo:

—¿Qué hiciste? ¿Por qué destruiste tu cuerpo?

El alma respondió:

—Para afligirte y castigarte... ¿Por qué me creaste desgraciado...? ¿Por qué creaste el mal del alma—el pecado—y el mal del cuerpo—el sufrimiento...?—
¿Necesitabas asistir por más tiempo al espectáculo de mis dolores?

El hastío es la enfermedad de la vida.

Para curarla basta con muy poco: *amar* o *querer*.

Esto es lo que más generalmente falta. Y, sin embargo, bastaría *amar* a alguien—no importa a quién—o *querer* con intensidad la realización de un hecho

el efecto es
la esencia
de la felicidad

cualquiera, para experimentar la alegría de vivir y mantenerla por algunos años.

A UN JOVEN DESCONOCIDO.—Al primero que dijo *la carrera de las letras* es al que deben maldecir los jóvenes desgraciados que me escriben, como usted acaba de hacerlo, y me abren su corazón como a un hermano que toma parte en su infortunio y ha tendido sus brazos hacia ellos. Con frecuencia me falta tiempo para contestarles a todos. Algunas veces sus penas son de tal naturaleza, que no existen palabras mundanas ni socorros humanos que puedan consolarles. Otras veces—lo confieso—me invade el desaliento al recordar mis inútiles esfuerzos por salvar a algunos de ese vasto naufragio en el que se exponen en multitud. Aquellos a quienes pude dar la mano saben que el día en que lo hice constituyó uno de los mejores de mi vida; pero ¡cuántos se perdieron después, a pesar mío, en ese pérfido mar de la publicidad! ¿Por qué no acudían a mí antes de abandonar la orilla, y por qué era preciso que me llamasen únicamente cuando ya no había tiempo, cuando, después de haber renunciado a todo, se dejaban destrozar por todas las tempestades, acogiéndose al más frágil de los sostenes...?

Por lo menos a usted, que me habla antes de partir, no le ahorraré nada. Usted conocerá todas las verdades que yo sé, y otras las aprenderemos ambos al mismo tiempo.

Sí; la frase perniciosa es la que repite usted en su carta, y fué la que un tentador pronunció por primera vez: *la carrera de las letras*. Esta frase, demasiado generalizada, es tan falsa como lo sería la de la carrera de la imaginación.

REHABILITACIÓN.—Para condenar el suicidio nos creemos con derecho a insultar sus cenizas. Eso es una ridícula gazmoñería de los ateos. Hay hombres que, no sé por qué, no quieren nunca que la sociedad se equivoque, y que, sin examen, se disponen a caer generosamente sobre sus víctimas.

Aún estaba caliente el cuerpo de Chatterton cuando se hizo en Londres un poema burlesco a propósito de su muerte...

Harto de composiciones retorcidas, acabo de hacer una de la cual se puede decir: «Es una idea.» Me refiero a *Chatterton*... No hay en ella complicación alguna; es absolutamente sencilla. Un carácter desarrollado, y he ahí todo. No sé cómo se juzgará por ahora al capitán Renaud; pero estoy seguro de que más adelante, si no ahora, se comprenderá que representa el carácter del oficial esclarecido de la actualidad tal y como debe ser.

Tardé en escribir la obra del 22 de Julio al 11 de Agosto de 1835.

Ignoro por qué la escribí.

La gloria no se conquista probablemente sino después de la muerte. Durante la vida se consigue muy

pocas veces. En cuanto al dinero, los libros que fueron hechos con recogimiento no lo producen...

No obstante, siento en mí la necesidad de comunicar a la *sociedad* cuantas ideas llevo dentro y quieren manifestarse.

ALERE-FLAMMAM
VERITATIS

1836

Poseer un cerebro serio en el que todos vienen diariamente a verter necedades por los dos oídos, ¡qué suplicio!

Dafnis.

Julián adopta la resolución de dejarse matar en Persia cuando adquiere la seguridad de haber llegado más adelante de donde las masas estúpidas y groseras pueden llegar.

Comprende que es una carga, y que se equivocó al creer que podía elevar a la multitud hasta la altura de Dafnis.

Los autores jóvenes eligen temas superiores a sus ideas y a su estilo. El caballo derriba en tierra al jinete.

Una fábula.

Un hombre es condenado a muerte después de haber cometido un crimen, un asesinato.

Transcurre un año de la condena a la ejecución.

Huyó al Extranjero y engrandeció su vida.

En este intervalo se hace ilustrado y virtuoso.

Llega el día en que vence el plazo; se le detiene y se le ejecuta. La ley le mata en plena salud, le proporciona la muerte en plena vida y la vergüenza en plena gloria.

Así, pues, los jueces condenan a un malvado; pero el verdugo mata a un hombre regenerado, moral y cristiano.

Los criminalistas de todos los tiempos declararon que la *vinganza* no era la finalidad de la *ley penal*, la cual, en rigor, no se propone mas que *prevenir* la reincidencia en el mal: tal es el *espíritu cristiano*.

Si tal es el espíritu cristiano en la tierra, ¿por qué existe otro espíritu para el cielo, al fundir las *penas eternas*, que no son otra cosa sino una *eterna venganza*?

Esta mañana he encontrado al señor Magistel, médico joven que estudia en su casa el cerebro en un cráneo que tiene encima de la mesa. He pasado dos horas con él examinando su trabajo.

pocas veces. En cuanto al dinero, los libros que fueron hechos con recogimiento no lo producen...

No obstante, siento en mí la necesidad de comunicar a la *sociedad* cuantas ideas llevo dentro y quieren manifestarse.

ALERE-FLAMMAM
VERITATIS

1836

Poseer un cerebro serio en el que todos vienen diariamente a verter necedades por los dos oídos, ¡qué suplicio!

Dafnis.

Julián adopta la resolución de dejarse matar en Persia cuando adquiere la seguridad de haber llegado más adelante de donde las masas estúpidas y groseras pueden llegar.

Comprende que es una carga, y que se equivocó al creer que podía elevar a la multitud hasta la altura de Dafnis.

Los autores jóvenes eligen temas superiores a sus ideas y a su estilo. El caballo derriba en tierra al jinete.

Una fábula.

Un hombre es condenado a muerte después de haber cometido un crimen, un asesinato.

Transcurre un año de la condena a la ejecución.

Huyó al Extranjero y engrandeció su vida.

En este intervalo se hace ilustrado y virtuoso.

Llega el día en que vence el plazo; se le detiene y se le ejecuta. La ley le mata en plena salud, le proporciona la muerte en plena vida y la vergüenza en plena gloria.

Así, pues, los jueces condenan a un malvado; pero el verdugo mata a un hombre regenerado, moral y cristiano.

Los criminalistas de todos los tiempos declararon que la *vinganza* no era la finalidad de la *ley penal*, la cual, en rigor, no se propone mas que *prevenir* la reincidencia en el mal: tal es el *espíritu cristiano*.

Si tal es el espíritu cristiano en la tierra, ¿por qué existe otro espíritu para el cielo, al fundir las *penas eternas*, que no son otra cosa sino una *eterna venganza*?

Esta mañana he encontrado al señor Magistel, médico joven que estudia en su casa el cerebro en un cráneo que tiene encima de la mesa. He pasado dos horas con él examinando su trabajo.

Las protuberancias exteriores del cráneo están representadas en el interior por otras tantas cavidades iguales, y hasta las venas aparecen marcadas interiormente.

La enorme cantidad de cerebro que poseemos determina nuestro imperio sobre los animales. El león, e incluso el elefante, no poseen la mitad del que poseemos nosotros.

El cerebro, dividido en cuatro partes poco distintas, es un conjunto de sebo surcado por líneas rojas y semejante a una esponja.

Sus cavidades son numerosas; el señor Magistel las ha abierto delante de mí. Me ha parecido, más que nunca, *que una sola formación* preside en todo, y que la cabeza humana es una bola semejante a la tierra. Nuestros huesos son las rocas; nuestra carne, el suelo, compacto y húmedo; nuestras venas, los ríos y los mares, y nuestros cabellos, las selvas.

No he experimentado horror alguno ante tal espectáculo, sino únicamente una viva curiosidad y una admiración religiosa hacia el perpetuo milagro de la vida.

La tragedia francesa.

El género *bastardo* lo constituía la tragedia *falsa antigua* de Racine. El *drama* está bien, puesto que, con una acción, ora cómica, ora trágica, según los caracteres, termina con tristeza, como la vida de

los hombres pujantes de carácter y enérgicos en la pasión.

El drama no fué llamado *bastardo* sino porque no es *comedia* ni *tragedia*, ni Demócrito reidor, ni Heráclito plañidero. Pero los seres vivos son así. ¿Quién ríe siempre, o siempre llora...? Por mi parte, no conozco a nadie...

En todo caso, como Enrique de Trastamara, el bastardo derribó por tierra al legítimo, y lo apuñaló.

Dafnis.

Divinizar la conciencia.

Yo no hago un libro, sino que él se hace.

Madura y crece en mi cabeza, como un fruto.

Dittmer acaba de visitarme. Hemos hablado de *Servidumbre* y *grandeza militares*. Cree, como yo, que el honor es la exaltación de la conciencia, y que constituye la única religión que subsiste hoy en los corazones esforzados y sinceros. Mi opinión produce sus frutos.

A media noche, después de la lectura de «Jocelyn».
—He leído y he llorado; amo en este libro todo cuanto tiene de himno—oración o meditación—. Todo eso es bello y grande. La adoración en el templo, los

ensueños de Jocelyn, respecto de Lorenza, antes de reconocerla por mujer; la admiración que siente hacia aquel angélico niño; todo ello es adorable. Y, sobre todo, lo es el carácter delicioso y fecundo del gran talento de Lamartine, inagotable en todo cuanto supone sentimiento, amor a la hermosa Naturaleza y descripción de la belleza.

No se puede difundir un alma en otra alma, sino hasta un cierto límite. Rechaza una a la otra, la arroja fuera, anonadada por su influencia soberana y demasiado pesada.

Dafnis.

Julián lanza la idea cristiana hasta perderse en el espacio y en el aniquilamiento de la *vitalidad* en el Imperio y en los individuos.

Al llegar a este extremo, se detiene espantado y procura devolver su vigor al hombre romano y al Imperio.

He aquí cómo hay que desarrollarlo.

¿Cómo no sentir la necesidad de amar? ¿A quién no le ha parecido faltarle la tierra bajo sus pies tan pronto como el amor parece amenazar con romperse?

El amor es una bondad sublime.

El trabajo, es un olvido; pero un olvido activo, que conviene a un alma fuerte.

Amar, inventar, admirar: he aquí mi vida.

Sobre Chateaubriand.

BOCETO DE UN ARTÍCULO QUE NO HARÉ, PERO QUE DEBERÍA SER ESCRITO

3 de Septiembre.—Algunos hombres abusan de la bondad de las naciones, como a menudo las mujeres consiguen la indulgencia de un hombre hacia ellas. No existe otra nación más generosa que la nuestra. Cuando un hombre se hace el desgraciado o el enfermo, desarma a la crítica. Lo calla todo. Cuando uno se dice maltratado por la fortuna, nunca se pretende golpear a un enemigo que ha caído por tierra.

Ninguno de nuestros charlatanes ha abusado tan impudicamente de esta bondad como el señor de Chateaubriand. No ha cesado de perseguir y de alabar a los periodistas. Ha hecho olvidar sus pretensiones aristocráticas con sus alabanzas democráticas. Ahora, harto del silencio que se guarda acerca de él; fatigado, sobre todo, de oír ponderar otros nombres más nuevos y más grandes que el suyo, acaba de hacer a la vez una mala obra y una mala acción.

Ingrato con la nueva escuela que no ha cesado de

alabarle, se irrita contra ella y procura citar nombres oscuros y mediocres, creyendo que su palabra es infalible, y creyendo que podrá hacer olvidar las glorias verdaderas. Une su nombre al de Lutero, y se atreve a hablar de su genio y a decir que Lutero no tenía mas que talento; que Byron lo ha imitado; no ve en Walter Scott mas que el retrato de *Rebecca*; todo ello, para hacer decir a Francia: «Este hombre es el alfa y la omega del siglo; todo viene de él.» Luego, para llegar a la conclusión de que él es el más grande de los hombres, y como comprende que todo el mundo no tendría su misma opinión con respecto a Inglaterra, pretende que se le perdone su vanidad inaudita dándose un aire de nacionalidad. Hipocresía política, literaria y religiosa y falso aire de genio es todo lo que se encuentra en este hombre que jamás inventó nada. *René*, es una imitación de *Werther*; *Atala*, de *Pablo* y *Virginia*. *Los Mártires*, son un mosaico en el que cada piedra pertenece a un monumento antiguo. *El genio del Cristianismo*, es un libro de mala crítica literaria muy rezagada. *Los Estudios sobre la literatura inglesa*, son un libelo contra la nueva escuela, obra de fatuidad y de ignorancia.

1837

4 de Diciembre.—Esta mañana he oído la misa de Berlioz en el entierro del general Damrémont.

El aspecto de la iglesia era magnífico. Al fondo, bajo la cúpula, se veían tres grandes rayos de sol que caían sobre el catafalco preparado y hacían resplandecer los adornos de vidrio con una luz singular.

Todas las banderas conquistadas al enemigo aparecían alineadas en lo alto de la iglesia y se veían todas ellas acribilladas por las balas. La música era bella y extraña, salvaje, convulsiva y dolorosa. Berlioz comienza una armonía, y luego la divide en dos por medio de disonancias imprevistas que ha calculado de antemano.

Traté mucho al general Damrémont. Era un hombre bastante grueso, de semblante apacible y afectuoso, tranquilo y frío en sus maneras, que hablaba reposada y lentamente.

Se preocupó mucho de prestar a las firmes resoluciones de su carácter la más agradable apariencia. Era animado en su conducta pública por el alma calurosa de su mujer—la señorita Baragney d'Hilliers—, mujer bastante alta, con unos ojos negros y brillantes como los de los árabes a quienes ella vió;

enérgica, valerosa y muy sensible. Había salido para Argel con sus dos hijos. Allí se enteró de la muerte de su marido, que constituye una horrible desgracia, aunque, al fin y al cabo, la mejor desgracia posible. Su padre, el general de Dragones de la República y del Imperio, murió también de un balazo. El general Damrémont ha muerto precisamente como Turenne, visitando las baterías el día de la víspera de una batalla.

El 7 de Diciembre, a las cinco de la tarde, murió Alfredo Johannot.

Me enteré ayer de su muerte por Gigoux, que pasó la noche en su casa con Tony Johannot para sacar un apunte de la cabeza de Alfredo Johannot después de muerto.

Hacía diez años que decíamos:

—No vivirá ni tres meses.

Tosía constantemente y escupía sangre.

Antes de su enfermedad sólo era un grabador; después de adquirir su afección al pecho se hizo un pintor de primera línea. Hubiérase dicho que los padecimientos desarrollaron en él la inteligencia, le enaltecieron y le aproximaron más al sublime ideal.

7 de Diciembre.—Esta mañana me anunciaron al señor de Jennison, el embajador de Baviera, cuando me estaba levantando, a las doce, después de haber pasado la noche escribiendo.

Me esperaba en mi salón, y una vez que hube entrado en él, abordó el asunto que le conducía a casa, y que tal vez tenía en proyecto desde hacía mucho tiempo.

—Vengo de Baviera—me dijo—; acudí apresuradamente al lado de mi madre, que estaba enferma, y se ha salvado.

Yo le referí la historia de la mía, que está en mi casa, curada, feliz y mimada, a los ochenta años.

—¿Quiere usted hacerme un favor?—me preguntó el señor de Jennison.

—Con mucho gusto, si se trata de servirle personalmente.

—El rey de Baviera tiene un hijo de veintiséis años, que es su heredero. El príncipe real de Baviera desearía comunicarse con usted. ¿Le contestaría usted, si él le escribiera?

Me callé por un momento, y luego le dije:

—Lo que usted me pide constituye un verdadero favor, porque, aunque cada día constase de cuarenta y ocho horas, me faltaría el tiempo. No obstante, si usted quiere asegurarme una cosa muy importante, consentiré en ello. Esa cosa consiste en que ni ahora, ni en lo sucesivo, el príncipe se creará obligado a hacerme presente su gratitud de otro modo que no sea por medio de una carta suya. De lo contrario, ello parecería un contrato comercial.

Me interrumpió vivamente y me estrechó las manos.

—Sí; se trata de un servicio que él le agradecerá profundamente; ya se sabe que, tratándose de usted, estos servicios no tienen precio, y no le ofrece otra cosa más que su amistad.

—Tenga usted presente—añadí—, que no hay nada tan firme y perseverante como mi carácter; no se fue, pues, de la suavidad de mi voz. Nadie hay tan tenaz como una paloma. Yo conocí una que hubiera sido preciso matarla para hacer que se apartara de mi lecho; la dejé, y ella se salió con la suya. Todo lo que me obligará a pasar por alto el cansancio de hablar de cosas de las cuales estoy hastiado, es el placer de poder pensar un día en mi vejez (si llego a tener vejez, cosa que dudo mucho) que un joven rey me debe algunas ideas acertadas acerca de Francia y de su espíritu. Así, pues, siendo todo muy puro, muy desinteresado; considerando esa correspondencia como el transporte de dos almas que olvidan que sus cuerpos pertenecen a un príncipe real y a un poeta; sólo así, le repito, aceptaré... Una pregunta: ¿Es a usted al que se le ha ocurrido la idea de poner al joven príncipe en correspondencia conmigo?

—No; fué a él mismo a quien se le ocurrió, después de haber leído sus obras, lo mismo que al rey, su padre.

—¿Pensó en escribir, antes o al mismo tiempo, a otro?

—A nadie.

—Consiento en responder; pero en *responder* so-

lamente; que él me escriba primero; usted sabe que en Inglaterra, que es el país clásico de la etiqueta, el que ocupa el puesto más alto es el primero que entrega su tarjeta en casa de otro.

—El príncipe hará todo lo que usted quiera y todo cuanto pueda por conquistar un amigo como usted, y por crearse un alma como la suya.

¿A qué se debe que no se le haya ocurrido más bien a ese joven escribir a uno cualquiera de los cuarenta académicos?

La tarde:

He leído durante toda la tarde a mi madre *La Historia de Port-Royal*, de Sainte-Beuve. Ella la ha escuchado con un placer extremo, y con el espíritu más tranquilo y más diáfano que nunca, desde hace cuatro años.

Una familia turbada por el peligro vencido de un enfermo, no tiene tiempo de sentir enteramente su dolor, porque corre y se agita como la tripulación de un navío en peligro; pero después de la muerte, siente un profundo asombro y un indecible estupor al notar la ausencia de la vida y del movimiento.

Viernes, 22 de Diciembre.—Después de haber orado junto al féretro de mi pobre madre.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Te has dignado conocer

mi corazón y mi vida? ¡Dios mío! ¿Me has puesto a prueba de propio intento? ¿Te habías reservado el fin de mi pobre y noble madre como un espectáculo para conquistarme más seguramente? ¿Has permitido, pues, que la muerte espere mi huida...? Su alma, su bella alma, ¿tendría aún fuerza bastante para detenerse y esperarme...?

Martes, por la tarde...—¿Tendré fuerzas para escribir? ¡Esto aún, oh, Dios mío, para que, si tengo la desgracia de vivir y de envejecer, la debilidad humana no me haga olvidar nunca esta noche fatal y sombría, pero en la cual me han sido revelados algunos signos consoladores y divinos!

¡Dios mío! Caigo de rodillas ahora, hablo a tus pies, soporto mi dolor, me hundo en él por completo, quiero saturarme de él solamente y repasar en mi alma todos los instantes que precedieron a la pérdida de mi madre.

Apacible y alegre durante todo el día, abrazó, jugando con él, a Enrique, hijo de mi suegro, y me dijo que parecía una niña. Hablaba con alegría de Noél, *Christmas* y del día de Año Nuevo, diciendo que quería fuese a comer ese día con ella y que no debía aceptar ninguna otra invitación. Después de comer, contenta y tranquila, me besó, dispuesta a acostarse.

Yo salí a comprar algunos regalillos para el día de Año Nuevo. Volví a media noche, y al oírme en-

trar, me llamó. Acudí. Se quejaba de tener mucho calor; luego, de tener mucho frío.

—Me duele todo—decía—; pero más en algunas partes del cuerpo que en otras...

Le tapé los pies con su edredón y le dije si quería que despertase a Cecilia, su señorita de compañía.

—No—me contestó—; no quiero despertar a nadie.

No le hice caso, alarmado por la debilidad de su pulso. Lydia se levantó y corrió hasta ella con su vehemencia acostumbrada y su corazón de hija abnegada. Las dos la abrumaban a preguntas.

—No sé lo que tengo...

Pasó una hora en esta incertidumbre. Estaba seriamente enfadada conmigo por mis preguntas y por mi importunidad al haber despertado a todo el mundo. Fué a despertar aún a dos personas más. Julia y su marido encendieron lumbre y prepararon unos pediluvios. Ella continuaba diciendo que no necesitaba nada. Me rogaron que me acostase y no entrara en la habitación. Iba a acostarme, cuando nuevos quejidos de mi madre, gemidos sordos que eran, por supuesto, frecuentes en ella, me decidieron a ir yo mismo a buscar al médico. Un cuarto de hora me bastó para hacer que se levantase, se vistiese y viniera conmigo y con mi portero. Subió la escalera, y oyó decir a mi madre, en voz alta, que aquello no era nada y que al día siguiente estaría mejor.

—Tiene una voz—me dijo el médico—que implica buena salud.

Entró. Eran cerca de las dos. Le tomó el pulso y dijo que preparáramos baños de pies y sinapismos; escribió una receta de *lok* con lentitud; me aseguró que su opresión procedía de una afección catarral; luego trató de desengañarme, hablando conmigo en otra habitación... ¡Ay, Dios mío...! ¡Aquello era la agonía...! Corrí hacia ella, la tomé de la mano y le besé el brazo derecho. Pensaba en el médico, que le importunaba con sus preguntas, y decía:

—¡No quiero verle!

Poco después, mientras yo volvía del comedor, se inclinó hacia Cecilia y le dijo:

—¡Ah, hija mía...! Me da vueltas la cabeza... No podremos pasear mañana... ¡Hijo mío...! ¿Dónde está mi hijo...?

Acudí. Se había sentado en la cama, y le besé la frente; sujetándola con mi brazo izquierdo, retuve su mano fría en mi mano derecha, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Madre querida! ¡Una palabra a tu Alfredo, a tu hijo que te quiere, que te ha adorado siempre...!

Ella me oprimió la mano y dejó caer la cabeza sobre su pecho. La vida había cesado.

Continué llamándola. El éter que tenía puesto bajo sus narices era inútil. Todo había terminado. Sin saber por qué, me dí cuenta de que estaba arrodillado junto a su lecho.

¿Has acogido en tu seno a esa alma virtuosa, Dios mío? Conserva en mí esta esperanza; que no sea sólo

un pasajero anhelo; que se convierta en una fe ferviente...

Desde hace cuatro años, había recibido sus continuas caricias y sus despedidas interiormente destinadas a mí, aunque ella no se atrevía a expresarlas para no conmovirse demasiado. Ellas constituyeron mi secreto consuelo. Las palabras que se escapaban de sus labios mantenían mi amor hacia ella y amortiguaban un poco mi dolor... ¿Por qué no podré ya volver a escuchar su voz...?

El día 9 de este mes, sábado, según mi costumbre, mandé que llevaran mi comida a su casa. La encontré sonriente y sentada en su sillón favorito, con los pies apoyados en un taburete, mirándome con aire de benevolencia. Empezó a recitar versos, como otras veces, y repitió éstos que transcribo con lágrimas en los ojos:

Una humilde cabaña aislada
 contenía inocencia y paz.
 Allí vivía, en Inglaterra
 Una madre, cuyo deseo
 Era dejar sobre la tierra
 Su hija feliz, y morir luego.

—¿De quién es eso?—le pregunté.

—De Juan Jacobo—me contestó—. *Su hija feliz, y morir luego...* ¿Entiendes?

Me escabullí, comprendiendo que, de lo contrario, me echaría a llorar.

¡Oh, Dios mío! ¿No constituye en ti una bondad que, con un cariño tan grande como el mío, no haya experimentado el dolor de verla perecer hace cuatro años, y que haya gozado de su voz y de su presencia durante tanto tiempo...? ¿Que haya podido apaciguarla en los violentos accesos de su enfermedad, hasta hacerla reconocer que era feliz y venerada, adorada y entretenida, durante sus momentos de tedio, con cuidados y caricias sin fin...? ¿Que haya podido distraerla con la contemplación de hermosos cuadros y con la audición de bella música...? ¿Acaso para que ella se extinguiese más sosegadamente permitiste que se fuese debilitando por grados hasta el final, y que conservase siempre aquella serenidad y aquel reposo puro y profundo...?

Procuró inútilmente hallar consuelo ante la seguridad de que sucumbiría al irle faltando fuerzas para vivir; de que no ha sufrido y de que oyó mis palabras y contestó con su despedida. Dame, ¡oh, Dios mío!, la certidumbre de que me oye y conoce mi dolor; de que goza el inefable reposo de los ángeles, y de que, a ruego suyo, pueden ser perdonadas por ti mis faltas.

¿A qué obedece, ¡ay!, que tras este profundo ardor de mis plegarias, más apacible que antes, vuelvo a mi casa desierta con nuevas energías para contener las lágrimas...? ¿Y a qué obedece también que mi corazón, siempre oprimido, me obligue a buscarla

constantemente a mi alrededor y a que yo exclame con un terror sin límites:

—¡Ya no la tengo! ¡Ya no la tengo...!

¿Somos tan débiles que nuestras santas oraciones no logren sustituir los afectos de la sangre y los vínculos de la familia...? Cuando los rompes para siempre, ¿por qué no nos das la fuerza suficiente para que lleguemos a creer que volverán a ser encontrados y para creerlo sin vacilaciones...?

¡Últimos momentos...! ¡Agonía...! ¡Últimos momentos...! No os borraréis jamás de mi memoria... Quiero hundirme esta noche en mis más crueles recuerdos... Si cometí alguna falta, que sea ésta mi expiación... Encuentro en ello un amargo placer, y por ello quiero flagelarme...

¡Seré cruel, cruel conmigo mismo, Dios mío...! Cruel y sin piedad... ¡Plugue a mi corazón hendirse y hacerme morir...!

Hace veinte años mi padre murió también. Estuve junto a su lecho. Sus heridas, sus achaques, su edad (setenta y cuatro años), juntamente con un leve catarro, le hicieron morir. Me tendió la mano valerosamente. Conservaba todo su conocimiento, y dijo al médico:

—¿No tengo ya el estertor de la agonía...? No se equivocaba.

—Hijo mío—me dijo (yo tenía diez y siete años)—,

no quiero hacer frases, pero comprendo que voy a morir. Soy una máquina vieja que se descompone. Haz feliz a tu madre, y conserva siempre esto.

Era el retrato de mi madre hecho por ella misma; todavía lo tengo, guardado en su tabaquera. Obedecí haciéndola dichosa; así está escrito en mi conciencia, y así lo consigno ante todos y ante Dios. Cuando mostraba desagrado, era la enfermedad la que hablaba por su boca. Yo me iba entonces, para no contestarle...

Mi padre, cubierto de heridas, se encorbaba al andar. El horrible dolor de la agonía le hizo erguirse violentamente: murió sereno, sin quejarse, heroicamente...

Yo era demasiado joven para poder soportar aquella escena, y me desmayé... Ahora, he vivido más, y he visto cómo se muere. He podido atender a mi madre... Pero mi dolor es más profundo y más grave; su acero me hiere más adentro que en aquel instante.

El señor de Saint-Chamans, caballero de Malta, antiguo amigo de mi familia y de mi madre, ha venido a verme y he hablado con él ayer, durante toda la tarde.

Una especie de orgullo me da fuerzas y me hace levantar la cabeza. En estos cuatro años que acaban de transcurrir, mi vida se ha visto colmada de innumerables dificultades, y todo se confabulaba contra

mí para obligarme a que me separara de mi madre. A menudo me aconsejaban que la trasladase a una casa de salud; yo rehusé siempre y la instalé en mi casa. ¡Cuánto he tenido que trabajar para consolar a las mujeres que la servían, y a las que su *enfermedad* le hacía que maltratase, para procurar que no se dejaran sentir los gastos que ella ocasionaba y que podían perturbar el bienestar de la familia! ¡Era esto de tanta dificultad, exigía tantos esfuerzos de paciencia, que muchas veces me vi a punto de fracasar. Cuatro veces estuve enfermo, y la fiebre me hizo realizar grandes esfuerzos para retener las dolorosas emociones que la vida me causaba.

Me hubiera hecho soldado antes que pedir prestada la menor cantidad de dinero a mis parientes más cercanos; y casi todo lo que me produjeron mis trabajos—*Chatterton* y *Servidumbre* y *grandeza*, mis obras logradas—sirvió para pagar las deudas que las necesidades, siempre a mi cargo, me hicieron contraer.

El trabajo es hermoso y noble. Produce un orgullo y una confianza de sí mismo que no puede proporcionar la riqueza heredada. ¡Benditas sean, pues, las desgracias de otro tiempo que arrebataron a mi padre y a mi abuelo sus grandes posesiones de La Beauce, puesto que ellas me hicieron conocer este júbilo del salario de obrero que se entrega a la madre en secreto, sin que ella se entere...!

27 de Diciembre.—El dolor no es *único*. Se compone de un gran número de ideas que nos rodean y nos son comunicadas por medio del sentimiento o de la memoria.

Es preciso separarlas, dirigirse directamente hacia cada una de ellas, luchar con ellas cuerpo a cuerpo, tratarlas hasta que se nos hagan familiares, ahogarlas así, o, por lo menos, adormecerlas y hacerlas *inofensivas como una serpiente domesticada*.

Hoy, los recuerdos me asaltan y me oprimen el corazón. Todo les hace nacer. El ruido del reloj negro de mi madre me recuerda la época en que fué comprado. A mi padre le gustaba mucho. Lo eligió él mismo, en casa de Tarault, y lo envió a la calle del Mercado d'Aguesseau, donde vivíamos entonces. Señaló las horas de mi educación. Con ayuda de su esfera, mi buena madre, que era muy bella, me enseñó los meses de la República y del calendario actual. Los primeros me fueron más fáciles, y me gustaban los bellos nombres de Fructidor, Thermidor y Mesidor.

Delante de este reloj se sentaba mi padre, con los pies junto a la lumbre y un libro sobre las rodillas, teniéndome a mí a sus pies, sentado en un taburete. Relataba, hasta muy entrada la noche, historias de familia, de caza y de guerra. Constituía para mí una alegría tan grande escucharle, que me ocurrió una vez estar vestido para ir al baile y renunciar a la danza por sentarme a su lado para oírle. Las cace-

rías de lobos de mi abuelo y de mis tíos, con las numerosas jaurías que hacían partir del Tronchet y de Gravelle para exterminar los lobos de La Beauce; la guerra de los Siete Años, París, Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, el barón de Holbach, el señor de Malesherbes y sus distracciones: todo estaba presente en su espíritu y lo está aún en el mío.

29 de Diciembre.—Su semblante era angelical después de la muerte. Lloré de rodillas junto a ella; lloré amargamente, y no obstante comprendía que se había salvado su alma, libre de pecado, y nimbada de un esplendor virginal se cernía por encima de mí y de su bello rostro, cuyos ojos aparecían levemente entreabiertos, como durante un sueño tranquilo. ¿Por qué, entonces, lloré tanto...? ¡Ah! Era porque ya no me oía, y yo me veía obligado a retener en mi corazón todo cuanto hubiera querido decirle...

31 de Diciembre.—El año pasado, a esta misma hora, esperaba, en compañía de mi madre, a que dieran las doce de la noche, y cuando la manilla negra de su reloj saltó del 31 al día 1.º, la besé, diciendo: —¡Feliz año nuevo!

Estaba de rodillas a sus pies, y creía que tendría fuerzas para vivir durante todo este año. ¡Dios mío! Consentiste en que viviese hasta el último día en que me la arrebataste de entre los brazos. ¡Dios mío! ¡Si los sufrimientos constituyen una purificación a tus

ojos, recíbela en tu seno, y que ella ruegue a su vez por su hijo, por su pobre hijo, a quien ella nombró al morir...!

1838

Enero.—¡Ayl! Siempre la misma vida! Sustituye el tedio a la enfermedad y la enfermedad al tedio.

12 de Marzo.—Velada en casa de la señora de la Grange (marquesa de Eduardo de la Grange), celebrada para hacerme la presentación de Lamartine.

Asistieron unas veinte personas. Las lámparas estaban cubiertas para evitar que su luz dañase la vista a Eduardo.

Lamartine se dirigió a mí, y estuvimos hablando durante dos horas *en un rinconcito obscuro*, como dijo *el Misántropo*.

Es increíble cómo un salón obliga a decir vaciedades a las personas de talento, a consecuencia de las distracciones que ocasiona. Lamartine se asombró mucho cuando le dije que no estaba conforme con ninguna de sus ideas. Primeramente hablamos de las leyes de Septiembre y de la censura. Le reproché, en términos circunspectos, que hubiese abandonado el Teatro, y le dije que hoy el Teatro es un organismo mutilado e imperfecto; que mi opinión es la de que no debe haber censura; que una obra condenada por

el público queda muerta para siempre, y que cuando es condenada por el Gobierno vive una vida secreta y amenazadora. Bajo el régimen de la Restauración existieron cien ejemplos que corroboran este aserto.

Tiene la idea de un *Jurado* compuesto de personas que se interesen por el orden, de un Jurado selecto. Y este término medio no me parece posible sino cuando ninguno de sus miembros pertenezca al Gobierno, puesto que, con su influencia corruptora, un hombre que pertenezca al Poder sugestiona para diez años al *pueblo servil*, como dijo tristemente Pablo Luis Courier. Me prometió proponer la formación de ese Jurado cuando acaben las discusiones del presupuesto.

Le pregunté si se ocupaba con asiduidad del Oriente. Se mostró entusiasmado ante las desgracias de los mahometanos, y los considera más civilizados que nosotros, a causa de la *caridad* extrema que manifiestan.

—Sin embargo—le dije—, el islamismo no es mas que un *cristianismo corrompido*; reconózcalo usted.

—¡Un *cristianismo purificado!*—me contestó con exaltación.

Sólo me bastaron algunas palabras para recordarle que el Corán condena toda la ciencia y toda la cultura; que el verdadero mahometano no lee nada, porque cree que todo lo que no está incluido en el Corán es malo, y que el Corán lo contiene todo. Las artes le están prohibidas, fundándose esta prohibi-

ojos, recíbela en tu seno, y que ella ruegue a su vez por su hijo, por su pobre hijo, a quien ella nombró al morir...!

1838

Enero.—¡Ayl! Siempre la misma vida! Sustituye el tedio a la enfermedad y la enfermedad al tedio.

12 de Marzo.—Velada en casa de la señora de la Grange (marquesa de Eduardo de la Grange), celebrada para hacerme la presentación de Lamartine.

Asistieron unas veinte personas. Las lámparas estaban cubiertas para evitar que su luz dañase la vista a Eduardo.

Lamartine se dirigió a mí, y estuvimos hablando durante dos horas en un rinconcito obscuro, como dijo *el Misántropo*.

Es increíble cómo un salón obliga a decir vaciedades a las personas de talento, a consecuencia de las distracciones que ocasiona. Lamartine se asombró mucho cuando le dije que no estaba conforme con ninguna de sus ideas. Primeramente hablamos de las leyes de Septiembre y de la censura. Le reproché, en términos circunspectos, que hubiese abandonado el Teatro, y le dije que hoy el Teatro es un organismo mutilado e imperfecto; que mi opinión es la de que no debe haber censura; que una obra condenada por

el público queda muerta para siempre, y que cuando es condenada por el Gobierno vive una vida secreta y amenazadora. Bajo el régimen de la Restauración existieron cien ejemplos que corroboran este aserto.

Tiene la idea de un *Jurado* compuesto de personas que se interesen por el orden, de un Jurado selecto. Y este término medio no me parece posible sino cuando ninguno de sus miembros pertenezca al Gobierno, puesto que, con su influencia corruptora, un hombre que pertenezca al Poder sugestiona para diez años al *pueblo servil*, como dijo tristemente Pablo Luis Courier. Me prometió proponer la formación de ese Jurado cuando acaben las discusiones del presupuesto.

Le pregunté si se ocupaba con asiduidad del Oriente. Se mostró entusiasmado ante las desgracias de los mahometanos, y los considera más civilizados que nosotros, a causa de la *caridad* extrema que manifiestan.

—Sin embargo—le dije—, el islamismo no es mas que un *cristianismo corrompido*; reconózcalo usted.

—¡Un *cristianismo purificado!*—me contestó con exaltación.

Sólo me bastaron algunas palabras para recordarle que el Corán condena toda la ciencia y toda la cultura; que el verdadero mahometano no lee nada, porque cree que todo lo que no está incluido en el Corán es malo, y que el Corán lo contiene todo. Las artes le están prohibidas, fundándose esta prohibi-

ción en que no debe crear una imagen del hombre...

Le propuse redactar, en forma de petición, un proyecto de ley en favor de los poetas débiles y distraídos como La Fontaine. Su redacción sería, sobre poco más o menos, la siguiente:

«Si un poeta produce una obra que obtenga la admiración general, recibirá una pensión alimenticia de dos mil francos. Si, transcurridos cinco años, produce otra igual a la primera, su pensión quedará fijada para toda su vida. Si no produce nada por espacio de cinco años, le será suprimida.»

26 de Marzo.—La víspera del día de mi cumpleaños visité la tumba de mi madre.

Iba con Antón y Deschamps. Le rogué que me abandonara, y me fuí solo.

La tierra no ha sido removida por las lluvias. Me pareció que volvía a visitarla, como en otro tiempo, por las mañanas y por las noches, cuando ella estaba en el lecho, al descorrer y al correr las cortinas. Mis ideas eran más serenas y mis emociones menos crueles de lo que yo había supuesto. Cerrando los ojos, oí su voz dulce y armoniosa que me decía:

—¡Buenos días, hijo mío!

Y recordé aquellos momentos—los más felices de mi vida—en que me ponía de rodillas junto a ella, y ella me acariciaba los cabellos con las dos manos.

He encargado una losa en forma de tejado, para impedir que penetre el agua, y una reja de hierro. El

domingo quedará puesto todo, y volveré para decidir la forma del monumento.

25 de Abril.—Anoche leí en sueños el *Stabat Mater*. A la segunda lectura, creí ver a mi pobre madre echada a mis pies, y lloré amargamente. Mis sollozos me despertaron, y al llevarme la mano a las mejillas las encontré inundadas de lágrimas.

Había pasado la tarde en el teatro pensando puerilidades y menudas luchas.

El señor de Talleyrand ha muerto. Los partidos le han insultado y hasta han llegado a gritarle:

—¡Ya hay en Francia un hombre indigno menos!

La indignación se encuentra perfectamente justificada, teniendo en cuenta su vida política. Pesa un inmenso baldón sobre su nombre; ha llegado a ser *el prototipo del perjuro elegante y recompensado*.

En el Maine-Giraud.

Noviembre.—Sólo a los poetas les ocurren semejantes cosas. Mis padres amaban este castillo feudal. Es una pequeña fortaleza, rodeada de bosques de encinas, olmos y fresnos y de verdes praderas refrescadas por puras fuentes y manantiales. Las rentas feudales y las posesiones señoriales proporcionaban mucho prestigio y ahorraban casi toda la cultura. Nos

paseábamos a la sombra de los bosques, siguiendo las márgenes de los arroyos. La vegetación se producía por sí sola.

Llegó la Revolución, y lo arrasó todo. Sólo me quedan, pues, grandes edificios, un amplio parque, que me cuesta el dinero, y algunos bosques que no he tenido valor para talar, porque los viejos árboles parecen abuelos, y su ausencia desposeería de todo encanto a la finca.

Por otra parte, si todo esto no produce nada, existe, en cambio, una ventaja, y es la de que los impuestos son enormes y me dan derecho a ser diputado... Y eso es, precisamente, lo que yo no quiero ser... Mi alma y mi Destino estarán siempre en contradicción. Estaba escrito.

Esta propiedad es como un caballo al que me costase mucho mantener, y al cual montase por una sola vez cada siete años...

Día 7, miércoles.—Recibo la noticia de la pérdida de mi suegro.

Ante el temor de que se ponga enfermo aquí, lugar alejado de todo socorro y de los médicos, oculto a Lydia la desgracia. ¡Mi pobre niña, duermes mientras yo sufro por tu porvenir de inquietudes mortales!

El Destino se ha propuesto no dejarme trabajar. Apenas descansa mi cerebro, el Destino me sacude los brazos y me obliga a sufrir y a caminar. Mi lucha contra la vida es perpetua y fatigosa. La vida me

abandona y no me brinda placer en ninguna parte. Desde hacía dos meses, me regocijaba con la alegría de Lydia, que había vuelto con la paz del campo. Ha sido preciso que venga a herirme un nuevo pesar para ella. Retraso el disgusto que me verá precisado a proporcionarle.

He sido presa de un temblor nervioso y de un escalofrío de fiebre durante toda la noche. Tu calma, tu sueño, mi querida Lydia, mi única amiga, me destroza el corazón.

Las Letras tienen de fatal que la posición no se conquista nunca definitivamente. A cada obra que se publica, parece que el nombre se juega en una lotería, y es sacado a la suerte, mezclado con los más indignos.

Toda obra nueva es casi como una primera obra, ¡No hay, pues, otra carrera como la de las Letras!

El campo.

Una visita en París supone, por lo menos, una hora de fatiga. Es como una conversación que, en el fondo, contiene un leve interés para el espíritu.

En el campo, una visita supone un día entero de fatiga. Es como una conversación pesada y necia, cuya abultada corteza se arranca pronto y cuyo enojo es solamente soportable cuando se está completamente embrutecido.

Arquitectura.

El templo antiguo es elegante y alegre como un lecho nupcial; la iglesia cristiana es sombría como una tumba. El uno está dedicado a la vida, y la otra a la muerte.

De la crítica.

La más elevada es mezquina casi siempre, porque se adhiere a la superficie y no llega al fondo.

En la novela, por ejemplo, se discute la superioridad de los géneros con relación a la mayor o menor extensión que el autor dedica a la realidad o a la invención en su obra de arte.

El fondo es lo que se debe tomar en consideración, así como también la elevación de sentimientos y de ideas del autor.

De San Agustín.

Le negaba la gracia a Pelagio; pero confesó que sentía en sí el libre albedrío.

Ambos están en nosotros. Gemimos bajo el peso del Destino que nos oprime...; pero ¿sabemos si Dios gime por nuestras continuas acciones, ni si sufre por ellas?

La gracia *necesitante* es, sencillamente, la sucesión inevitable de las cosas, de los designios eternos y de los acontecimientos, o sea la fatalidad. Nadie se pue-

de sustraer a ella. La gracia *eficaz* no se resiste nunca. La gracia *particular suficiente* es muy suficiente, puesto que el alma la resiste; sólo puede ser considerada como un favor, como un privilegio.

Sé apreciar el chiste en la comedia; pero me repugna, porque en todas las artes afea y empobrece a la especie humana y, como hombre que soy, me siento humillado.

El Pequeño Piojoso, de Murillo, es bello de ejecución, pero tan semejante al mono, que me avergüenza.

El legatario universal, inspirado en *El médico a su pesar*, y todas las bufonadas italianas me hacen mal en el corazón, como una medicina. No puedo reír a carcajadas, lo confieso, y las salacidades humanas me obligan a fruncir el ceño de la tristeza y de la piedad irremisiblemente.

¿No podría buscarse en otra parte lo cómico y lo satírico, a lo que se le da tanta importancia?

La medida de lo cómico en *El misántropo* y en *El hipócrita*, ¿no es superior a lo demás, y de una naturaleza más pura?

He recibido una educación muy severa. El hábito del estudio y de un perpetuo trabajo me han hecho tan vehemente para las ideas, que el trabajo de por la tarde o de por la mañana continúa en mí a través del sueño y se reanuda al despertar. Luego comien-

za la vida de la jornada, que es para mí lo que era el recreo del colegio, y, por la tarde, recobra el trabajo de por la mañana su continuación vigorosa, siempre lo mismo.

De Voltaire.

El espíritu vivo e impaciente de Voltaire era la causa de que éste no tuviese tiempo para resumir sus ideas.

A veces, no obstante, las resumía pronto, como apresuradamente y con una admirable justeza.

He aquí lo que encuentro al azar, acerca de la ortografía:

«La escritura es la pintura de la voz, y es superior a la pintura misma.»

De Shakespeare.

No basta saber inglés para entender a este grande hombre; es preciso saber el Shakespeare, que es un idioma también. El corazón de Shakespeare tiene un lenguaje especial.

De la comparación.

Los hombres de genio no son precisamente los que hacen mejores comparaciones. ¡Cuán débiles somos, arrastrados por el torrente de las ideas, y asiéndonos a todas las ramas para fijarnos en algunos puntos de la vida que nos envuelve!

El tiempo roba tantos aciertos, tanta gracia, tanta grandeza a todos los libros, que puede decirse son, como las obras de teatro, buenos principalmente para el momento mismo en que son producidos.

Retratos de familia.

Trato inútilmente de inventar algo tan hermoso como los caracteres cuyos ejemplos me proporcionó mi familia: el señor Barandin, su hijo, mi madre y mi tía.

Escribiré su historia, sus Memorias más bien, y haré que los admiren, como ellos merecen.

Ensueño.

Silencio de las rocas, de los bosques y llanos;
calma majestuosa de los muros y torres;
vasta inmovilidad de los olmos y encinas;
lenta uniformidad de los días y noches...
¡Oh, solemne espesura de horizontes salvajes!
¡Oh, el aéreo balanceo de las nubes del mar...!

El Maine-Giraud.—Novela histórica.

A propósito de un pergamino que he encontrado entre mis papeles, escribiré una novela histórica.

Este será un noble medio de dar algún valor a esta pobre tierra.

La acción se desarrollará en mis tierras, en el castillo de Maine-Giraud y en las ruinas de Blanzac.

La época, 1679. La de Luis XIV.

En 1680. Incendio de La Briuvilliers.

En 1679, muere el anciano cardenal de Retz.

En 1670. Viaje a Dóver de la duquesa de Portsmouth.

Milon de Crotone.

Milon luchó con los leones y los mató con sus propias manos. Vió una gran encina en medio de un bosque y se entretuvo en arrancarla: maltrató a la encina y casi la partió por la mitad. Un día, Milon quiso hendirla con sus manos, haciéndole la última afrenta; pero la encina se le rebeló, y le oprimió por los costados como con unas tenazas inflexibles.

Los leones y los lobos vieron a Milon atenzado por su víctima y se arrojaron sobre él. Lo despedazaron y lo devoraron. La encina, inexorable, no le dejó siquiera libre una mano para defenderse.

¡Oh, mujer perversa! Tu espíritu es semejante al de Milon. Éste maltrataba sin piedad a la encina para distraerse; pero la encina sabía que era el árbol más corpulento del bosque. Lo sabía, y se vengó...

Ahora, los animales viles van a devorarte...

1839

19 de Febrero.—Decididamente, el papel no proporciona la dicha—dice Stello—. He dado al público todo cuanto se le puede dar: poemas, libros y obras de teatro, y, sin embargo, no estoy satisfecho.

La miseria.

—Sí—dijo Stello—; la odio; odio la miseria, no por lo que tiene de *privación*, sino por lo que tiene de *sucedad*. Si la miseria fuese lo que David describió en *Las Horaces*—una fría casa de piedra, completamente vacía, teniendo por únicos muebles dos asientos de piedra, un lecho de madera dura, un arado en un rincón, una copa de madera para beber agua pura y un pedazo de pan cortado con un burdo cuchillo—, bendeciría la miseria, pues soy estoico; pero cuando la miseria se nos presenta en una guardilla, con una especie de lecho de sábanas sucias, con unos niños en unas cunas de mimbre, con unas sopas en un perol y unos trapos y unos papeles chorreando pringue, el ataúd y el cementerio me parecen preferibles...

Sophia y Jane de Nanwich.

Dos jóvenes hermanas. Ambas de una deslumbrante blancura. La mayor, con largos e innumerables rizos, posee los cabellos rubios más admirables que he visto, un poco enrojecidos como el fuego. Es alta, flexible y graciosa en todos sus movimientos. La otra, descotada más de lo que se acostumbra para asistir a los bailes en Francia, sus hombros y su cuello de cisne enrojecen de vez en vez cuando habla, y sus grandes manchas cambian de lugar, en tanto que su rostro permanece pálido. No saben una

palabra de francés, y me han rogado que escriba versos franceses en su álbum. Yo he escrito esto:

Como los cisnes blancos, tan puras cual sus alas,
Camináis lentamente, bellas hermanas buenas,
Por el lago apacible de vuestros días dichosos.
En idioma francés, mis versos amorosos
Intentarán en vano vuestros trazos copiar;
Leeréis sin entenderme, y frente a vuestro espejo,
Como inocentes pájaros, sin veros pasaréis...

**«El Hombre de Estado» (tratado),
por Alfredo de Vigny.**

Libro por hacer, a la manera del *Príncipe*, de Maquiavelo.

Examinar las condiciones necesarias para formar al hombre de Estado, y dejar establecido que la facilidad de palabra, el arte de argumentar y de construir paradojas no determinan al hombre de Estado; que se necesita una firmeza de conciencia y de probidad a toda prueba, garantizada por medio de una vida irreprochable.

Byron.

Napoleón estaba derrotado cuando el poeta se echó su capa de par sobre los hombros y entró en el palacio que hay cerca de Westminster.

El canciller estaba sentado sobre su almohadón de lana, revestido de púrpura. El poeta prestó atención y sólo oyó frases vulgares. Comprendió al ins-

tante que aquel no era el lugar que le correspondía. No se dignó permanecer en aquella reunión de abogados y grandes señores, y partió.

Beyle.

8 de Junio.—*La Cartuja de Parma* es una obra sin concepción profunda, pero llena de observaciones muy útiles acerca del mundo diplomático.

La duquesa de Sanseverino prodiga a su sobrino consejos de hipocresía religiosa bastante curiosos.

«Cree o no lo que se te enseñe (en cuestiones de Teología); pero no opongas nunca ninguna objeción. Figúrate que se te enseñan las reglas del juego de whist.»

«Los príncipes sólo quieren ver máscaras, y pretenden juzgar la belleza por la pintura.»

Los retratos son sutiles y verdaderos; pero pertenecen a la descripción de una sociedad demasiado bajuna y demasiado odiosa por su infame hipocresía.

La tía diciéndole a su sobrino: «Este hombre tiene la manía de ser adulado; bésale la mano», me da náuseas.

¡Son personas taimadas y violentas en sus odios!

De Strauss.

El doctor Strauss ha hecho, con relación al Nuevo Testamento, el mismo trabajo que Spinoza hizo respecto del Antiguo.

Constituye un proceso instruído pesadamente, en demanda de anulación de la *divinidad* y de la *verdad histórica*.

La cuestión es reducir el Cristianismo a la condición de mito y al estado de leyenda, partiendo de la distinción de que el *mito* puede ser bueno para conservarse como mitología filosófica.

El derecho de primogenitura, por una extraña contradicción, constituye en Inglaterra la fuente de la igualdad. La dignidad de par no es un rango, sino una magistratura hereditaria. Ahora bien, no siendo hereditaria mas que por el primogénito y para el primogénito, los demás hijos pertenecen al comercio y a la categoría de ciudadanos laboriosos.

La cabeza del hombre es como el enamorado; adquiere fuerzas a medida que se encuentra más recargada.

Para distraer a mi madre hacia dar vueltas a mi espíritu, como si fuera un peón, y le exponía ideas y contrastes cómicos que la obligaban a reír. Pero, de pronto, se detenía y me decía:

—Finges estar alegre y ser feliz, pero no lo eres, y sólo por bondad te muestras así; lo veo claramente...

El corazón maternal no se engaña nunca; el fruto de sus entrañas—el hijo—no puede ocultar nada a quien lo ha producido.

De los periódicos.

El burgués de París es un rey que todas las mañanas, al levantarse, encuentra un halagador, un adulator que le relata veinte historias. El burgués no se ve obligado, ni mucho menos, a ofrecerle parte del desayuno; le hace callar cuando quiere, y le dirige la palabra a su gusto. Este dócil amigo le agrada tanto más cuanto que es el espejo de su alma, y le expone todos los días su opinión mejor que hubiera podido expresarla el burgués mismo. Quitémosle al público este amigo, y le parecerá que se detiene el mundo...

Este amigo, este espejo, este oráculo, este parásito poco costoso es el periódico.

Inglaterra.

Lo que determina la fuerza y la unidad de esta nación es que cada individuo se considera como un hombre político. Cada ciudadano habla y obra de acuerdo con la política inglesa del momento.

Francia.

Nuestra nación es frívola y ruin. No quiere dejar tranquila a ninguna superioridad.

De la nada de las Letras.

La única conclusión a que llega rápidamente el espíritu, penetrando por completo en el fondo de cada perspectiva, es a la nada de todo. Gloria, amor,

felicidad; ninguna de estas cosas se logra por entero. Así, pues, para exponer las ideas respecto de un asunto cualquiera, cualquiera que sea la forma, nos vemos obligados a comenzar por mentirnos a nosotros mismos, figurándonos que existe algo, y creando, por consiguiente, un fantasma para adorarle o profanarlo, engrandecerlo o destruirlo. Somos unos Quijotes perpetuos y menos disculpables que el héroe de Cervantes, pues sabemos que nuestros gigantes son molinos, y nos embriagamos para verlos como gigantes.

Sordo-mudos.

He visto a los sordo-mudos.

Están bien educados, bien instruídos. Hay más muchachos que muchachas. Son unos ciento ochenta alumnos. En Francia existen *veintidós mil* sordo-mudos: sólo *mil* son educados en París, en Burdeos y en algunas otras instituciones. El resto está, pues, condenado a servir o a mendigar, o a vivir la vida de los animales y de las bestias de carga en las aldeas pobres.

Todo esto no se ha dicho en las Cámaras, y, si puedo, se lo haré decir a uno de mis amigos.

Hay que buscar los medios de remediar esto. Quizá exigiendo que cada Ayuntamiento pague una subvención en favor de los niños que nazcan sordo-mudos se obtenga el remedio.

De los Gobiernos.

El cardenal Dubois hizo una Memoria en la cual decía que la ventaja de los Gobiernos absolutos era la de someter las pasiones y las voluntades demasiado impulsivas que se manifiestan diariamente en un Gobierno.

Pero el Gobierno constitucional es una evaporación de esas *voluntades* que se transforman mediante la tribuna y la Prensa, y se convierten únicamente en ideas.

Del corazón.

El corazón tiene existencia propia, moralmente hablando. Se aprecian sus movimientos de júbilo o de dolor; pero es un cuarto oscuro cuya luz está en la cabeza. La memoria y el entendimiento lo iluminan y hacen que aparezcan los sentimientos. Sin la cabeza, éstos se extinguirían. Los locos no quieren nada, o no saben lo que quieren. A veces llegan a tomar odio a las personas a quienes antes amaban.

De la imprenta.

Los antiguos poseían sobre nosotros la ventaja de no conocer la imprenta.

Esto parecerá singular; pero mi convicción es la de que esta ignorancia, desfavorable para la rapidez de la propagación de las ideas y para su conservación, era favorable para la depuración del gusto y

para la elección de las obras maestras. Demóstenes dijo que había copiado por cinco veces, de su puño y letra, las obras de Tucídides. Así, pues, un poeta o un gran escritor tenía a los lectores forzosamente atentos y aplicados a conocer y observar minuciosamente el menor detalle de las bellezas del estilo. Estos lectores elegían las cosas más bellas para multiplicarlas. Estas abejas sólo se posaban sobre las bellas flores; todo el resto era desdeñado, y no creo que fuera muy bueno lo que no ha llegado hasta nosotros.

La elección de los lectores y su atención para no copiar sino las cosas más bellas, probablemente retraían y obligaban a los poetas a no prestar más que sus obras maestras, puesto que sólo se copiaba aquello que agradaba. Es probable que este gusto público, tan fino y tan puro, les proporcionase la firme severidad que tenían por costumbre, y el sentimiento de la *unidad* en sus obras.

Tal vez Virgilio compuso sátiras; el *Sic vos non vobis* permite creerlo. Juvenal se abandonó, sin duda, al gran placer de componer versos amorosos e idilios; pero el primero sólo dió a la luz sus *Eglogas*, sus *Geórgicas* y *La Eneida*, esta última a su pesar y considerándola imperfecta; y el segundo únicamente divulgó sus sátiras. La pureza de las facciones de Virgilio y la dura severidad del otro semblante se hubieran alterado en virtud de la promiscuación.

Esta elección que hacía el público copista en la antigüedad debemos imitarla nosotros hoy.

El público no está en condiciones de elegir en la actualidad; sería preciso que lo leyera todo, y el mismo tipo de letra emplean los primeros escritores como los últimos; los del arte y los de la especulación. Si se necesita demasiado valor para aquilatar las propias obras, recordemos que Platón escribió tragedias, antes de escribir sus obras filosóficas, y las quemó, prefiriendo ser *único* y grande, en vez de ser *doble* y truncado.

Las dos literaturas.

Es posible que sólo haya dos literaturas: la de los ojos o de la lectura y la de los oídos o del canto. Leemos solos, en el despacho, una novela, un libro de ciencia, de metafísica, etc., que serían insoportables al ser escuchados; se escucha la poesía, la tragedia, el sermón de los retóricos o de los predicadores.

La imprenta nos ha proporcionado la literatura de los ojos; los antiguos apenas conocían más que la de los oídos.

Ensayo sobre la República de las letras.

Desde que el pensamiento encontró su expresión en la palabra y la palabra su duración en los escritos; desde que la imprenta, sobre todo, comenzó a extenderlo y a perpetuarlo, se fué formando, de generación en generación, un Pueblo en medio de los Pue-

blos, una Nación elegida por el genio en medio de las Naciones y que, semejante a la santa familia de los Levitas, conserva a través de todas las edades el tesoro secular de sus ideas. Arca preciosa a la cual no se debería poder tocar sin morir.

Lamennais.

No es culpable por buscar la verdad, sino por afirmarla antes de haberla encontrado.

8 de Noviembre.—La reserva y la dignidad de carácter sirven para engrandecer a un hombre, y cuando estas condiciones son iluminadas por un poco de talento proporcionan una posición bastante elevada.

El embajador de Baviera ha venido a rogarme que recomiende a su príncipe, que está amenazado de ser enviado a Rusia, lo cual le causa cierto desagrado.

He añadido a mi última carta una *postscriptum* en su favor.

1840

He observado con frecuencia que tenemos en nosotros mismos el carácter propio de una de las edades determinadas de la vida, y lo conservamos siempre. Un hombre como Voltaire parece haber sido siempre viejo; otro, como Alcibiades, siempre niño.

Tal vez por esto, también, algunos escritores entusiasman a los hombres que tienen la misma edad en la cual ellos parecen haberse detenido.

Acerca de «Cinna»

Rachel tiene desdén e ironía; pero su talento carece de amor.

El talento de Talma sólo era amor, de pies a cabeza, y este amor se manifestaba en todo, incluso en la cólera. Su voz era potente como la de la tempestad, pero afectuosa, también como ella, pues nunca oí la voz de las nubes sin pensar que los pueblos niños deben de confundirla con la de Dios. Tiene no sé qué de afectuoso en medio de sus rugidos que la hace semejante a la voz de un padre todopoderoso que gime castigado y llora por nuestras faltas.

Luis XIV.

El rey y la nobleza eran dos antiguos amantes que se habían malquistado. Volvían a unirse algunas veces, pero no podían ya recuperarse, y tuvieron que permanecer separados por la intrigante burguesía.

¡Mi nobleza!

Que sea mi amiga, y no mi querida...

De las cartas familiares.

Una carta retrata a la persona a quien se escribe tan bien como a la persona que escribe, porque, a pesar nuestro, modificamos el estilo según el carácter de aquélla y según lo que espera de nosotros.

blos, una Nación elegida por el genio en medio de las Naciones y que, semejante a la santa familia de los Levitas, conserva a través de todas las edades el tesoro secular de sus ideas. Arca preciosa a la cual no se debería poder tocar sin morir.

Lamennais.

No es culpable por buscar la verdad, sino por afirmarla antes de haberla encontrado.

8 de Noviembre.—La reserva y la dignidad de carácter sirven para engrandecer a un hombre, y cuando estas condiciones son iluminadas por un poco de talento proporcionan una posición bastante elevada.

El embajador de Baviera ha venido a rogarme que recomiende a su príncipe, que está amenazado de ser enviado a Rusia, lo cual le causa cierto desagrado.

He añadido a mi última carta una *postscriptum* en su favor.

1840

He observado con frecuencia que tenemos en nosotros mismos el carácter propio de una de las edades determinadas de la vida, y lo conservamos siempre. Un hombre como Voltaire parece haber sido siempre viejo; otro, como Alcibiades, siempre niño.

Tal vez por esto, también, algunos escritores entusiasman a los hombres que tienen la misma edad en la cual ellos parecen haberse detenido.

Acerca de «Cinna»

Rachel tiene desdén e ironía; pero su talento carece de amor.

El talento de Talma sólo era amor, de pies a cabeza, y este amor se manifestaba en todo, incluso en la cólera. Su voz era potente como la de la tempestad, pero afectuosa, también como ella, pues nunca oí la voz de las nubes sin pensar que los pueblos niños deben de confundirla con la de Dios. Tiene no sé qué de afectuoso en medio de sus rugidos que la hace semejante a la voz de un padre todopoderoso que gime castigado y llora por nuestras faltas.

Luis XIV.

El rey y la nobleza eran dos antiguos amantes que se habían malquistado. Volvían a unirse algunas veces, pero no podían ya recuperarse, y tuvieron que permanecer separados por la intrigante burguesía.

¡Mi nobleza!

Que sea mi amiga, y no mi querida...

De las cartas familiares.

Una carta retrata a la persona a quien se escribe tan bien como a la persona que escribe, porque, a pesar nuestro, modificamos el estilo según el carácter de aquélla y según lo que espera de nosotros.

La cuestión religiosa.

Cuanto más vigoroso es el espíritu, más se pierde en las catacumbas de la incertidumbre humana. Pascal se perdió por haber ido más adelante que los demás.

Toda religión sólo ha sido creída a medias, y ha tenido sus ateos y sus escépticos; pero los sabios han ocultado sus dudas en su corazón y han respetado la fábula social recibida generalmente y adoptada por la mayoría.

Una frase.

Los irlandeses tienen fama de ser muy espirituales. Uno de ellos, en Roma, cayó de rodillas ante una estatua de Júpiter, y exclamó:

—¡Oh, Júpiter! Si logras de nuevo el Poder, acuérdate de que te he sido fiel en la adversidad.

Bonaparte.

El cuerpo de Napoleón emperador va a ser transportado a los Inválidos.

La Providencia colocó sus cenizas sobre una roca, como Prometeo, bajo un sauce, como J. J. Rousseau, teniendo por reja, en su monumento, el Océano Atlántico. Al abrigo de los tumultos y de las iras políticas, sobre un volcán apagado, como las revoluciones de donde él había salido,

21 de Julio, a las doce de la noche.—El tedio obliga al hombre a hablar francamente, del mismo modo que la lanza del *Rafael*, de Milton, tocó al sapo, e hizo que apareciera Satán, a pesar suyo, con su forma real.

Fígaro dijo la verdad tan pronto como Susana le hirió en el corazón, y dejó de ser un arlequín.

Buena acción de Lamartine.

12 de Mayo.—El socorro que he pedido al Gobierno para Lassailly es inútil y poco considerable para sustentarlo por diez días.

Lamartine lo supo por mí. No vaciló, y durante la sesión en la Cámara de los Diputados hizo una colecta, que ascendió a 455 francos, y que yo le entregué a la hermana del pobre enfermo.

Lo que yo le había dado bastaba ya para pagar sus deudas, aunque no para vivir.

Lassailly.

Un nuevo ejemplo desolador de los suplicios producidos por un trabajo excesivo a una constitución débil.

El gusto, en extremo delicado, respecto de las Letras, desarrollado desmesuradamente en este joven, y las frecuentes relaciones sostenidas con las más elevadas inteligencias le han producido un violento deseo de alcanzar la mayor superioridad intelectual.

La sobreexcitación del cerebro proviene de este deseo, junto con la necesidad de ganarse la vida, y sólo cuando estaba enfermo—dice su hermana—se manifestaba el talento de ejecución en él, si bien se manifestaba desordenado y obscuro, y únicamente centelleante con tardíos relámpagos.

Acaba de recaer, y una alta fiebre le tiene abatido. Está en casa del doctor Blanche, el más altruista y el más generoso de los médicos, y éste duda que el enfermo recobre la salud, y aun la razón.

Su hermana ha observado que en perfecto estado de salud Lassailly no podía trabajar. La enfermedad era la lámpara que iluminaba su cerebro.

Sobre mí mismo.

La partida de ajedrez que he estado jugando contra el Destino durante toda mi vida la he ganado siempre, hasta ahora. Le arrebaté por dos veces a mi madre que, al fin, hubo de morir; la recuperé y la conservé durante cinco años más, hasta que las fuerzas vitales se extinguieron en ella totalmente. Teniendo un suegro por tres veces millonario, he vivido honradamente durante trece años, sin pedirle nunca nada y sin crearme deudas. En todos mis asuntos de fortuna he aceptado mis derechos, sin quejarme; he sufrido en silencio; he trabajado sin degradar mis ideas, y sólo he hecho obras de arte. He logrado demostrar que se puede ser únicamente

poeta u hombre de letras e igualarse con todo lo más elevado de la sociedad sin poseer una fortuna considerable y ni siquiera corriente.

Hoy la fortuna tiene los dados en sus manos; los agita en las Indias y los deja caer en Londres. No hay ya prudencia humana que pueda hacer lo que yo no he hecho. Mi deber es el de esperar en la inmovilidad. He expuesto en Londres las bases del asunto; la justicia decidirá.

De Racine.

Racine ha hecho un teatro completamente épico. Hacen falta semidioses para representar a Homero, e igualmente para representar a los personajes inspirados en él.

He visto a Talma en *Aquiles*, y era demasiado pesado, desprovisto de elegancia divina. Necesitaba poseer un talle más flexible, y la celeste desnudez de los hijos de los dioses, del *Aquiles* de Flaxman y del *Rómulo* encorvado de David, que dispara sus venablos con una sonrisa desdeñosa.

Los antiguos, que sentían todo esto, aumentaban la estatura del actor con el contorno, reforzaban su voz por medio de la carátula, y Sópeles, Esquilo y Eurípides no eran representados más que una sola vez. Siempre cantados por los rapsodas, como Homero.

De la República en Francia.

César, Carlomagno y Luis XIV no bastarían para imponer el despotismo absoluto a Francia, dado el estado en que hoy se encuentra. En nuestra organización, completamente democrática y republicana, a partir de 1793 sólo conviene ya una forma, y ésta es una República con una aristocracia de inteligencia y de riqueza elegante. Con el tiempo, la habrá.

Los franceses se contentan fácilmente. Un poco de familiaridad en el trato les parece que es la igualdad.

De las obras de argumentación y de inspiración.

La debilidad de las obras de discusión, con cualquier motivo que sea, se debe a que se orientan hacia la lógica y a que, no teniendo base la razón humana y estando siempre en el aire, todos los grandes escritores han caído en espantosas contradicciones. Mas las obras de imaginación, que sólo hablan al corazón y al sentimiento, están dotadas de vida eterna y no precisan de una *síntesis* inmutable para vivir.

Aristóteles, Abélard, San Bernardo, Descartes, Leibnitz, Kant y todos los filósofos se derriban unos a otros; y caen unos encima de otros; pero Homero, Virgilio, Horacio, Shakespeare, Moliere, La Fontaine, Calderón y Lope de Vega se sostienen mutuamente

y viven en una eterna juventud plena de gracias renacientes y de una frescura constantemente renovada.

De Moliere.

Creo que Moliere sintió cierto deseo de poner indirectamente en ridículo la exageración del honor de los maridos españoles de Calderón en su comedia *El cornudo imaginario*. Como Calderón hacía que Don Gutierre, el médico de su honor, invocase el honor en todo instante, Sganarelle dijo:

Quando haya hecho el valiente y el hierro, por desgracia,
con un villano golpe me traspase la andorga,
y corra por el pueblo el rumor de mi muerte,
dime, ¿mi honor, entonces, se habrá hecho más grande?

Sobre Voltaire.

Voltaire poseía la doble y rara facultad de la meditación y la improvisación durante la conversación.

En general, los autores se apartan de la gente, cuyo contacto temen, porque tienen miedo de aparecer, en la conversación, inferiores a la idea que de ellos se obtiene leyendo sus escritos.

Esta *coquetería* bastante legítima, este horror a destruir su ideal es la causa principal de su rusticidad.

La segunda es el temor del contacto con la mediocidad familiar e indiscreta.

Poema por hacer.—El año de paz de 1699.

Fué el único año en que ninguna guerra conmovió al mundo.

1841

El juramento político.

Cuestión por tratar. De la impiedad del juramento político. De la necesidad de abolirlo en los Estados democráticos en que el hombre puede ver cinco dinastías durante su vida. El juramento deshonorra o engaña. En ambos casos, la nación se encuentra privada de una luz.

Para las consultas del Doctor Negro.

Poner muy alta la idea filosófica, idea a la cual la Historia llega a exponer sus pruebas, depositándolas a sus pies.

Armando Carrel.

29 de Junio.—He sabido, por una conversación sostenida con varios amigos, que Armando Carrel dijo un día, hablando de mí:

—He aquí un alma hermosa; hay que darla a conocer.

A raíz de esta frase de un hombre a quien no conocía, apareció el gran artículo de *El Nacional*, acerca de mi vida y mis obras. Era del señor Rolle,

hombre de un talento muy singular y de los más apreciados.

Un poema por hacer.

Tú, ¡oh, madre joven y bella!, que me dijiste, estrechándome la mano:

—A ése no le amamantaría yo...

Piensa en lo que significarían para él los hombres que te sobrevivieran, debiendo vivir a su alrededor y juzgarle... El alma de un poeta es una madre también, y debe amar su obra por su belleza, por la voluptuosidad de su concepción y por el recuerdo de esta voluptuosidad; y, pensando en el porvenir, debe exclamar:

—¡Lo hice para ti, Posteridad!

1842

La «Medea» de Corneille.

Hasta ahora, el público francés ha hecho *prodigios de respeto*. Escuchar la tragedia clásica con sus frías abstracciones, tal y como se le ha venido sirviendo hasta el presente; resignarse a oír versos que siempre son falsos a causa de los rípios—lo cual obliga al espíritu a excluir diez de cada veinte—, es prodigioso. Es sorprendente que el público no se harte.

La tragedia francesa ha sido casi siempre *la con-*

secuencia de un discurso a propósito de una situación determinada.

De la muerte del duque de Orleáns.

Hacia 1825, asistía yo a una conversación entre algunos hombres que se creían graves, y uno de ellos decía:

—Lo triste será la sucesión de los tres reinados de viejos, antes de Enrique V... Habrá que ver todo el reinado de Luis XVIII, de Carlos X y del Delfín...

—¡Oh, Dios mío!—interrumpí yo—. Estén ustedes tranquilos; antes de diez años, ocurrirá algo.

Y les recordé a La Fontaine: «El rey, el asno o yo nos moriremos.»

Obligué a hacer un gesto plebeyo a los hombres de Estado que me hablaban, amigos del señor de Villèle, y me tacharon de *liberal* y *filósofo*.

Hoy, lo mismo. En las Tullerías se toman el trabajo de pensar en una regencia para el conde de París, y constituir una *rama antigua* y una *rama moderna*. ¡Oh, Dios...! ¿Qué le importan esas ramas y esos ramajes a la más democrática de las naciones...?

La verdadera esperanza de Francia, como le dije tranquilamente a Luis Felipe en 1830, es la indiferencia en materia de gobierno. Poco nos importa la *Compañía* que haga su presentación en *el teatro del poder*...

Nuestras necesidades políticas serán unas u otras...

Nuestras pasiones son: el orgullo nacional, el amor a la gloria, etc., etc.

Satisfagámoslas. Cuando el Gobierno se equivoque, bajemos el telón.

La fortuna trató mejor a la rama antigua, en el lecho de muerte, que a la rama de Orleáns.

El duque de Berry, diciendo, al ser apuñalado: ¡*Gracia para el hombre!*, es grande, en la memoria de los hombres.

Si el joven duque de Orleáns pudo reflexionar en su agonía, debió lamentar una bala de Constantine y el cañonazo del general Damrémont.

Esta muerte llamó a la casa de Orleáns tan profundamente como la muerte del duque de Berry llamó a la de los Borbones.

Los partidos comienzan ya a hacer profecías *fatídicas* y pueriles acerca de las fechas, circunstancias, presentimientos, etc., etc. — Ingenuidad acostumbrada.

«Cupido», poema.

Miguel Ángel, abrumado por la crítica y harto de oír el elogio de los antiguos, hizo un *Cupido*, lo enterró y procuró que apareciera en una excavación.

Se congregaron los sabios.

Descripción del *Amor griego* de Miguel Ángel... Y éste exclamó: «¡Es mío! Todavía conservo la arcilla en mi taller...»

El espíritu del trabajo se encuentra a menudo incompleto en nosotros, y es lástima que todo el mundo tenga la facultad de trabajar, producir, escribir con relativa facilidad. De ahí que existan tantas obras medioces.

El que comprenda que no se puede trasladar por completo a su obra debe ausentarse y caminar procurando no quedar reproducido a medias.

La idea.

Cuando una idea nueva, justa, poética ha caído no sé de dónde en mi alma, nada puede arrancármela. Germina como el grano en una tierra labrada sin cesar por la imaginación. En vano hablo, trabajo, escribo y aun pienso en otra cosa; la siento brotar en mí, su espiga madura y crece, y bien pronto necesito segar el trigo, procurando amasar un pan saludable.

Crítica literaria.

Toda la Prensa acaba de celebrar *Lucrecia* por sus cualidades clásicas, siendo así que su éxito se debe precisamente a sus cualidades románticas. Detalles de la vida íntima y sencillez del lenguaje, procedentes de Shakespeare en *Coriolano* y *Julio César*.

De la educación universitaria.

Nada más estúpido que la rutina de las clases del latín y del griego. Las obras antiguas son excelentes para formar el estilo.

Ahora bien; ante todo, ¿quiénes *necesitan* un estilo...? Aquellos que hayan de ser profesores, preceptores o, por ventura, grandes escritores elocuentes, o, por mayor ventura aún, poetas.

Pero la mayoría de los individuos necesita una educación *profesional y especial*.

De los órganos.

La inteligencia se sirve de órganos malos—he dicho en el poema de *La Flauta*.

Malebranche fué idiota hasta la edad de diez y siete años.

A consecuencia de una caída, se hirió en la cabeza; le hicieron la trepanación y se convirtió en un hombre de genio. Descartes, una vez trepanado, tal vez hubiera quedado idiota...

Un alumno de la Escuela politécnica atacado de sonambulismo resolvió en sueños un problema que había intentado en vano resolver estando completamente despierto, lo cual demuestra que el alma es independiente de los órganos y obra y percibe sin ellos.

De la publicidad.

¡Vil publicidad! No eres mas que una picota donde las pasiones profanas se congregan para abofetarnos—he dicho en *Chatterton*.

Los autores se ocupan de ella demasiado. El uno corre tras los artículos de los periódicos; el otro, tras las opiniones de salón, que procura formar. ¡Trabajo perdido!

Un hombre que se respete a sí mismo sólo tiene una cosa que hacer: publicar, no ver a nadie y olvidar su libro.

Un libro es una botella que se arroja al mar, y a la cual debe adherirse esta etiqueta:

¡Recójala el que pueda!

Cuando, por la noche, volvemos de frecuentar los salones de la alta sociedad, nos asombramos de haber cambiado nuestro carácter y de haber renegado por diez veces de nosotros mismos. Hemos aparentado frivolidad, teniendo la cabeza repleta de ideas.

La sociedad.

Dos enemigos en presencia, un mueble nuevo, una discusión de política, un nuevo Parsis recién llegado de las Indias, un pianista prodigio de doce años de edad, un embajador, un gato: todo le sirve a una ama de casa para conseguir que *hierva su solí-rée* como una tetera.

Dicen que se ven mejor los asuntos públicos desde la cima de una gran fortuna, y esto es una absurdidad; desde donde se ven mejor es desde lo alto de la frente. ¿Quién los vió mejor que J. J. Rousseau desde el fondo de su cueva?

Cuando se aplica la regla del buen sentido y de la razón a las historias populares, se extraña uno al considerar todo lo que se somete a su revisión severa y la cantidad de hechos acreditados que se derrumban.

En el caso de Caín y Abel es evidente que Dios fué el primero en equivocarse, pues rechazó la ofrenda del laborioso labrador por aceptar la del pastor desocupado. Justamente indignado, el primogénito se vengó.

Una cosa curiosa de nuestra época es la soberbia de las desmesuradas pretensiones literarias. El uno titula su libro *La Divina Epopeya*; el otro, *La Comedia humana*...

Nepomuceno Lemercier.

Un admirable epitafio que pretendió poner sobre su tumba debe estar presente siempre en la imaginación de todo autor. Decía así:

«Fué hombre de bien y cultivó las letras.»

Sólo debe desearse la popularidad en la posteridad, y no en el tiempo presente.

Dos movimientos de espíritu.

No se puede mirar demasiado a los hombres y observarlos atentamente.

Hace algunos días, una mujer de talento me proporcionó la ocasión de ver con cuánta rapidez los movimientos del interés personal llegan a destruir la razón buena y sencilla.

Yo le hablaba de la señora Roland.

—Me agrada—decía—ese carácter romano en nuestro tiempo. Su muerte es un poco efectista y teatral. Es cierto que pasa con algo de afectación...

Ella me interrumpió:

—¡Oh...! A fe mía que es bastante hermoso tener fuerzas para pensar, durante ese momento, en adoptar una actitud gallarda...

Tenia razón; pero de pronto se acordó de que ella era duquesa, y el prejuicio le obligó a añadir:

—Después de todo, ¿qué...? Una burguesita como la señora Roland bien podía permitirse el dar énfasis a su muerte. La sencillez era una condición propia de las grandes damas...

1843

Creencia o religión.

Cuando hombres como Descartes y Spinoza ocultaron la cabeza entre sus manos debía ser porque pensaban sinceramente;

1.º En cómo había sobrevenido la creación.

2.º En cuáles serían las causas y el fin de la creación, según el cálculo más probable y más verosímil.

Buscaban una creencia.

Cuando hombres como San Agustín, Bossuet y Fenelón piensan en las cosas religiosas los encuentran mucho más humanos y más superficiales; consideran el Universo como si hubiera sido construido para una cierta insignificante colonia, y a Dios como dispuesto a descender a un insignificante planeta privilegiado para proporcionarle una legislación particular.

Buscan una religión.

Cuando se profundiza en estas cosas, la cuestión queda reducida a saber si debemos colocarnos en el punto de vista general de la inmensidad donde navega el Universo y esforzarnos en obtener una especie de perspectiva, tomada desde un planeta como Saturno o Júpiter, o bien si debemos colocarnos en medio del espacio humano que contiene la tierra, y desde aquí considerar la religión según la utilidad que pueda reportar, como punto de apoyo de la moral.

El primer punto de vista es visiblemente el más grande, el más *divino*, puesto que sólo es inspirado por un amor sagrado a la verdad, que transporta el alma hacia el Creador, como centro de la creación.

El segundo punto de vista es el mejor para el perfeccionamiento de la sociedad humana, indiscutible-

mente; y desde este punto de vista el cristianismo es hasta ahora el sistema cuya verdad se hace más deseable que la de todos los demás sistemas; pero se ve cuán reducida y miserable resulta la investigación de este interés con relación a la investigación de la verdad.

Si los hombres se sintiesen con fuerzas para prepararse a reflexionar en las cosas divinas, por un primer acto de renunciación a sus intereses, en el porvenir de su existencia, dentro de la eternidad, y en los debates acerca de su condición futura, serían dignos de colocarse en el primer punto de vista y buscar sinceramente una *creencia*.

Porque esta perspectiva inmensa de la creación sobrepasa los insignificantes intereses del hormiguero humano, y debe ser inútil para su *policia correccional*, puesto que el bien y el mal se pierden y desaparecen por completo como dos briznas de paja.

Mas como quiera que los hombres sólo se ocupan de ellos mismos, y los más fuertes únicamente piensan en dominar a los otros, formando Códigos en nombre de las divinidades, a quienes hacen descender ora al lado del hombre, ora en el hombre mismo...

De la eternidad.

Tengo en demasiada estima a Dios para temer al diablo.

«Un Dios», poema dramático.

Es el caso que el hombre es más grande que la Divinidad, en el sentido de que puede sacrificar su vida por un principio, en tanto que la Divinidad no puede hacerlo.

Para decir esto en un teatro sería preciso llevar la escena al paganismo, para que el hombre le dijese a un dios esta terrible verdad.

Titulemos la obra *Un Dios de Homero*.

Una joven amada por él le rechaza: ama a un hombre que puede morir por ella y con ella.

2 de Julio, a las doce y media de la noche.—El corazón no es mas que un trozo de carne azulado que impresionan vivamente los movimientos de reflujo impresos a la sangre por las ideas del cerebro; pero lo considero impotente para crear sentimientos, como se supone.

No creo que el alma emplee realmente otro instrumento que no sea el cerebro. En la memoria conserva, como en el espejo de ese mal alojamiento, la forma de la persona amada; luego, en el entendimiento, encuentra las razones que le obligan a quererla; después, en la imaginación, los colores que la hacen radiante y la iluminan por completo. Todo este examen del despertar hace, sin duda, arremolinarse la sangre y la obliga a afluir al corazón, como en un golfo donde convergen todas las venas

de los ríos; pero el corazón no es mas que el eco del canto que resuena arriba, bajo las divinas bóvedas de la cabeza.

«La Compuerta», poema.

El hombre aprecia la inercia de Dios al rehusarle el conocimiento de la palabra, del enigma de la creación, y defenderla con la cólera desconocida desde lo alto, cólera que siente cernerse sobre su cabeza. A su lado, una multitud mala y ciega le oprime, le tropieza, le lastima sin cesar...

¿Quién detendrá esa roca y los golpes que amenazan su pie y su frente?

Su fuerza misma, su peso, su inmovilidad. El que sólo conceda un poco de importancia al sér vulgar; el que ame la soledad, el silencio, la fortuna moderada, la protección oculta, la intimidad afectuosa.

El que sepa cortar los caminos insensatos a su imaginación y, ante el paso de la multitud, con su enérgica voluntad, deje caer *la compuerta*.

De la patria.

La patria casi no existía antes de Luis XIII. Los grandes señores, unidos a mujeres extranjeras y poseedores de grandes feudos en España, Alemania e Inglaterra, a la vez que en Francia, no poseían un corazón más español que francés, y traicionaban voluntariamente los intereses de un país para servir los de otro.

El poder creciente de la clase media y la unidad prestada a la nación por la Monarquía devolvieron a las naciones el sentimiento de la *ciudadanía*. La *nobleza de provincia* había conservado este sentimiento exquisito: el gentilhomme (*gentis homo*), el hombre de la nación, era el verdadero ciudadano.

De la novela.

La novela de análisis nació de la confesión. El Cristianismo dió la idea de ella, por la costumbre de la confidencia.

De los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen de excelente que, cualquiera que sea la comprensión—mediocre o elevada—de su espíritu, este espíritu vive, al menos, en las más altas regiones del pensamiento y no se ocupa mas que de las cuestiones superiores.

Jesucristo vivió, de los doce a los treinta años, una vida ignorada: lo que el clero llama una *vida oculta*. Podría hacerse una gran obra ideal a propósito de esta vida. Sería preciso procurar darse cuenta de lo que pudo pensar y sentir el Hombre-Dios, viendo crecer en él la Divinidad.

11 de Octubre, miércoles.—Cuando recibimos, pasamos la mañana envolviendo en la cuerda nuestras

ideas, como si fueran peones, para hacerlas dar vueltas y ponerlas en condiciones de que caigan y dejen de rodar. Este oficio obligaría a quejarse a las amas de casa, y produce consideración hacia las que pasan así todos los días de su vida.

El elixir.

Es un elixir que se llama *poesía*. Aquellos que guarden en su vida privada una sola gota de este licor divino, sienten más devoción por su país, más amor hacia su compañera y más grandeza en su vida. Los que llevan dos gotas en sus venas son los dueños del mundo político o sobresalen en la elocuencia y en los escritos de la gran prosa; pero los que han mezclado el frasco entero con el licor de la vida, esos son los reyes del pensamiento en el reinado de la palabra.

De la fe.

Se habla de la fe. ¿Qué es, después de todo, esta cosa tan rara...? Una esperanza ferviente... La he sondeado en todos los sacerdotes que decían poseerla, y no he encontrado mas que eso... Nunca la certidumbre.

Veinte veces durante cada hora, me pregunto:

—¿Están contentos los seres a quienes amo...?

Pienso en esto, en lo que me agrada, en una persona que llora...

Veinte veces durante cada hora *doy la vuelta a mi corazón.*

1844

De las Asambleas.

Las Asambleas sienten las pasiones de la galería del teatro. Son mojigatas en ciertos casos, y se consideran insultadas a cada momento. Es preciso adoptar precauciones oratorias al dirigirse a ellas, y prepararlas para las verdades que podrían decirse de pronto a cada uno de sus miembros.

Poema.

Los animales cobardes van formando rebaños.
El león camina solo por el desierto.
Así camina siempre el poeta.

De los ingleses.

Los esfuerzos sobrenaturales que harían los franceses para dar algún calor, algún movimiento a las conversaciones entre ellos, franceses, y los ingleses e inglesas se perderían siempre. Lo que le falta por completo a la raza inglesa es precisamente lo que constituye el fondo de nuestro carácter: la alegría en la imaginación, y el movimiento en el sentimiento. Esto se encuentra por todas partes en Francia: entre el pueblo y en la alta sociedad; con talento y cultura o con necedad e ignorancia, la llama se encuentra

ideas, como si fueran peones, para hacerlas dar vueltas y ponerlas en condiciones de que caigan y dejen de rodar. Este oficio obligaría a quejarse a las amas de casa, y produce consideración hacia las que pasan así todos los días de su vida.

El elixir.

Es un elixir que se llama *poesía*. Aquellos que guarden en su vida privada una sola gota de este licor divino, sienten más devoción por su país, más amor hacia su compañera y más grandeza en su vida. Los que llevan dos gotas en sus venas son los dueños del mundo político o sobresalen en la elocuencia y en los escritos de la gran prosa; pero los que han mezclado el frasco entero con el licor de la vida, esos son los reyes del pensamiento en el reinado de la palabra.

De la fe.

Se habla de la fe. ¿Qué es, después de todo, esta cosa tan rara...? Una esperanza ferviente... La he sondeado en todos los sacerdotes que decían poseerla, y no he encontrado mas que eso... Nunca la certidumbre.

Veinte veces durante cada hora, me pregunto:

—¿Están contentos los seres a quienes amo...?

Pienso en esto, en lo que me agrada, en una persona que llora...

Veinte veces durante cada hora *doy la vuelta a mi corazón.*

1844

De las Asambleas.

Las Asambleas sienten las pasiones de la galería del teatro. Son mojigatas en ciertos casos, y se consideran insultadas a cada momento. Es preciso adoptar precauciones oratorias al dirigirse a ellas, y prepararlas para las verdades que podrían decirse de pronto a cada uno de sus miembros.

Poema.

Los animales cobardes van formando rebaños.
El león camina solo por el desierto.
Así camina siempre el poeta.

De los ingleses.

Los esfuerzos sobrenaturales que harían los franceses para dar algún calor, algún movimiento a las conversaciones entre ellos, franceses, y los ingleses e inglesas se perderían siempre. Lo que le falta por completo a la raza inglesa es precisamente lo que constituye el fondo de nuestro carácter: la alegría en la imaginación, y el movimiento en el sentimiento. Esto se encuentra por todas partes en Francia: entre el pueblo y en la alta sociedad; con talento y cultura o con necedad e ignorancia, la llama se encuentra

siempre y anima a los furrieles del cuerpo de guardia igual que a los autores en el *foyer* de un teatro o en el Instituto, y a los diputados en la Cámara.

Baile del príncipe de Ligne.

En un gabinete apartado se aglomeraba la gente para ver la cabeza de Robespierre, dibujada al pastel por David.

La expresión angélica de los ojos negros en forma de almendra, la melancólica sonrisa de una boca en la que se descubren bellos dientes regulares, el aspecto místico y piadoso de aquella cabeza de mártir asombraba a todo el mundo.

David lo veía como a un mártir de la libertad, de la fraternidad y de la unidad de Francia.

«La Hiena», poema filosófico.

Las fieras persiguen al viajero en el desierto. Mientras el viajero anda y se tiene en pie, las fieras se mantienen a distancia y lamen sus huellas como los perros fieles; pero si tropieza, si cae, se precipitan sobre él y lo despedazan. Cuando está muerto y destrozado, lamen su sangre en las arenas y sus huesos hasta que no queda más que su esqueleto, y cuando ya no queda más que sus costados vacíos y redondos como el casco de una embarcación naufragada, la hiena y el tigre devoran su sombra. Así hace la multitud con el hombre célebre, y más aún con todo hombre eminente.

El cañón.

El cañón cuenta su historia y refiere cómo fué fundido por los caballeros de Malta.

Sólo sirve para las fiestas; pero hay que tener cuidado con sus balas. Su pólvora resuena en el eco, mas cargándole bien derriba las murallas.

¡Oh, poeta! Tú eres semejante al cañón. Lanzas tu pólvora para los pájaros del aire; pero si es preciso, añadirás a tus cantos una idea política y derrumbarás las murallas de Jericó.

De los oradores.

Quisiera que un diputado orador o un par de Francia, antes de subir a la tribuna, hiciese *examen de conciencia* y se preguntase por un instante:

—¿Mi intención es pura, exenta del egoísmo, desinteresada, beneficiosa para la Humanidad y para el país...? ¿Estoy en *estado de gracia* ante mi nación...? ¿Sí...? Entonces puedo subir y hablar...

La hipocresía.

No vi nunca una careta encubriendo un rostro sin que sintiera deseo de arrancarla. En cuanto me enteré de que un hombre se ha vuelto hipócrita, ya no puedo verlo por temor de considerarme obligado a desmentirle.

De las Asambleas.

Los ingleses tienen un proverbio que dice que *las Corporaciones no tienen honor*.

En efecto; *el que insulta a todo el mundo no insulta a nadie*.

Este es el consuelo que le queda a una Asamblea cuando obra mal y contra la moral pública, y, a veces, contra la ley natural.

Un déspota es responsable ante su cabeza y su corazón.

Es curioso ver la seriedad de los diputados. En general son notarios y procuradores, y se engríen como si fueran seres privilegiados que tuvieran derecho a despreciar a los poetas y a los filósofos.

Para la segunda consulta del Doctor Negro.

El doctor dijo:

—¡Ah! Lo confieso: nadie tiene un espíritu más sibarita que el mío. Soportaré con paciencia la conversación de un palurdo idiota, de un ganapán borracho, de un marinero en el hospital, de una vieja enferma y, en una palabra, de una bestia cualquiera; pero de un necio, ¡jamás!

Conozco al necio desde una legua. Habla con pretensión, se yergue, pronuncia *in* en lugar de *en*, y

dice: «He visto un *infant*», en lugar de un *enfant* (1). Relata atropelladamente una historia insignificante, cuyo desenlace no tiene sentido. Cree que se le escucha, y no se da cuenta de que molesta a todos.

Juana de Arco.

Es siempre virgen, y los poetas la han respetado siempre. Fué su Destino siempre el de ser *inmaculada*, aun en la poesía, y no encontrar ningún vencedor. Después de Chapelain, que fué el primero que fracasó a los pies de su virginidad, nadie ha triunfado de ella.

De mí mismo.

Lo que se hace y se dice por mí o por los demás me ha importado siempre muy poco. En el momento mismo de la acción y de la palabra estoy en otra parte y pienso en otra cosa. *Lo que se sueña* lo es todo para mí.

Allí está el mundo mejor que espero, que imploro de momento en momento.

Tarda uno mucho tiempo en darse cuenta de su carácter y en explicarse el *por qué de sí mismo*.

He sufrido durante mucho tiempo esta tiránica distracción. La imaginación me transporta hacia suposiciones deliciosas e imposibles, y hace que exponga más fríamente mis opiniones, porque pienso en lo

(1) Niño.—Nota del t.

que quisiera decir o en lo que quisiera oír decir para ser más dichoso.

Hay viejos que fingen no oír la voz de toda una generación. Cuando una persona es *sorda*, debería ser *sorda y muda*, pues no hay derecho a juzgar lo que no se ha oído.

Poemas filosóficos.

Amo la majestad del sufrimiento humano (1).

Este verso tiene el sentido de todos mis poemas filosóficos.

El espíritu de la Humanidad; el amor de la Humanidad y el perfeccionamiento de su Destino.

Carta de lord Byron.

Lord Byron recibió, al día siguiente de su casamiento, una carta del señor Davis, quien le preguntaba cómo había pasado la noche.

Lord Byron contestó:

«A eso de las cuatro de la mañana me desperté. El fuego iluminaba las cortinas carmesíes de mi lecho, y creí hallarme en el infierno. Palpé lo que tenía a mi lado y vi que estaba todavía peor, al recordar que estaba casado.»

(1) Este verso pertenece a *La Casa del Pastor*.

Hoy me ha referido esta anécdota el señor Haggard, que conserva esta carta en la memoria, palabra por palabra.

Le fué comunicada por el señor Davis.

Consulta del Doctor Negro.

El Doctor Negro representa la parte humana y real de todo. Stello ha querido ver lo que debería ser, lo que es hermoso esperar y creer, desear para el porvenir: representa lo divino. Así, pues, en una nueva consulta, un nuevo personaje verá el aspecto divino de otra cuestión.

Después de haber reflexionado mucho acerca del Destino de las mujeres en todas las épocas y en todas las naciones, he terminado por pensar que todo hombre debería decir a toda mujer, en vez de *¡Buenos días!*, *¡Perdón!*, toda vez que los más fuertes han hecho la ley.

De los reyes.

Hay dos cosas que se comprueban muy a menudo en los reyes: su nacimiento y su muerte. No se quiere que el uno sea legítimo ni que la otra sea natural.

Racine.

La cosa por la cual le estoy más agradecido no es por haber escrito las obras maestras de *Athalie*, *Britannicus*, *Esther*, etc., etc., sino por no haber dejado

mas que esas bellas tragedias, y no una vulgaridad de circunstancia, como hicieron Corneille, y aun el mismo Moliere. Ni un madrigal vergonzoso, ni una vaciedad, sino, por el contrario, graves frases como ésta:

... Reyes, temed la calumnia, etc., etc.

De la poesía en Francia.

La poesía no posee en Francia mas que un lenguaje imperfecto, circunscrito y mojigato. La lira francesa no tiene mas que la cuerda de la elegía. Todas las demás faltan o son falsas. Puede creérseme si digo que las he pulsado todas.

Un hecho no es un mal ni un bien, sino solamente un hecho. Esto no quiere decir que los franceses no sean poetas, puesto que sienten a Milton, a Byron y Shakespeare, sino que en el lenguaje de los bufones, en el bello siglo de Luis XIV, estropeó la poesía al querer crearla.

Francia no es poética ni musical. El poeta y el músico se dirigen aquí a personas excepcionales; el prosista se dirige a todo el mundo. Hay, por otra parte, gentes muy estimables que no distinguen el canto de *Malbrough* del *Otelo* de Rossini, ni una nota falsa de una justa, y cuando el pueblo de París canta al unísono sus groseras canciones en las calles, puede creerse en los hurones más bien que en Francia. Todavía están peor en Inglaterra, lo cual podría servir-

nos de consuelo, en cuanto a la música solamente, pues la poesía se siente allí mucho más universalmente que en Francia, donde se lee con repugnancia, porque el espíritu crítico ha ahogado el entusiasmo; y que no se me arguya con el ejemplo de Racine: es el drama lo que se aprecia en él, y no la poesía, que dejó algunas veces en sus obras, a pesar suyo.

Los versos son hijos de la lira.

Hay que cantarlos, y no leerlos,

ha dicho El Moreno Pindárico. Todo está comprendido en esta frase. Sí; es preciso cantar. Homero tenía sus rapsodas. A continuación de un festín, se cantaban las despedidas de Andrómaca y de Héctor; sobre todo una composición breve, pues la poesía, como la música, fatiga cuando dura demasiado, del mismo modo que la emoción se atrofia cuando se prolonga por mucho tiempo. La música y la poesía son dos emociones semejantes que nos embargan el corazón por medio del oído. La pintura, emoción que procede de los ojos, es más tranquila y más duradera, y, por consiguiente, la otra es más viva y más corta. El error de la imprenta, con respecto a la poesía, ha consistido en transportar la emoción del oído a los ojos, con lo cual ha perdido. No existe nadie—ni siquiera un poeta—que no quede perplejo ante cuarenta mil versos alineados, dos a dos, sin interrupción. La insulsez de los poemas largos proviene

de la transición de un cuadro a otro. Los grandes poetas han evitado siempre esto, comprendiendo que el encanto está en el movimiento, y el cuadro, la descripción fría y detallada, sólo corresponde a la prosa: la poesía únicamente debe vivir de las elipsis.

Mi opinión es la de que toda composición verdaderamente y puramente poética, como los *Preludios* de Lamartine, o *La joven cautiva* de Andrés Chénier, debería ser copiada en manuscrito por unos poetas, a los cuales les fuera permitido sólo leer en alta voz. Sólo entonces se escucharía la poesía con la armonía que le es inherente.

1842-1845

MIS VISITAS A LA ACADEMIA ⁽¹⁾

Royer-Collard.

Domingo, 30 de Enero de 1842.—Al descender del coche, hice que entregara mi tarjeta de visita al señor Royer-Collard una mujer que estaba sola en

(1) Alfredo de Vigny se presentó varias veces a la Academia francesa, donde no fué admitido hasta 1845. Con el título *Mis visitas a la Academia*, dejó relatadas las escenas diversas y sugestivas de aquella odisea tan penosa, a la cual es condenado todo candidato a un sillón en el salón académico. Estas escenas, en las que toman parte diferentes personajes célebres, constituyendo una conversación casi siempre embarazosa para

la antesala. Casi al instante, llegó hasta mí un pobre viejo, con la nariz y el mentón rojos, cubierta la cabeza con una peluca negra muy usada, envuelto en la bata de casa de Geronte y con la servilleta del Legatario universal al cuello.

He aquí, frase por frase, nuestra conversación:

(Estaba en pie y apoyado a medias contra la pared.)

R.-C.—Caballero, pido a usted mil perdones, pero un asunto me impide tener el honor de recibirle; ahí dentro me espera el médico.

A. de V.—Indíqueme un día en que pueda encontrarle solo, y volveré.

R.-C.—Si se trata solamente de la visita obligada, la doy por cumplida.

A. de V.—Y yo, señor, como recibida, si usted

los interlocutores, podrían proporcionarle indudablemente al público una buena comedia, si el público pudiera escucharlas. De todas aquellas en las que fué actor Alfredo de Vigny y cuyo recuerdo conservo escojo algunas solamente, aquellas que pueden publicarse con menos indiscreción y no perjudicarán a nadie, ofreciendo, en cambio, un vivo interés. Sólo en la de Royer-Collard, de ilustre memoria, no se aprecian frases halagadoras; pero la leyenda de esta visita de Alfredo de Vigny al altivo filósofo es muy conocida y casi célebre; esta extraña acogida le valió la satisfacción de conocer algo del discurso de instalación que le reservaba el señor Molé. Esta visita, pues, tiene un interés histórico, y esto es lo que me ha decidido a publicar los curiosos e interesantes detalles, tal y como los escribió Alfredo de Vigny en sus Recuerdos.—*Nota de Luis de Ratisbonne.*

de la transición de un cuadro a otro. Los grandes poetas han evitado siempre esto, comprendiendo que el encanto está en el movimiento, y el cuadro, la descripción fría y detallada, sólo corresponde a la prosa: la poesía únicamente debe vivir de las elipsis.

Mi opinión es la de que toda composición verdaderamente y puramente poética, como los *Preludios* de Lamartine, o *La joven cautiva* de Andrés Chénier, debería ser copiada en manuscrito por unos poetas, a los cuales les fuera permitido sólo leer en alta voz. Sólo entonces se escucharía la poesía con la armonía que le es inherente.

1842-1845

MIS VISITAS A LA ACADEMIA ⁽¹⁾

Royer-Collard.

Domingo, 30 de Enero de 1842.—Al descender del coche, hice que entregara mi tarjeta de visita al señor Royer-Collard una mujer que estaba sola en

(1) Alfredo de Vigny se presentó varias veces a la Academia francesa, donde no fué admitido hasta 1845. Con el título *Mis visitas a la Academia*, dejó relatadas las escenas diversas y sugestivas de aquella odisea tan penosa, a la cual es condenado todo candidato a un sillón en el salón académico. Estas escenas, en las que toman parte diferentes personajes célebres, constituyendo una conversación casi siempre embarazosa para

la antesala. Casi al instante, llegó hasta mí un pobre viejo, con la nariz y el mentón rojos, cubierta la cabeza con una peluca negra muy usada, envuelto en la bata de casa de Geronte y con la servilleta del Legatario universal al cuello.

He aquí, frase por frase, nuestra conversación:

(Estaba en pie y apoyado a medias contra la pared.)

R.-C.—Caballero, pido a usted mil perdones, pero un asunto me impide tener el honor de recibirle; ahí dentro me espera el médico.

A. de V.—Indíqueme un día en que pueda encontrarle solo, y volveré.

R.-C.—Si se trata solamente de la visita obligada, la doy por cumplida.

A. de V.—Y yo, señor, como recibida, si usted

los interlocutores, podrían proporcionarle indudablemente al público una buena comedia, si el público pudiera escucharlas. De todas aquellas en las que fué actor Alfredo de Vigny y cuyo recuerdo conservo escojo algunas solamente, aquellas que pueden publicarse con menos indiscreción y no perjudicarán a nadie, ofreciendo, en cambio, un vivo interés. Sólo en la de Royer-Collard, de ilustre memoria, no se aprecian frases halagadoras; pero la leyenda de esta visita de Alfredo de Vigny al altivo filósofo es muy conocida y casi célebre; esta extraña acogida le valió la satisfacción de conocer algo del discurso de instalación que le reservaba el señor Molé. Esta visita, pues, tiene un interés histórico, y esto es lo que me ha decidido a publicar los curiosos e interesantes detalles, tal y como los escribió Alfredo de Vigny en sus Recuerdos.—*Nota de Luis de Ratisbonne.*

quiere; pero hubiera deseado saber su opinión acerca de mi candidatura.

R.-C.—Mi opinión es la de que no tiene usted suerte... (Con cierta entonación que quiere parecer irónica e insolente). ¡SUERTE...! ¿No se dice así ahora...?

A. de V.—No sé cómo se dice ahora; sólo sé cómo lo digo yo, y cómo lo dice usted en este momento.

R.-C.—Además, necesitaría saber por usted mismo cuáles son sus obras.

A. de V.—Por mí mismo no lo sabrá usted nunca, si no lo sabe usted ya por la voz pública... ¿No llegó usted a leerlo nunca en los periódicos?

R.-C.—Nunca.

A. de V.—Y como no va usted nunca al teatro, las obras representadas durante uno o dos años seguidos, en los Franceses y los libros impresos en siete u ocho ediciones le serán igualmente desconocidos...

R.-C.—Sí, señor; no leo nada de cuanto se escribe desde hace treinta años; ya se lo dije a otro.

(Se refería a Víctor Hugo).

A. de V.—(Cogiendo su capa para salir y echándosela negligentemente sobre los hombros.) Entonces, señor, ¿cómo puede usted dar su voto, sin estar enterado del prestigio de otro...?

R.-C.—(Aturdido y envolviéndose en su bata de enfermo imaginario.) Lo daré, lo daré... Iré a las

elecciones... No puedo decirle cómo lo daré, pero lo daré...

A. de V.—La Academia debe quedar sorprendida de que se dé un voto acerca de unas obras que no se han leído.

R.-C.—¡Oh...! La Academia es buena persona; muy buena, muy buena... Ya se lo he dicho a otros: he llegado a una edad en la que ya no se lee, como no sea las obras antiguas...

A. de V.—Puesto que no lee usted, escribirá, indudablemente, mucho...

R.-C.—No escribo tampoco, sino que releo...

A. de V.—Lo siento mucho; yo podría leerle algo...

R.-C.—Releo, releo...

A. de V.—Pero usted no sabe si hay obras modernas dignas de ser leídas, por haberse acostumbrado a no leer nada...

R.-C.—(Bastante molesto.) ¡Oh! Es imposible, caballero; es verdaderamente imposible...

A. de V.—(Yendo hacia la puerta y colocándose bien la capa.) Caballero, hace bastante frío en su antesala y no quiero retenerle por más tiempo. Estoy poco acostumbrado a permanecer en esta clase de habitaciones.

R.-C.—Caballero, perdone usted que no pueda recibirle.

A. de V.—No importa, señor; no sucederá mas que una sola vez. No espere usted que le haga conocer mis obras. Las conocerá usted en su despacho, o en

Rusia, en las traducciones rusas o alemanas, sin que yo le diga: «Mis hijos son encantadores», como el buho de La Fontaine.

(Alfredo de Vigny abre la puerta, llevando siempre tras de sí a Royer-Collard.)

R.-C.—(Cambiando de conversación.) ¡Ah! Creo que habrá dos elecciones...

A. de V.—No sé absolutamente nada.

R.-C.—Si usted no lo sabe, ¿cómo he de saberlo yo?

A. de V.—Usted pertenece a la Academia, y yo no; sólo sé que me presento para ocupar la vacante del señor Frayssinous.

R.-C.—¿Y quiénes más se presentan?

A. de V.—No sé nada, señor, ni debo saberlo.

(Alfredo de Vigny le vuelve la espalda, se pone el sombrero y sale sin saludar, en tanto que Royer-Collard se queda sujetando la puerta y diciendo: «Caballero: tengo el gusto de saludarle...»)

Viejo despechado, al verse olvidado, después de haber tenido su día de celebridad...

Hasta ahora, varios académicos han representado conmigo una magnífica comedia. No la escribirían tan buena como la que han representado sin saberlo...

Baour-Lormian.

4 de Febrero, viernes.—Hacia veinte años que no lo veía. Estaba entonces bien relacionado, bien situado, y llevaba una vida que parecía feliz y cómoda. Invitó a Soumet, a Victor Hugo, a Emilio Deschamps, a Latouche y a mí a una comida elegante. Una joven inglesa y su hija vivían con él y le colmaban de atenciones y respetos. Un joven le servía de secretario.

Acogió con agrado mis primeros poemas; me quería, y yo fui muy ligero al no volver por su casa, influido por la camaradería, y a causa de que mis amigos Hugo y Emilio se habían resentido con él mientras yo estaba en mi regimiento.

Hoy le he encontrado alojado en un pequeño departamento de Balignolles desamueblado, frío y triste. El pobre hombre está solo ahora. Aquella joven murió; su hija murió; él está ciego, y apenas me ha reconocido. Sin embargo, su semblante aparenta serenidad; su sonrisa está llena de dulzura y de esa ingenuidad infantil que tal vez sólo es propia de los poetas. Se nota aún en él un amor sincero y apasionado hacia las letras.

—Hago—me ha dicho—poesías bíblicas, a la manera de su *Hija de Jephthé*...

Su memoria es tan excelente que se acuerda de aquel poemita y de *El Sonámbulo*, que yo recitaba entonces en su casa. Poco a poco se le han ido suprimiendo las pensiones del Imperio. Vive del re-

cuerdo de sus éxitos pasados. Habla de *Omasis*, cuyo éxito fué europeo. Se acuerda de su *Ossian* y de su *Jerusalén libertada*, su gran obra, y sonríe al pensar en su inmortalidad.

¡Bendita sea la secreta felicidad que proporciona la meditación poética, si basta para sustentar a un pobre viejo, solo y ciego; si constituye su religión, y si la fe y la esperanza en la inmortalidad del nombre le dan la misma fuerza que la fe y la esperanza en la inmortalidad del alma dan a los fervorosos cristianos...! Mas, ¡qué triste y abandonada resulta la vida del hombre de letras que sólo contó con ellas para las necesidades de su vida...! ¿Cómo no cedería a las tentaciones de la vida política, más fácil, en la que basta una facundia de abogado fanfarrón para enriquecer a un hombre, y cómo no se abandonaría a la literatura que se le reprocha a Scribe y que, después de todo, hacía Voltaire, buscando principalmente el éxito de momento y la riqueza...?

Chateaubriand.

3 de Mayo.—Estaba solo escribiendo en su despacho, a las once de la mañana.

Me impresioné al verle en su actitud insegura. Estaba encaramado en un sillón de trabajo, de altura regular, del cual pendían sus pies a cuatro pulgadas de distancia, sin tocar el suelo. Sus piernas excesivamente cortas, sus hombros altos, erguida su grande,

su enorme cabeza, y su nariz larga y puntiaguda. Sus maneras, plenas de amabilidad en el trato.

—Bien, caballero—me dijo—. ¿Se presenta usted a la Academia...? Tiene usted el nombre más hermoso del día; ha triunfado usted en todos los géneros, y es usted el único que ha logrado éxitos tan seguros en el poema como en el teatro y los libros históricos y de filosofía. Su puesto está en la Academia, y usted lo ocupará algún día, y algún día próximo.

Yo tomé la palabra:

—Ese día, señor—le dije—, tal vez habría llegado ya si yo hubiera querido presentarme, y fui invitado vivamente a ello por hombres que no son los menos célebres de la Academia; pero ahora hubiera encontrado una ocasión propicia, reemplazando a monseñor d'Hermopolis; me hubiera gustado hablar de su vida, y lo hubiera hecho con simpatía, yo, que sólo actué al servicio de la escarapela blanca. No sé si convendrá que haga ese elogio al señor Pasquier, que no cesó nunca de combatirle y perseguirle.

Danzaba en un silloncito y cruzaba las cortas piernas por debajo del asiento. Enrojecía como un niño, visiblemente azorado.

—¡Ah, señor—me dijo—; tiene usted mucha razón; el señor Pasquier sólo tiene hostilidad para su memoria! El señor Pasquier no tiene nada que ver con las Letras; pero yo lo conozco desde hace cuarenta años; visita a la señora de Chateaubriand y es muy amable con nosotros...

Luego, sonriendo, añadió:

—Por otra parte, hace tiempo me desterró, y esas cosas no se olvidan...

—Es generoso olvidar—le dije.

—¡Oh! Me importa poco, y no iría a esa elección, si no tuviera que votar, al mismo tiempo, para el segundo sillón. ¡Pobre Ballanche! Hace sesenta años que conozco a Ballanche.

—Concibo y conozco su amistad—dije—; pero la mejor manera de asegurarle el segundo sillón es la de no nombrar al señor Pasquier para el primero.

—Creo, señor—continuó—, que será usted causa de una lucha muy prolongada y obstinada en la Academia... Iré, y veremos lo que ocurre en el combate. No aseguro que en ese combate haya una combinación posible favorable para usted... Además le doy a usted mi palabra de votarle en todas las elecciones futuras. Usted posee, le repito, el mayor prestigio de la actualidad.

—No vislumbro la muerte de nadie, y espero que, de aquí a veinte años, no habrá ya una plaza vacante.

—Usted podrá esperar; pero nosotros...

Se cogió el brazo derecho con la mano izquierda y se retorció dolorosamente sobre su sillón; el brazo derecho lo tiene paralizado, y se lo levantaba con el otro brazo. En aquel momento, con su espalda encorvada y su lúgubre aspecto, me recordó a Kean cuando desempeñaba la escena de Shakespeare en que Ricardo III se queja de que una bruja le ha he-

cho víctima de un sortilegio lastimándole el brazo.

—Nosotros hemos vivido demasiado; los hombres de mi edad debemos dejarles sitio a ustedes: es justo; debemos desaparecer de la escena; ya la hemos ocupado por demasiado tiempo... Yo estoy dispuesto; completamente dispuesto... No tiene mas que ordenármelo la Providencia...

—¡Oh, gran Dios!—exclamé—. Es preferible que no haya Academia antes que ver a un hombre como usted aborrecido por los que espían su plaza.

Se tranquilizó y sonrió de nuevo. Me levanté repitiéndole que me contentaba con la promesa que me había hecho para las vacantes futuras; que creía habían de tardar, y que las esperaba pacientemente...

Me acompañó, repitiéndome que no sabía lo que decidiría la lucha, que asistiría a ella y que empeñaba conmigo su palabra.

Thiers.

Lunes, 7 de Febrero.—En una casa de la calle de San Jorge, que parece una linda casita de campo, arreglada con gusto, encontré al autor de la *Historia de la Revolución*. Me introdujeron en un despacho adornado con objetos de arte, cuadros y bronces que me hacía el efecto de hallarme en una vivienda elegante, reposada y graciosa.

Subió el dueño de la casa. Llevaba un traje negro no descuidado y una bata de casa. Esto no me agra-

dó; adiviné al hombre de acción, dispuesto a todo, y al hombre de negocios, embudido en su traje negro de procurador. Hablé con él durante una hora: primero, de la elección; luego, del sentido general de las elecciones académicas, a las que yo atribuí el defecto de ser demasiado políticas; luego, del estudio, del retiro; luego, en fin, de sus trabajos históricos acerca de Napoleón; trabajos en los cuales se ha esmerado.

Hallé en él, desde luego, el cerebro más sano de cuantos he encontrado entre los académicos, y el hombre más seguro de sí mismo en la orientación de sus ideas a través de las fases de la rápida conversación que sostuvimos. El artículo de *El Nacional*, intitulado «Las Parcas», le preocupaba bastante, y empezó por justificarse de conocer a las viejas mujeres que dirigen la Academia por medio de sus intrigas.

Me dijo que se hallaba alejado de sus influencias ridículas, y me declaró que, en su opinión, *yo era el primero* que debía ingresar en la Academia; que ya era tiempo de *salir de nulidades y mediocridades*; que esta sabia Corporación se había hecho demasiado política, y convenía—aunque no era preciso alarmarse demasiado—que aquello no continuase, y que iba a exponer, en la Academia misma, lo conveniente que sería que figurara en ella mi nombre, si, como esperaba, se ponía de parte de Ballanche, el cual le interesaba, no obstante, por su miseria.

A propósito de la historia de Napoleón, habla mucho de las cartas dirigidas por éste a sus ministros, tesoro inapreciable, sobre el cual basará sus trabajos. Opina que el emperador calculó mal las fuerzas de la nación, y que la falta de equilibrio entre las fuerzas y las negociaciones constituyó su mayor error.

Me prometió su voto para la tercera elección y todas las demás, hasta que sea nombrado académico, si no logra ahora, a propósito de estos dos sillones, hacer que surja un incidente propicio.

5 de Marzo.—Ocurrió, cuando terminó la batalla de los tres días, que el coronel Fabvier hizo inscribir los nombres de los héroes de julio de 1830 y el número de los hombres que habían muerto.

Uno decía que habían sido veinte; otro, que habían sido ciento; unos decían que habían sido más; otros, que habían sido menos...

La movilización proporcionó cincuenta y cinco mil hombres a la Guardia Real.

Ahora bien; de ellos, sólo quedaban seis mil en la guarnición de París.

Así, me ha ocurrido a mí, en la enumeración de los ocho académicos que me dieron su voto, no poder encontrar nunca menos de catorce. Todos ellos me han dicho que votaron por mí. Lamartine me lo asegura, y añade que no podía ser de otro modo.

Hoy, el bueno de Ballanche me ha dicho que su voto será para mí cuando tenga derecho a votar.

Habla pacífica y agradablemente conmigo. Honrado y buen viejo, tiene aspecto satisfecho y feliz.

—En un salón—me ha dicho—, de cuarenta hombres, cada uno emite su voto; yo haré lo mismo, y usted también, en la Academia: emitiremos los nuestros.

17 de Marzo.—Condenado por la muerte de Roger a comenzar de nuevo mis visitas, el dolor de corazón me coge en el momento de escribir todo cuanto se me ha dicho de estúpido y ridículo.

L. me habla del señor X:

—Es mi discípulo más antiguo—dice—. Desde hace treinta años, sigue todos mis procedimientos. Después de cada sesión, me expone extractos y observaciones muy juiciosas acerca de mis palabras. Además, la señora X es vecina nuestra y amiga de mi mujer.

Hoy, el señor de S. me pregunta qué hago, y si escribo todavía.

—Siempre—le he contestado—; y pienso estrenar muy pronto una obra en los Franceses.

—¿Es una tragedia, a la manera de Casimiro Delavigne?—me pregunta.

—No; a la manera de Alfredo de Vigny, si usted me lo permite...

Guizot.

22 de Marzo.—Ojos negros, rostro ovalado y distinguido, maneras nobles y un aspecto algo inglés y puritano.

Amable conmigo, me declara que, para el primer escrutinio, tiene un compromiso con alguien que no será nombrado, y que, para el segundo, se interesará inmediatamente por mí.

Casimiro Delavigne.

Enfermo, con un cuidado de convaleciente temeroso, y con los pies colocados sobre un taburete interiormente caldeado, me recibe como un hermano, afectuosamente, reteniendo mis manos entre las suyas; pero no me oculta que sostiene con el señor Patin una amistad de compañero de colegio que le compromete con él.

Pero como cree que tendrá poca suerte, se ocupará de mí en la primera ocasión.

El señor de Barante.

24 de Abril.—Después de algunos cumplidos preliminares a propósito de nuestras antiguas relaciones, me dice con precaución que a algunas personas les ha chocado el ardor con que los periódicos han tomado mi defensa. Yo le he respondido que nos veíamos obligados, él y yo, a creer que su concien-

cia les había hecho hablar, pues los autores del hecho me eran personalmente desconocidos.

M. de B.—*El Diario de los Debates*, sobre todo, ha lanzado algunas expresiones...

A. de V.—No lo sé, ni lo comprendo fácilmente, porque, después de todo, llevaba al señor Pasquier a la Academia, y a mí solamente después del señor Ballanche. Sus elogios apenas eran mas que consuelos, y no conocía personalmente al autor, el señor Cuvillier-Fleury, al que no había visto nunca en mi vida; vea usted, pues, que hay que creer absolutamente en una indignación sincera.

M. de B.—No sabía nada de eso, y me asombra infinitamente...

Me dice que ha visto representar *Chatterton* en Petersburgo, que la señorita Bourbier desempeñaba el papel de Kitty Bell con menos seguridad que la señorita Dorval, quien lo hacía muy bien. A continuación habla de la obra misma, y me dice que es *antisocial*.

A. de V.—Esa palabra es muy severa, señor, y no creo que haya otra manera de corregir la sociedad, si no se la hace llorar en presencia de las víctimas que determinan sus errores y sus durezas. La sátira no debe salir de la tesis que sustenta, ni desviarse del principio que expone.

M. de B.—Es preciso ser imparcial, y a los obreros se les puede acusar de muchos errores...

A. de V.—En el sermón, la sátira y la comedia no

debe haber imparcialidad. En mi opinión, el deber de un poeta, de un escritor o de un orador es el de ser parcial. Indudablemente, Moliere es parcial en *Tartuffe*, y la emprende audazmente contra la hipocresía religiosa...

M. de B.—Pero... atribuyéndosela a una familia ridícula.

A. de V.—No es ridícula sino por exceso de entusiasmo hacia el sicofante, y, con su grandeza, aumenta la indignación del espectador contra el impostor. Pascal, combatiendo a los jesuitas, no podía ser imparcial, y no lo fué. No se destruiría ningún abuso, no se corregiría ningún vicio, si con una mano se emprendiese el ataque y con la otra la defensa del vicio o del ridículo que se quiere destruir... Por lo demás, considero como buenos consejos las observaciones que usted me hace, y por eso le respondo con franqueza...

M. de B.—No sé si tuvo usted más éxito en las obras en que menos se esfuerza por mostrar la tesis.

A. de V.—Las considero menos importantes en el fondo y menos difíciles en la forma. En *Stello* y en *Servidumbre y grandeza militares* la heroína es la idea: la idea abstracta unida al drama supone una dificultad más.

Visita al señor Molé.

Lunes, 25.—Lo encontré en un salón donde recibía las felicitaciones de algunas personas por el éxito obtenido con su discurso humorístico.

Hablé con él, pero no le felicité. Como candidato, hubiera parecido que adulaba a un juez, y como juez, me hallaba descontento de él.

Su socarronería demuestra que la valiosa generación de este tiempo es más seria que la que la ha precedido; prefiero la gravedad sencilla y reflexiva de Tocqueville a la ironía ligera y mundana de Molé.

Aparentó por segunda vez hablar de la historia de Bazin acerca de Richelieu. El defecto de idea filosófica fundamental fué tan grande a mis ojos, que no pude ocultar mi extrañeza, y por la manera incierta con que me respondió, y por su afectación al condenar la historia *sistemática*, adiviné esa molicie general que quieren atribuir a nuestras costumbres y a nuestros caracteres los hombres para quienes el Poder es querido sobre todas las cosas.

«¿Qué sería de la Historia—me pregunté—sin un pensamiento definido y sin conclusión filosófica moral o práctica...? ¿Qué es la obra de Tácito sino una protesta patriótica contra los emperadores democráticos...?»

El señor Pasquier.

18 de Diciembre.—Es ahora un viejo enjuto, aseado, derecho y juvenil en su porte.

Ocupaba sus departamentos del pequeño palacio del Luxemburgo. Estaba solo en su despacho, vestido con una larga bata de casa forrada de seda violeta, un pantalón largo y unas pantuflas rojas, ostentando una actitud suelta y desembarazada. Su criado le había entregado mi tarjeta. Llegó hasta mí cortésmente, procurando, desde luego, permanecer serio, y me ofreció una butaca junto al fuego. Esperaba ver la actitud que yo tomaba para adoptar él la suya.

—No vengo—le dije, tomando asiento—a pedirle su voto, ni pretendo ninguna promesa académica. Sé que no puede prometerme su voto; y solamente «vengo, siguiendo la antigua y solemne costumbre...» No se puede citar a Racine cuando se piensa en la Academia...

De pronto, sonriente y amable, comenzó a prodigar finas y espirituales frases, entablando una conversación prolongada y encantadora.

Como comprendía que no debía alegrarse mucho de que yo hubiese sido su contrincante y le hubiese quitado una tercera parte de sus votos en la elección, le hablé desde luego de Inglaterra, de su niebla y del clima; luego de América del Sur, adonde él había enviado algunos aventureros franceses, mientras Inglaterra enviaba jóvenes y ricos comerciantes que

iban a emplear sus grandes capitales y a establecer magníficas Casas de comercio haciendo honor a su patria. Hablamos del señor de Bougainville, de Cook, de Argelia, de la Casa de Hanover, de España, del mar Rojo, de Aden, del Panamá y de todo, menos de la Academia. Sólo él me refirió la siguiente anécdota de Casimiro Delavigne:

—Fui yo—me dijo—el que tuvo la suerte de abrirle camino. Poco después de Waterloo (y no lo digo por mí, sino en honor de Luis XVIII), acababa yo de recibir una de sus *Mesénicas*. Al rey le gustaba hablar de poesía, después de haber resuelto los asuntos. Me eché aquellos versos en el bolsillo, y después de haber hablado de política, le dije:

—He aquí una obra en verso que he recibido de un joven, y cuyo juicio no hago, deseando que el rey me dé su opinión acerca de ella. Estos versos seguramente parecerán un poco atrevidos; pero el rey posee un espíritu tan independiente, que sólo a él me atrevería a enseñárselos...

—Eso es muy hermoso—me dijo el rey—. ¿Y en qué posición se encuentra el autor? ¿No podría usted encontrar alguna cosa propia para él...?

Le propuse restablecer una biblioteca que había caído en desuso. El rey consintió en ello, y encargué de la biblioteca a Delavigne.

—Caballero—le dije a Pasquier—; usted ha querido dejarme un grato recuerdo del rey Luis XVIII, y a menudo podré referir un grato recuerdo de usted.

Observé que no tenía cabello, sino la cabeza calva, recubierta con una gorra de terciopelo negro, que reemplazó después por una peluca.

Su vejez es la más juvenil que he conocido, después de la del señor de l'Aigle.

Funerales de Carlos Nodier.

29 de Enero de 1844.—¡Ay! No se equivocó. No podía emitir su voto.

Víctor Hugo, Etienne, Droz y Lebrun llevaban el féretro.

Por entre la multitud, Dumas se llegó hasta mí.

—¿Qué hay acerca de su lucha...?

—Realmente, no sé nada. Sólo puedo decir que he recibido muchas promesas. Todas se cumplirán, sin duda; hasta que no me desengañe, no tengo por qué dudar... ¡No le veo a usted nunca...!

—No tenemos tiempo de vernos, pero nos leemos mutuamente—contestó.

—Y nos apreciamos—añadi.

Iba con nosotros Panthier de Censay, siguiendo el convoy.

Subí en un coche donde se encontraban Taylor y Cailleux—ambos compañeros míos de la Guardia Real, en otro tiempo—, para ir al cementerio.

Entablamos una conversación a propósito del monumento que se le va a levantar a Nodier en su ciudad natal, Besançon.

Cailleux piensa proponer la idea de que la ciudad asigne una pensión a la viuda de Carlos Nodier, y acostumar así a las ciudades a que hagan presente su agradecimiento a aquellos que las ilustran.

El cementerio aparecía profanado, como siempre, por una multitud parisiense curiosa, indiferente, que divide y reemplaza a los amigos íntimos. Hundieron el cadáver en un lodo amarillento. La multitud se subió sobre las tumbas como sobre pedestales. A lo lejos se oyó una voz que pronunciaba un discurso ininteligible...

Yo me retiré.

En un rincón del cementerio encontré a Latouche. Nos estrechamos las manos, llevando lágrimas en los ojos.

—Desde lejos sigo su vida—me dijo—. ¡Qué sencilla y hermosa es! Hace usted aún todo cuanto puede honrar a un hombre de letras...

—Mi recompensa consiste—le contesté—en oírle hablar así.

Su voz agradable y la gracia infinita de su lenguaje me emocionaban.

Es bueno y sencillo. Un no sé qué de fino y malicioso le crea enemigos entre los hombres de letras y hace que le calumnien bastante y muy a menudo.

Muerte de Soumet.

30 de Marzo de 1846.—Después de once meses de martirio, ha sucumbido, víctima de inauditos dolores. Comprendía que su estado era desesperado, y nos destrozaba el corazón con sus predicciones.

—Alfredo, ¡qué pena es morirse!—me decía sin cesar.

Un día, sobre todo, me dijo:

—Viene usted para tomar la medida de mi ataúd.

Me propuse no presentarme para cubrir su vacante, si moría antes que nadie, y le rogué con tanta gravedad que no me hablara nunca de la Academia, que no volvió a tratarse más del asunto entre nosotros.

Su sensibilidad nerviosa era extremada. Lo exageraba todo, y por eso parecía exagerado; pero no lo era, sino que se manifestaba su naturaleza de hombre sensible que se emocionaba por nada.

Observación.

Los antiguos académicos se aglomeran alrededor de los que llegan, y, por la fuerza de la edad, son como sombras del purgatorio colocadas alrededor de Eneas o de Dante, horrorizados y sorprendidos ante la presencia de un cuerpo real.

Por la lentitud de sus ideas y de sus palabras, veo, cuando hablo con Droz, con Baour-Lormian y con otros, que no son de mi tiempo y que han vivido mucho.

Amad el bien por su belleza, y la belleza por su excelencia, sin temor de nada y sin esperanza de nada.

1846

Elección.

Fué elegido el 8 de Mayo de 1845 (1).

Los retrasos del señor Molé hicieron que mi recepción no se celebrase hasta el 29 de Enero de 1846.

Su acogida *hostil* y *malévola* me obligó a retrasar el día en que comenzara a tomar parte en las sesiones hasta que dejó de ser director, es decir, hasta el 1.º de Julio.

En casa del señor Thiers.

15 de Marzo, por la tarde.—Primeramente al señor Migué, y luego a él, explico detalladamente el caso de mi negativa de ir a las Tullerías, asunto promovido por el señor Molé.

El señor Thiers lo comprende todo perfectamente, una vez resumido por mí en estos términos:

—Quise responder con un acto público, poniendo de manifiesto mi descontento ante una acogida *escandalosa* y *acerba*, hecha en público el día 29 de Enero.

Después de haberseme *ocultado* cuidadosamente

(1) En la vacante del señor Etienne.

el discurso del señor Molé, me fué escamoteado ante la Comisión, que contribuyó a ello interrumpiéndome, ahogando mi voz y apresurando el informe de las conclusiones que espera la Academia.

28 de Marzo.—Me he encontrado al señor Guiraud en el Palacio Real, al volver del Museo. Después de habernos estado paseando durante mucho tiempo por debajo de las arcadas, me ha dicho que el señor de Baraute había expuesto la opinión de *que yo haría bien en ir al castillo, para llevar mi discurso al mismo tiempo que el señor Vitet, con el señor Molé.*

Esto me demuestra cuán juiciosamente he obrado no asistiendo a las sesiones particulares de la Academia, donde se intentarían nuevas conciliaciones hasta que el señor Vitet hubiese presentado su discurso y hubiese hecho su visita.

Pasado mi turno no será ya tiempo de volver a él.

¿Serán los hombres de hoy como los del Bajo Imperio...?

M*** cree sinceramente que basta estar *enfadado* por un momento para estar satisfecho, y que, después de pasados dos o tres meses, puede uno entrevistarse con el hombre con quien está uno disgustado y que quiso hacer con un *acto público de descontento* y rehusando el acompañarle, lo que había hecho por medio de una *acogida hostil y escandalosa*.

Amad el bien por su belleza, y la belleza por su excelencia, sin temor de nada y sin esperanza de nada.

1846

Elección.

Fué elegido el 8 de Mayo de 1845 (1).

Los retrasos del señor Molé hicieron que mi recepción no se celebrase hasta el 29 de Enero de 1846.

Su acogida *hostil* y *malévola* me obligó a retrasar el día en que comenzara a tomar parte en las sesiones hasta que dejó de ser director, es decir, hasta el 1.º de Julio.

En casa del señor Thiers.

15 de Marzo, por la tarde.—Primeramente al señor Migué, y luego a él, explico detalladamente el caso de mi negativa de ir a las Tullerías, asunto promovido por el señor Molé.

El señor Thiers lo comprende todo perfectamente, una vez resumido por mí en estos términos:

—Quise responder con un acto público, poniendo de manifiesto mi descontento ante una acogida *escandalosa* y *acerba*, hecha en público el día 29 de Enero.

Después de haberseme *ocultado* cuidadosamente

(1) En la vacante del señor Etienne.

el discurso del señor Molé, me fué escamoteado ante la Comisión, que contribuyó a ello interrumpiéndome, ahogando mi voz y apresurando el informe de las conclusiones que espera la Academia.

28 de Marzo.—Me he encontrado al señor Guiraud en el Palacio Real, al volver del Museo. Después de habernos estado paseando durante mucho tiempo por debajo de las arcadas, me ha dicho que el señor de Baraute había expuesto la opinión de *que yo haría bien en ir al castillo, para llevar mi discurso al mismo tiempo que el señor Vitet, con el señor Molé.*

Esto me demuestra cuán juiciosamente he obrado no asistiendo a las sesiones particulares de la Academia, donde se intentarían nuevas conciliaciones hasta que el señor Vitet hubiese presentado su discurso y hubiese hecho su visita.

Pasado mi turno no será ya tiempo de volver a él.

¿Serán los hombres de hoy como los del Bajo Imperio...?

M*** cree sinceramente que basta estar *enfadado* por un momento para estar satisfecho, y que, después de pasados dos o tres meses, puede uno entrevistarse con el hombre con quien está uno disgustado y que quiso hacer con un *acto público de descontento* y rehusando el acompañarle, lo que había hecho por medio de una *acogida hostil y escandalosa*.

El ataque del señor Molé es una ofensa *imperdable e irreparable*.

Visita al señor de Pougerville.

Domingo, 5 de Abril.—He sabido por él que la Academia ha nombrado canceller al señor Vitet. Solamente dos votos se me han otorgado.

La Academia ha demostrado así que me excluye a mí y protege al señor Molé al nombrarle *director*.

La Academia, o una *cuarta parte* obscura y timorata de la Academia, ha obrado a ciegas y marcha a tientas. No sabe que la causa de todo ha sido una venganza política de la que Molé es el *ejecutor*.

Pero sin saber que M*** llegó, el día 5 de Enero, a proponerme un pacto innober, mediante el cual yo prodigaría elogios a la familia real a cambio de la dignidad de par, y de una *dignidad de par pensionada*, que rechacé con tranquilidad, haciendo creer que se trataba únicamente de una ilusión de M*** y de un sueño sin fundamento.

Que no haya pronunciado la frase *¡Vade retro, Satanás!*, que me acudía a los labios, obedece a que me hallaba satisfecho.

Sin conocer estos detalles, la Academia fué testigo de la acogida pública hecha por el señor Molé, y debería considerarse ofendida. Lo fué, en efecto, al día siguiente; pero las intrigas, las adulaciones, los intereses y aun las calumnias contribuyeron a conquistarla.

9 de Mayo.—Me he enterado de que el rey ha dicho a su segundo secretario, el señor Lassagne, delante de varios ministros:

—Estoy muy descontento de la manera con que el señor Molé ha recibido al señor de Vigny. Un hombre glorificado por el país no debería ser recibido así. ¿Qué derecho tiene el señor Molé a conducirse de ese modo? No es un hombre de letras ni hizo nunca nada... ¿Cuál es su derecho? ¿Cómo se atreve a juzgar los libros el que no ha podido hacerlos...? ¿Por qué se recibe así a un hombre glorificado por el público y cuya elección he sancionado yo?

10 de Mayo.—Me hubiera sido fácil quizá encontrar críticas, muy duras de pronunciar, contra la vida y los escritos del señor Etienne; pero en presencia de su hija, su hijo y sus hijitos afligidos habría constituido una mala acción.

Ese *respeto* que se siente hacia la *muerte*, ¿a qué se debe que no se sienta ante los *vivos*?

Visita al señor de Salvandy.

12 de Mayo.—Diálogo:

S.—El rey y yo hemos estado hablando durante dos horas seguidas. Le he dado cuenta de todo el asunto, que él desconocía.

M.—¿Puedo conocer algunas de las expresiones que ha empleado el rey hablando de mí?

S.—Plenas de consideración y de interés *amistoso*

hacia todo cuanto le atañe. El primer día en que traté con él de este asunto me dijo que le daría una cita para el día siguiente a las once. Yo le escribí a usted inmediatamente. Iba a salir la carta cuando recibí la siguiente orden: «No cumpla mi encargo acerca del señor de Vigny.» Volví a verle expresamente para hablar del asunto. Me dijo que había reflexionado; que temía faltar a las antiguas costumbres de la Corporación académica, la cual podría considerarse ofendida y menospreciada por él mismo, y que podría creerse que quería atentar así contra el antiguo derecho de la Academia francesa a presentar directamente los discursos al rey.

M.—Pero, en audiencia particular, me recibiría como ciudadano, y no como académico.

S.—Lo uno lleva inherente lo otro. Será bueno que vaya usted más adelante, cuando haya usted ocupado su puesto en la Academia, una vez que el señor Molé haya dejado de ser director.

M.—Nuestras ideas son opuestas, pues he prevenido a varios de esos señores que iría en el mes de Julio a ocupar mi sillón, pero nunca mientras él sea director.

El rey ha dicho al señor de Salvandy:

—La Academia interpreta mal en este caso la costumbre de que se trata. El académico recientemente elegido no es presentado nunca al rey por el director, sino que el director y él presentan sus dos discursos.

—Mi objeto está logrado—he dicho al señor de Salvandy—. Todo cuanto he hecho y cuanto me queda que hacer se sabrá en todas partes, aun en las Tullerías. Lo repito: mi único objeto ha sido el de responder con un acto *público de descontento a una acogida malévola y pública*. Toda mi conducta ha sido reservada, aunque firme, y debía serlo. Si tuviera que comenzar de nuevo, no obraría ni hablaría de otro modo distinto a como lo he hecho hasta ahora.

Después de haber hablado de mí, cosa que me enoja, le he recomendado de nuevo a Brizeux para la cruz.

El señor de Salvandy me ha dicho:

—Le cedo a usted la satisfacción de ser el primero en hacerle saber que ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor.

Esto es de una delicadeza infinita. Me ha dicho que se interesa por recompensar principalmente a los talentos serios y dedicados al arte verdadero y puro, y que el señor de Laprade y el señor de Champagne tienen también la cruz.

1847

20 de Enero.—Un amigo del joven duque de Aumale me dice que, después de la sesión de mi recepción, el duque de Aumale ha dicho:

—El señor Molé se ha conducido mal.

El duque de Aumale ha asistido a la sesión, desde un palco, encima de la estatua de Sully.

Guiraud.

Su muerte, casi súbita (1), ha contristado mucho a la Academia. Yo, particularmente, he sentido mucho no poder sentarme a su lado, como me lo había propuesto y como él me lo tenía prometido. Una operación torpemente practicada por un cirujano lo ha matado.

Era un hombre que semejaba a la ardilla por su vivacidad y parecía siempre estar dando vueltas en su jaula. Sus cabellos rojos, su hablar vivo, fanfarrón, petulante, embrollado, le hacía aparecer como si tuviera menos talento del que, en efecto, tenía, pues perdía la cabeza en la discusión y se salía a cada momento fuera de los *rieles* de la conversación; pero era muy sensible, muy bueno, muy espiritual, y estaba dotado de un sentido poético muy elevado. Constituye su muerte una pérdida muy grande para el país y para la corporación.

Elección del señor Ampère.

Jueves, 22 de Abril.—El señor de Chateaubriand se ha hecho transportar a la Academia.

Exceptuando las piernas, que ya no tienen movi-

(1) 24 de Febrero de 1847.

miento, por lo demás, según dice, está bastante satisfecho de su salud. Ha ido expresamente para patrocinar a Ampère, a quien protege. Su cabeza octogenaria es la más hermosa que he visto, en la edad madura.

A fin de que no se le viese llegar, se ha hecho transportar antes de que llegáramos todos. Una especie de coquetería de viejo le hace temer, sobre todo, ser sorprendido en flagrante delito de enfermedad habitual.

Se ha alegrado bastante de encontrarse aún entre los vivos y ante la esperanza de asistir a la elección de Ampère. El buen Ballanche estaba junto a él, y parecía orgulloso de haberle visto llegar a ocupar un segundo puesto. Sus grandes ojos eran afectuosos y su hermosa mirada expresaba entonces una inefable dulzura. Esta gracia se la ha concedido, sin duda, el cielo para contrarrestar la sorprendente fealdad que le produce el lobanillo de su mejilla izquierda, que le desfigura.

Todos estaban en sus puestos.

Los ciegos, como Baour-Lormian y Félicité; los achacosos, como Chateaubriand; los oradores; los ministros, como Lamartine, Guizot, Salvandy, Thiers, Rémusat y Tocqueville; los afligidos, como el señor Molé, que acaba de perder, casi a la vez, a su mujer y a su amiga, la señora de Castellane; los enfermos, como Briffant, atacado de mal de piedra; todos, en fin, excepto el señor Empis, que no puede tomar parte aún, aparecían ocupando sus sillones.

Con la discusión aparente de las doctrinas literarias, reñase un combate entre la influencia real, que protegía a Vatout, y un grupo universitario y mundano que se interesaba por Ampère.

Ante todo, yo reclamaba el honor de las letras y quería elegir lo mejor posible. Los mayores prestigios se hallaban ausentes. Lamennais y Beranger no quieren presentarse nunca. El uno sería rechazado políticamente y el otro unánimemente admitido. Ambos, alardeando de la misma ostentación, prefieren el tonel de Diógenes.

Otros más jóvenes, como Alfredo de Musset y Balzac, temen presentarse inútilmente...

24 de Mayo.—De pronto el rey muda de opinión. Sostiene que ha deseado verme y no me ha visto. Dice a un ministro que quiere hablarme. El señor de Circourt me escribe:

«El señor de Salvandy me encarga le diga que el rey de los franceses le ha hablado de usted, lamentando no haberle visto a causa de *ciertas razones que comprende perfectamente*. Ha añadido que le sería muy grato recibirle, y el señor de Salvandy se ofrece para acompañarle, si usted lo considera oportuno.»

Como testimonio de la *retractación* de la conducta del señor Molé, aceptaré esta entrevista, pues sé que el rey la ha condenado en extremo.

Lunes por la noche, 14 de Junio.—A las ocho y media, el señor de Salvandy entra en mi salón. Partimos.

Cuando nos anuncian, el rey está de pie, vestido de negro, con su sombrero en la mano. Viene hacia mí inmediatamente, y me dice:

—Hace diez y seis años, señor de Vigny, que no nos hemos visto. Usted mandaba un batallón de la Guardia Nacional y las tropas que guardaban el Palacio Real. Me proporciona usted un gran placer viniendo a verme, y le doy a usted las gracias.

—Soy yo, señor, el que le da las gracias, por haber consentido que sea miembro de la Academia.

—Lo deseaba, por lo menos, tanto como usted, señor de Vigny, y estoy muy contento de que haya usted ocupado tan alto puesto.

—Me he enterado de los términos favorables en que el rey se ha servido aprobar mi elección, y le estoy profundamente agradecido.

—Muchas gracias, señor de Vigny. ¿Quiere usted ver a la reina? El señor de Salvandy le acompañará.

La reina se hallaba sentada ocupando un puesto junto a una mesa, alrededor de la cual se reunían todas las princesas.

Observaba. A su derecha, aparecía sentada la señora Adelaida, hermana del rey.

—Vengo a presentarle al señor de Vigny—le dijo Salvandy.

—¿Cómo a presentármelo—dijo la reina—, si hace

veinte años que lo conozco? Señor de Vigny, tengo mucho gusto de volver a verle... Seguramente le gustará a usted viajar. ¿Adónde irá usted este verano?

—Tal vez a Inglaterra, señora; y después a mi casa, en el Mediodía de Francia.

—¿En qué parte del Mediodía? —me preguntó el rey.

—Entre Angulema y Burdeos, señor.

—¡Ah! Es una región encantadora.

—Sí, señor; ahora es un jardín inglés. Son los restos que me han quedado de las tierras de mis antepasados, pues es grande el número de fincas que ya no poseo. Procede de mi abuelo, el marqués de Brandin, almirante de la antigua Marina de Luis XVI.

—¡Ah! Conozco su nombre perfectamente. Mandaba una escuadra en la batalla de Ouessant, bajo las órdenes de mi padre.

—Sí, señor; a las órdenes del señor duque de Orleans y del señor de Orvilliers, del cual conservo aún muchas cartas.

Cuando nombró a mi padre, el semblante del rey tornóse triste y pensativo, y su mirada, quieta y melancólica, aunque penetrante, como si temiese que se produjera un movimiento de horror en mi rostro.

—Sí, señor—dije con la misma entonación sencilla y tranquila—, a las órdenes del señor duque de Orleans. Todavía no he podido comprender qué hicieron aquellas grandes flotas para destruirse; eran verdaderas *Armadas*,

—No sé; pero la paz vale más que todo.

—Lo mismo le oí decir al rey, hace diez y seis años. Hoy, vemos terminada esa gran obra.

—Así lo espero—dijo el rey con aire de satisfacción y de bondad—. *Usted se retiró tan pronto como cesó el peligro de los motines, y todo el mundo no obra lo mismo...* Ha escrito usted mucho, y lo ha hecho bien.

El duque de Nemours me habló después, durante bastante tiempo, de pie, en medio del salón, con mucha amabilidad y con un tono tímido y algo azorado, de la época en que le conocí.

—Todavía no había tomado usted Constantina—le dije.

Él me respondió, con una expresión muy modesta y sencilla:

—¡Oh...! Vi cómo la tomaban.

Me habló de la Beauce y del castillo de Vigny, tierra originaria de mi familia. Le relaté que pertenecía al príncipe Benjamín de Rohan, quien me ofreció comprármelo, hace tres años, puesto que dicho castillo, en medio de un jardín, con las dos granjas vendidas, sólo podía ser comprado por un príncipe, ya que no tiene vegetación.

La duquesa de Nemours es muy bella, y me retuvo por algún tiempo para hablarme de Inglaterra. La duquesa de Aumale se parece a esas jóvenes princesas españolas de la Casa de Austria pintadas por Murillo.

Me agradan sus labios salientes y sus cabellos, de un rubio pálido.

Me habló de Venecia, adonde, con gran pesar suyo, se va en ferrocarril.

La contemplación de los Borbones me produce siempre un sentimiento melancólico. Toda la historia de Francia parece resucitar sus retratos y reanudar el curso de sus grandes papeles cuando presenta a los príncipes que tuvieron los mismos rasgos bajo la influencia de otras costumbres.

Su raza no pierde nada con sus perfiles semiespañoles.

El rey se parece a Luis XIV a los sesenta años.

Vuelve a acercarse a mí al final de la velada y me dice:

—Mañana leerá usted en los periódicos que yo soy el autor de los desastres de Portugal. Los señores ingleses no prescinden de mí en la Cámara. ¿Qué opina usted acerca de este asunto portugués?

—Se parece algo—dije—al de la Fronda...

—Sí; por la inutilidad de los resultados...

—Y también porque es una guerra de grandes señores.

—Sí; tiene algo de aristocrática, y eso no es común en Europa...

Sonrió con finura.

—No—dije yo—; ese no es ahora nuestro defecto.

Rió de nuevo con mayor simpatía.

Su fuerza y su presencia de espíritu son notables.

Encuentro su aspecto y su semblante más tranquilos, más reposados, más saludables que en 1831.

Así me distrajo la familia real hasta las diez y media. La señora (la señora Adelaida) me habló de Inglaterra y de mi mujer, de su numerosa familia; luego, de la muerte de Ballanche y de la ceguera de la señora Recamier. Luego preguntó si es posible dictar a un secretario obras de imaginación.

—No creo que sea posible—contesté—, toda vez que la emoción de las escenas arrebataría al autor...

Ajustando siempre mi conducta a los principios de honor y de conciencia, considero que hice bien acudiendo a casa del rey Luis Felipe:

1.º En un Gobierno representativo se admite en principio—por ejemplo, en Inglaterra—que una invitación del rey es *una orden*. Nadie, *tory* o *whig* (1), tiene derecho a faltar a ella.

2.º Quise ver hasta dónde llegaba en su retractación el señor Molé. No ha querido decirme directamente, nombrando al señor Molé, sino solamente hacérmelo saber por su ministro, el señor de Salvandy; ya era bastante, para ser la primera vez. Únicamente quiso recibirme—así encargó que me lo dijeran—como a uno de los hombres eminentes de su país.

(1) *Tory* y *whig*.—Miembro del partido conservador y del partido liberal, respectivamente, en Inglaterra.—*N. del t.*

No se debe crear dificultades a un príncipe. Si yo hubiera hablado el primero del señor Molé al rey, le hubiera puesto en la necesidad de vituperarle en mi presencia, y es posible que quiera emplearle en un Ministerio.

Esperaré, y a la segunda o tercera entrevista, si vuelvo a celebrarla, él mismo me proporcionará la ocasión. Me dedicaré a juzgar este proceso, diciendo como Calderón:

El mejor alcalde, el rey.

Así, el silencio y la dignidad que tuve el valor de conservar; la perseverancia de mi negativa de volverme al castillo con el señor Molé, dieron por resultado que el *amo* desautorizase a su *servidor*, y que me invitase a que me entrevistara con él el *primero*, como particular, y no como académico. El rey reparó así, como correspondía, la inexplicable conducta del señor Molé y la indignidad sin precedentes que se cometió con mi recepción.

Los toros del circo español son siempre muertos por los matadores.

—¿Por qué no se les indulta algunas veces cuando resultan vencedores?— preguntaban a un torero.

—Sería inútil. Los toros, una vez heridos y sobrecitados, se vuelven locos y mueren de una fiebre cerebral después del combate.

Del mismo modo no podían vivir aquellos jóvenes

del Terror, agotados por la fiebre de la batalla política. Si el hacha no les hubiese matado, su fiebre de tribuna les hubiera hecho sucumbir.

La señora de Montcalm conoció a la señorita de Coigny, la que estuvo aprisionada con Andrés de Chénier y para la que éste compuso *La joven cautiva*.

Se casó después con el señor de Fleury; se divorció; luego se casó con el señor de Montrond, quien la arruinó, haciendo lo que él llamaba redondear las tierras de su mujer; esto es, vender todos los días un ángulo. Ella le abandonó, por último, y murió hace algunos años.

Era de tez morena, con los ojos negros; audaz y animada; locuaz y semejante a la Corinne de Gérard.

Fragmentos de mis Memorias ⁽¹⁾

Mi vida ha sido, hasta ahora, muy sencilla en su manifestación exterior, y en apariencia casi inmóvil, aunque llena de agitaciones violentas y sombrías, eternamente disimuladas por un semblante apacible. El único detalle en el cual un hombre atento ha podido vislumbrar mis sufrimientos es el de la distrac-

(1) Vigny había comenzado ya, en 1832, las Memorias acerca de su familia y de su infancia. Las reanudó después con más detalles, respondiendo, según dice Luis Ratisbonne, a una reiterada solicitud.

ción causada por ellos, cuando su aguijón se hacía demasiado molesto. Esta distracción ha sido frecuentemente penosa, y es la causa de la demanda hecha para que cuente los más secretos detalles de mi vida. Me alegro de que así se me exija, puesto que, de ese modo, se me obliga a dar cuenta de mí mismo, recogiendo con cuidado en mi memoria todos aquellos hechos que sólo interesan a los que me aman acendradamente.

Nací en 1797, el 27 de Marzo, tres años antes de empezar el siglo. Era el año V de la República, el mes del año en que Bonaparte comenzaba su sexta campaña de Italia, que terminó con el Tratado de Campo-Formio.

Me avergüenzo de hablar de un acontecimiento tan insignificante como el de mi nacimiento, en comparación con las grandes acciones que se consumaron; pero este insignificante acontecimiento supone algo para vosotros y para mí, principalmente para mis padres, que con mi vida se consolaron de la muerte de mis tres hermanos.

Sé que se llamaban León, Adolfo y Manuel, y que el que vivió por más tiempo llegó a la edad de dos años. No les vi siquiera; me dijeron que en el cielo había tres ángeles que rogarían por mí. Esto lo creí en mi primera infancia, y nunca pronuncié estos tres nombres sin experimentar un vivo afecto.

Tengo mucha memoria, y, sobre todo, memoria

visual; lo que recogen mis miradas, por pasajero que sea, no se borra nunca de mi vida. Todos los cuadros de mi más remota infancia continúan en mi presencia aún tan vivos y tan llenos de color como cuando aparecieron por primera vez.

Tenía diez y ocho meses, según dicen, cuando me llevaron de Loches a París; por ello, como se comprenderá, no conservo ningún recuerdo de Loches, y sólo conozco a esta linda y pequeña ciudad por la Historia y por los cuadros que la representan. Debo decir, antes de referirme al momento en que se abrieron mis ojos, por qué casualidad nací allí y de qué sangre fui nacido.

De doce hijos, mi padre era el menor, y mi abuelo, el señor Guy-Víctor de Vigny, uno de los mejores hidalgos y de los más ricos propietarios de la Beauce.

Sus tierras, de las que sólo poseo los nombres escritos en mi genealogía, se hallan clasificadas por este orden, a continuación de su nombre:

Señor del Tronchet, de Moncharville, de los dos Enerville, Isy, Frêne, Jonville, Gravelle y otros lugares.

He habitado en el Tronchet y he visitado Gravelle (en Bauce). Esta última tierra, comprada primero, durante la Revolución de 1789, por un hombre de negocios que, según creo, la pagó a plazos, fué comprada luego de nuevo, por un millón, por el señor Laffitte (el banquero).

Es una vivienda de las más maravillosas que pueden verse. La recuerdo perfectamente, aunque sólo la visité durante una hora, hace veinticuatro años.

Es un castillo cuadrado, edificado en piedra tallada, en medio del río más limpio y desconocido, unido a la tierra por dos puentes volantes. Se llega a él por una larga y umbrosa avenida de viejas encinas, enarenada de un extremo al otro, y desde cada ventana del castillo se divisan las colinas y las llanuras, en las cuales no hay una sola pulgada de tierra que no sea fecunda, y las hermosas aguas donde un doble molino gira eternamente.

El Tronchet es de una naturaleza más severa. Ya tendré ocasión de hablar de él.

Como desde que aprendí a leer me enseñaron mi genealogía y mis pergaminos, que conservo aún en una cartera, sé que mis padres ocupaban, mucho tiempo antes de Carlos X, un puesto elevado en el Estado, pues el pergamino más antiguo es un título concedido por Carlos IX a:

Nuestro querido y bienamado Francisco de Vigny, por los loables y recomendables servicios hechos a nuestros predecesores Reyes y a Nos en varios cargos honorables e importantes en que fué empleado para el bien de nuestro servicio y de todo el reino, incluso durante las perturbaciones de éste, para gozar de las franquicias y prerrogativas, y mediante este título, poseer todos los feudos, posesiones nobles, etcétera, 1570.

Esta primera consideración me proporcionó bastante amistad con los Valois, con los que me creí personalmente obligado, y tuve, como un niño que era, más devoción por ellos que por los Borbones, habiendo observado que desde 1570, en que vivía aquel Francisco de Vigny, mi trisabuelo, su hijo Esteban de Vigny, luego Juan de Vigny, después Guy de Vigny, y luego, por último, León de Vigny, mi padre, vivieron pacíficamente y sin ambición en sus tierras de Emerville, Moncharville y otros lugares, cazando lobos, casándose y teniendo hijos, después de haber cumplido sus servicios militares, precisamente hasta alcanzar el grado de capitán, donde se detenían para retirarse a sus casas con la cruz de San Luis, según la antigua costumbre de la nobleza de provincia. Conocí únicamente un título de *pages de Luis XIV* que tengo todavía en mi poder, título doble otorgado a Claudio Enrique de Vigny y a Carlos Enrique de Vigny d'Emerville, hermanos de mi abuelo, cada uno de los cuales mandó un regimiento. Me pareció muy mal que Luis XIV no los hubiese tratado con más cuidado, pues eran más distinguidos mis parientes el mariscal de Castelnau y los Rochechouart.

No comprendía tampoco que el castillo de Vigny (en la carretera de Rouen) no me perteneciese. Nada, no obstante, era más sencillo y más justo.

El cardenal G. d'Amboise se lo había comprado en 1554 a los Saint-Pol, parientes míos, familia a la que había pasado esta tierra por alianza. El condes-

table Anne de Montmorency poseyó esta tierra por adquisición a la casa de Amboise (1). El canciller del Hospital se retiró a ella y murió en 1568. Este castillo fué el que abrió todas las puertas a los asesinos. Me refugié allí una vez en mi vida, siendo oficial de la Guardia Real. La aldea de Bordeaux de Vigny se encuentra sobre la carretera y *al borde del agua*, como su nombre indica. El castillo está en una hondonada, protegido por cuatro grandes torres. Recuerdo que los oficiales de mi batallón, encantados, según decían, de estar en mi casa, quisieron que yo los recibiera en Vigny, y les obsequié con un almuerzo bastante malo en aquel mal albergue de la pobre aldea, siendo bastante pobre yo mismo con relación a los que debieron ser en otro tiempo los señores de la mansión que yo miraba de lejos. Tenía diez y nueve años cuando obsequié con aquel almuerzo a los subtenientes; era rosado y rubio, y caminaba a pie por la carretera, a la cabeza de mis viejos soldados, tan orgulloso de mi charretera, que no la hubiera cambiado por las torres de las cuales sólo poseía el nombre, ni tampoco hubiera cambiado mi comida de militar por los festines de mis antepasados, cuyo humo ennegreció las viejas chimeneas.

(1) He encontrado mis indicios de familia confirmados por Castelnaud y completados por él, entre otros.— Edición de 1731, t. II, pág. 509.— *Nota de Vigny.*

Si vais alguna vez a Rouen por esta carretera, que se llama, según creo, *la de abajo*, encontraréis esta mansión, a unas seis leguas de París. Este castillo perteneció últimamente al cardenal de Rohan, cuya tumba se encuentra aún en la capilla. El príncipe Benjamín de Rohan, que acaba de ahogarse en la Escuela de Natación, en Alemania, fué el último poseedor. Me mandó recado hace tres años de que iba a vender Vigny, y me envió a un hombre de negocios alemán para saber si yo deseaba presentarme como adquirente.

Encontré además entre mis papeles una carta del rey de Inglaterra Carlos II, que daba las gracias a uno de mis antepasados, gobernador de Brest, por haber recibido y protegido a sus fieles súbditos cuando iban a proveerse de víveres en aquel puerto. Está fechada en Jersey, a 10 de Noviembre de 1643.

Todas estas cosas inculcaron desde mi nacimiento ideas guerreras y un tanto feudales en el cerebro de un niño tan delicado, que era tomado siempre por una niña, lo cual hacía un singular contraste, hasta que a los diez y seis años adquirí una vitalidad y un aspecto muy varoniles.

El padre de mi madre—el señor de Barandin—, viejo y venerable jefe de escuadra de la época de la gran marina de Luis XVI, que rivalizaba con la de Inglaterra y se repartía con ella el Océano, fué conducido a las prisiones de Loches. Su hija y mi padre, al que habían debilitado sus heridas, le siguie-

ron en su cautiverio. Era un hombre grave, sabio y espiritual. Tenía las condiciones del hombre de corte, unidas a la energía del hombre de mar.

Aquel viejo capitán de diez navíos, al que habían respetado los combates estando bajo las órdenes del señor d'Orvilliers, murió un día en la prisión, después de haber leído una carta de su hijo. Este hermano de mi madre, este tío mío, desconocido para mí, del cual poseo un retrato, hecho por Girodet, era teniente de navío, y habiendo sido herido en el sitio de Auray, al desembarcar con el señor de Sombrénil, pedía a su padre la bendición, pues debía ser fusilado al día siguiente. Su despedida mató a su padre el mismo día en que una bala lo mató a él.

Algún tiempo después de mi nacimiento, mis padres continuaron habitando en Loches, en una casita retirada que habían comprado, y que les amparó durante la tempestad política, y, como ya he dicho, diez y ocho meses después de mi nacimiento, bajo un cielo más propicio, fueron a habitar en París.

París es, por consiguiente, casi mi patria, aunque la Beauce sea la verdadera. Pero París, con sus lodos, sus lluvias y su polvo; París, con su ruidosa tristeza y su eterno torbellino de acontecimientos; con sus revistas de emperadores y de reyes, con sus pomposos matrimonios, con sus pomposos entierros, con sus monótonas fiestas de lamparillas y de distribuciones populares; con sus teatros siempre llenos, aun durante las calamidades públicas; con sus talleres de

reputaciones fabricadas, usadas y rotas en tan poco tiempo; con sus fatigosas Asambleas, sus bailes, sus *raouts*, sus paseos, sus intrigas; París, triste caos, me proporciona, en buena hora, la tristeza que tiene en sí mismo, y que es la de una vieja ciudad, cerebro de un viejo cuerpo social. He observado a menudo que los que no tienen patria se crean una ficticia o adoptan una mientras viajan. Los parisienses que viajan escogen, generalmente, a Italia, y cualquiera otra sería peor; pero los habitantes de una campiña cualquiera, aunque ésta sea la más fea, la prefieren a los países embalsamados y calurosos del Sur.

En cuanto a mí, acepto de buen grado a este París, tal y como es. He creado mis afectos en cada una de sus calles. Hay rincones que llevo en el corazón y que no vería desaparecer sin pesadumbre...

La campiña, de la cual encontraba descripciones en todos los libros de enamorados, no me pareció en mi infancia menos sombría que la negra capital de Francia. La Beauce era la patria de mis padres, y en medio de aquella provincia llana y fecunda en trigo, cerca de Etampes, la señora de Vigny, tía mía, educaba en el Tronchet a seis hijas que me recibían sobre sus rodillas de vez en cuando, hacia el otoño, estación en la que a mi padre le gustaba llevarme allá. Encontraba siempre, por tanto, campos de lluvia, de lodo, de hojas amarillas, de vientos furiosos, sobre todo alrededor de un viejo castillo, cuyos antiguos tapices agitaban. El pueblo y la vieja mansión, a pe-

sar de lo tristes que eran, constituían para mí un encanto. Una gran sala de billar, donde aparecían alineados los retratos de mis abuelos, de sus mujeres y de sus hijos, se me quedó grabada en la memoria, y siempre me gustó volver a ver aquellos retratos en la Briche, en casa del señor de Saint-Pol, pariente mío, quien, cuando fué vendido aquel último castillo de mis padres, dió asilo en su casa a aquella familia de caballeros armados.

En el Trouché me enseñó mi padre a tirar y a ver y amar a los cazadores y la caza; pero los relatos de las cacerías pasadas me gustaban más que las cacerías mezquinas que presenciaba.

Mi buen padre tenía un ingenio infinito y una maravillosa gracia para narrar. Por él, según he creído siempre, conmuevo al gran Federico. Mi padre lo vió y lo combatió. Después de la batalla de Crevelt, en la que los franceses fueron derrotados por aquel gran general, y casi vencidos a consecuencia de la admiración que sentían por él, mi padre quiso pedir permiso al rey de Prusia para buscar el cuerpo de su hermano entre los muertos. Mi tío había sido alcanzado por una bala de cañón. Mi padre, acompañado de varios oficiales, se dirigió al campo prusiano. Le hicieron esperar, a causa de que el rey estaba en su tienda tañendo la flauta; se le oía, en efecto, desde fuera. Terminada la pieza que estaba ejecutando, el rey apareció a la entrada de su tienda. Saludó con afectada cortesía a mi padre y a los oficiales y

les hizo conducir al campo de batalla, donde fué encontrado el hermano bajo un montón de muertos y recogido por su hermano. En aquella guerra de los Siete Años mi padre recibió numerosas heridas, y, entre otras, un balazo en el pecho y otro en los riñones, que encorvaban su cuerpo y le obligaban a caminar siempre apoyado en su bastón.

Yo no me cansaba de escuchar estos relatos, semejantes a los de un libro de anécdotas titulado *París, Versalles y las Provincias*. En este libro he encontrado algunas de las historias de l'Ceil-de-Bœuf, que conocía y relataba en todos los salones de París. Así llegué a tocar la mano que había tocado la de Luis XV. Algunas veces esto me producía una especie de espanto religioso. El señor de Malesherbes había sido amigo de mi padre; todo aquel siglo, aplastado por la Revolución y muerto también bajo aquel Imperio, en el que yo vivía, o, más bien, haciéndose el muerto, todo aquel siglo renacía en los labios de mi padre. Éste me hacía besar su cruz de San Luis, rezándole a Dios durante el día de San Luis, e inculcaba así en mi corazón, en cuanto le era posible, aquel amor hacia los Borbones que sentía la antigua nobleza, amor semejante al que siente el hijo por su padre.

Escribo aquí la historia de mi alma más bien que la de mi vida, y debo confesar que cuando salí del mundo al cual me habían transportado los recuerdos de mi padre para escuchar y observar a mi alrededor

el mundo vivo, una cierta desconfianza del pasado me embargaba y temía que todo hubiese sido un sueño. El colegio terminó para hacerme ver mi tiempo tal y como era.

Hasta que llegué a la edad de ser escolar tuve en París toda clase de maestros que mi madre eligió bien y dirigió mejor aún. Tenía para mí la grave severidad de un padre y siempre la mantuvo, en tanto que mi padre nunca me demostró mas que una maternal ternura. Tuve, pues, una familia completa y perfecta, sólo que los términos de sus cualidades estaban invertidos.

La rapidez con que aprendía todo cuanto me amontonaban en la memoria acerca de Historia, Geografía, Elementos de la Lengua, de Matemáticas, Dibujo, Música y todos los principios de las Artes y de las Ciencias, hizo que la época más desdichada de mi vida fuese la del colegio, pues adelantando a mis compañeros en sus estudios se consideraban humillados al ver que eran inferiores al más joven, y me tomaban odio. Esto me volvió sombrío, triste y desconfiado.

El Elíseo Borbón era, desde la Revolución hasta la época en que Murat fué rey de Nápoles, una casa acuilada a los particulares, como todas las de París. Mi padre estuvo viviendo en ella seis meses (1), y en ella fué educado hasta que entré en el colegio. Me

(1) Seis años, de 1799 a 1805.

acuerdo aún del día en que mi padre volvió triste y con las lágrimas en los ojos, habiéndose enterado de la muerte del duque de Enghiew.

Esta fué la primera idea que tuve de los crímenes políticos; no era comenar mal. El horror de aquel asesinato pasó de la frente de mi padre a mi corazón, y me hizo considerar a Napoleón como consideraba a Nerón. Esta impresión, cultivada durante todos los días de mi vida, sólo se debilitó cuando conocí suficientemente su vida y la Historia para poder darme cuenta de esta grandeza contemporánea.

Una impresión de tristeza inefable hirió, pues, mi alma desde la infancia. Dentro del colegio era perseguido por mis compañeros. Algunas veces me decían:

—Tienes un *de* antes del apellido. ¿Eres noble?

Yo respondía:

—Sí; lo soy.

Y ellos me golpeaban. Me parecía pertenecer a una raza maldita, y esto me hacía sombrío y pensativo (1).

(1) Y, sin embargo, mi padre, con su espíritu justo y encantador, me proporcionó la idea más verdadera acerca de la nobleza, y destruyó en mí para siempre el falso orgullo.

Me acuerdo aún de la noche en que le dije:

—¿Qué es la nobleza?

Sonrió, me sentó sobre sus rodillas y rogó a mi madre que le diese un volumen de la señora de Sévigné.

—He aquí—me dijo—la verdad, en una canción que el señor de Coulanges dedicó a la señora de Sévigné,

Cuando volvía por la tarde a casa de mi padre, encontraba en ella una conversación elevada, elegante, llena de conocimientos acerca de las cosas y de los hombres, con el tono mejor del mundo, pero con el odio de la época actual y la reprobación, el desprecio del Poder, del Imperio, de los advenedizos y del mismo emperador. Las conversaciones del tiempo pasado y de los hombres de mundo que habían visto mucho y habían leído mucho aumentaban mis conocimientos, pero sus penas me oprimían el corazón. Nací con una memoria tal, que no he olvidado nada de cuanto he visto y oído desde que estoy en el mundo. Guardaba, pues, para siempre el recuerdo de las épocas que veía, y la enojosa experiencia de la vejez se infiltraba en mi espíritu de niño y lo llenaba de desconfianza y de una misantropía precoz.

Cuando volvía al colegio, encontraba, desde que amanecía, la hostilidad de mis compañeros, que se indignaban al ver los premios de *excelencia*, otorgados constantemente a un muchachito cuyo cuerpo parecía, por su delicadeza, el de una niña. Me quitaban el pan del almuerzo, y sólo recuperaba la mitad me-

cuando se discutía acerca de la antigüedad de una familia:

«Todos fuimos labradores y condujimos nuestro arado.

»Unos los desuncimos por la mañana, y otros por la tarde.

»Esa es toda la diferencia.» — *Nota de Vigny.*

dante la condición de hacerle el *deber*, el *tema* o la *amplificación* a un *grandullón* cualquiera que me aseguraba a puñetazos la conservación de aquella mitad de mi pan. Se quedada con la otra mitad, y además con el tema, y yo almorzaba.

Pasaron meses enteros en que sufrí silenciosamente estas pequeñas desgracias, y, calculando que la fuerza de lo que hacía era la causa de haberseme colocado en el puesto que ocupaba entre los que me sobrepasaban en edad y en energías físicas, decidí trabajar mal, prefiriendo los castigos de los maestros a los malos tratos de los alumnos, y esperando ser retirado a casa de mis padres. Lo conseguí, y después de cursar durante algunos años el *segundo de retórica*, que empleé en aprender mal el griego y el latín, volví a cobijarme bajo el techo paternal, y a trabajar realmente en medio de una biblioteca que hacía mi felicidad.

No he hablado de estos detalles, que son de una insignificancia lamentable, sino para dar un ejemplo más de las tristezas de la infancia que dejan al hombre un carácter intratable, difícil de ser dominado durante el resto de la vida. Estos sufrimientos que tanto se desprecian son proporcionados a la fuerza del niño, la sobrepasan algunas veces y tiñen de un color sombrío todo el porvenir.

No hay en el mundo, a decir verdad, mas que dos clases de hombres: los que *tienen* y los que *ganan*. Siempre estuve tan convencido de esta verdad, que

la he puesto en labios de Bonaparte (1), a fin de que el prestigio de este nombre me ayude a consagrarla.

Yo que nací en la primera de estas dos clases tuve que vivir como los de la segunda, y el sentimiento de este destino, que no debía ser el mío, me indignaba siempre interiormente.

Mi verdadera educación literaria fué la que me hice yo mismo cuando, emancipado de mis maestros, pude dar rienda suelta al vuelo rápido de mi imaginación insaciable. Devoraba un libro; luego, otro... Traduje a Homero del griego al inglés, y un viejo preceptor que tenía—el abate Gaillard, no sé si vive aún—comparaba después mi traducción con la de Pope. Luego me apasioné por las matemáticas, y queriendo entrar en la escuela politécnica, me hallé en poco tiempo en condiciones de examinarme. Me ensayaba también en escribir comedias, fragmentos de novelas, trozos de tragedias; pero todo aquello tenía un sabor que recordaba lo que se había hecho en nuestro lenguaje por los grandes escritores clásicos, y este parecido se me hacía insoportable, y rompía inmediatamente lo que había escrito, comprendiendo que era preciso hacer otra cosa, al ver prematuramente maduras mis ideas y no encontrar aún la forma. Sin embargo, sentía en mí un invencible deseo de producir algo grande y de ser grande mediante mis obras. Me parecía haber perdido el tiempo

(1) *Servidumbre y grandeza militares.*

si no encontraba una idea nueva y fecunda. Siempre descontento de las que se ofrecían a mi espíritu, harto de una meditación perpetua en la cual agotaba mis fuerzas, sentí la necesidad de entrar en acción, y no vacilando en lanzarme a los extremos, como hice siempre durante toda mi vida, quise ser oficial, e insistía de tal modo cerca de mi padre para que me proporcionase este estado, que aquél me facilitó inmediatamente todo cuanto hacía falta para ello.

La artillería me gustaba. La gravedad, el recogimiento, la ciencia de sus oficiales se avenían con mi carácter y mis costumbres. Deseaba ingresar en ella, e iba a ser presentado en la Escuela Politécnica, cuando, restaurando a los Borbones la batalla de París, el ejército se abrió para mí más rápidamente, y obtuve, siendo aún niño, un puesto bastante elevado, alcanzando pronto el grado de teniente de caballería. Hube de conservar mi puesto por mucho tiempo.

Otro fragmento.—No copio leyendas ni remedo crónicas; es una historia lo que hago, y pretendo escribir para los hombres de mi época, con el espíritu y el lenguaje de entonces, y, a serme posible, obteniendo el provecho de mi tiempo. Dejándome llevar a menudo de reflexiones que son mías, y por las cuales puedo soportar la condenación, si hubiere lugar a ello, pues no se las pedí prestadas a nadie, prefiriendo mis propias ideas acerca de todo a la de

otros, por muy buenas que éstas sean, diré lo mismo que dijo no sé qué noble, dirigiéndose a Enrique IV: «*Prefiero ser el hijo legítimo de un pobre hidalgo, a ser el hijo bastardo de un rey.*» ¿Hay nada tan bastardo como el pensamiento de un antiguo ilustre o de un célebre moderno adaptado al procedimiento del día? Este procedimiento, del cual me preocupo, además, poco, no concediendo importancia mas que al fondo, este procedimiento, digo, cambia, por lo menos, cada diez años, y no impide que se adivine, a través de él, cualquier cuerpo extraño. Me gusta que se vea con los ojos, aunque sea bizco o miope. Hay pintores que dicen cosas muy interesantes, pretendiendo que el azul que ve un hombre no es precisamente el mismo azul que refleja en las pupilas de otro hombre. Pues bien; que cada uno pinte a su manera: uno sombrío, otro claro, un tercero áspero y rudo, un cuarto pálido y suave, éste rubicundo como Rubéns, aquél puro y angélico como Rafael...; hombres a los cuales—dicho sea de paso—la fortuna parece haberles dado, con deliberado propósito, los nombres de su genio; que cada uno, pues, pinte como vea, y también hable como piense, y cree como sienta; este es el permiso que me tomo, sin pedirlo, convencido de que la Humanidad no puede perder nada al saber lo que un hombre ha experimentado y ha dicho, en la sinceridad de su corazón. Me gusta tanto esta charla familiar, que en este mismo instante no puedo prescindir de continuarla y de añadir que, a partir de la

edad en que comencé a reflexionar, adquirí la costumbre de examinarme a mí mismo y de analizarme con tanto cuidado como lo hubiera hecho con otro hombre, convencido de que una experiencia moral hecha en un individuo puede conducir a obtener justas deducciones de las masas. He conocido a un médico hábil que era absolutamente de mi misma opinión en este punto, de que es preciso ahogarse experimentando sobre sí mismo durante tanto tiempo como pueda permanecer metido en un horno, feliz de poder ser salvado por su doméstico; es uno de los hombres más honrados y más instruídos de Francia. Voluntariamente hago esto mismo con mi alma, aunque con menos peligro, y cien veces al día digo muchas cosas malas de mí a mis amigos, no sin un gran triunfo por mi parte cuando me confiesan que ellos sienten la misma debilidad que yo, o tienen un defecto semejante al mío.

Debo decir, pues, que creo haber encontrado en mí dos seres, bien distintos el uno del otro: el *yo dramático*, que vive con actividad y violencia, siente con dolor o con enervamiento y obra con energía o perseverancia, y el *yo filosófico*, que se separa diariamente del otro yo, lo desdeña, lo juzga, lo analiza, lo ve pasar, y ríe o llora al considerar sus acciones, como haría un ángel guardián. Las dos personalidades hablarán alternativamente en este libro, y tengo la seguridad de que se reconocerá fácilmente el tono de voz de cada una. La Historia procederá de la pri-

mera y las reflexiones de la segunda—digresión a veces—; pero se podrá leer bien, y tendré cuidado de que se reconozca a la legua cualquier señal, semejante a esos farolillos que se colocan por la noche al borde de las zanjas para impedir que caigan dentro los viandantes.

Sobre «Cinco de Marzo».—Mis estudios históricos adelantaron mucho durante la infancia. No me contentaba con los estudios del colegio, y, eterno y ardiente preguntón, por la noche, al volver de la pensión del señor Hix, después que los demás niños se habían dormido, no cesaba de acosar a mi padre a preguntas acerca de los personajes cuyos nombres conocía vagamente. Los recuerdos me eran permitidos entonces, y mi padre me los relataba como respuesta, para deshacerse de mis preguntas. Un día, para corregirme, me dijo mi padre que me parecía al *interrogador amordazado* de Voltaire. Esto me obligó a hacer una pregunta más. Él me leyó *El Ingenuo*. Desde aquel día no pregunté más; leí, devoré toda la biblioteca de mi padre y las de sus amigos. Después de haber leído las *Memorias* del cardenal de Retz, se me ocurrió escribir la historia de la Fronde. Tenía catorce años. Aquello, naturalmente, era muy malo, y lo rompí todo; pero conservaba la memoria más minuciosa acerca de los hechos de aquella época, y esta primera pasión de curiosidad histórica me dejó, en sus personajes, un grato recuerdo, se-

mejante al que se tiene de los hombres a quienes se ha conocido en la infancia. Me pareció luego que cumplí una verdadera deuda de amistad cuando escribí *Cinco de Marzo* y describí al abate de Gondi.

Mi padre velaba hasta muy entrada la noche, y para imitarle, encendía yo la bujía en mi cuarto y escribía con lápiz la historia de la Fronde.

Bien pronto abandoné esta idea para adorar a los poetas antiguos. Me hicieron que tradujera a Homero del griego al inglés y que comparase aquella traducción, página por página, con la de *La Ilíada*, de Pope.

Al abate Gaillard, uno de mis instructores, se le ocurrió la excelente idea de aquel trabajo que me hacía aprender dos idiomas y el sentimiento de la musa épica, cuya lira sonaba así por dos veces en mi oído.

Sin embargo, después que aquel invencible amor hacia la armonía fué exhalado en los versos de mis poemas, me quedaba un pesar, y era el de no haber creado nada que fuese lo suficientemente extenso para poder ser comparado, por la composición, con los grandes poemas épicos. Cref que las novelas históricas de Walter Scott serían más fáciles de imitar, puesto que la acción era aplicada a personajes imaginarios a los que se les hacía obrar como se quisiera, en tanto que pasaba, de vez en vez, por el horizonte una gran figura histórica cuya presencia aumentaba la importancia del libro dedicándolo a

una fecha determinada. Pero los reyes de estas obras sólo representaban una cifra... Traté de hacer lo contrario, invirtiendo los términos a mi manera. Germinaba en mí esta idea mientras escribía algunos poemas por las noches, y en 1824, en Oloron, en los Pirineos, compuse y escribí en una hoja de papel el plan completo de *Cinco de Marzo*. No hay libro que haya sido meditado por mí más seriamente y por más largo tiempo. No lo escribí; pero en todas partes dejaba notas, y reformaba el plan en mi cerebro. Es muy bueno, en mi opinión, dejar así que madure una concepción nueva, como si fuera un hermoso fruto que no hace falta recolectar demasiado pronto. Esperaba que se realizase mi regreso a París para efectuar las indagaciones que me eran necesarias, y hasta 1826 no me puse a escribir definitivamente el libro, que, como suele decirse, lo hice de una sola plumada. Sabía bastante Historia para poder componer y ordenar la acción sin tener a la vista las crónicas de la época; pero era preciso que la tragedia de la novela girase alrededor de todos aquellos personajes y los envolviese con sus nudos, como la serpiente de Laocoon, sin desvirtuar la autenticidad de los hechos, y existía en ello una gran dificultad artística que vencer, tratándose de una época tan conocida en todas partes por las Memorias particulares como la de Luis XIII. Mas, la idea de personificar en Richelieu la ambición fría y obstinada, luchando genialmente contra la realeza misma que le proporcio-

nó su autoridad, y la amistad en el sacrificio y la abnegación del señor Thou me seducían, y no me otorgué descanso hasta llegar a la ejecución del proyecto que había formado.

Tenía además el deseo de hacer una serie de novelas históricas que fuera como la epopeya de la nobleza, y de la cual *Cinco de Marzo* sería el comienzo.

Escribiría una novela cuya época fuese la de Luis XIV, y otra en la que fuese la de la Revolución y la del Imperio, es decir, la final de la raza muerta socialmente a partir de 1789.

Una época.—Un carácter.—La piedad, la tierna conmiseración que siento en el corazón por la especie humana y por sus miserias me obligan frecuentemente a experimentar la pasión que se experimenta cuando se combate una enfermedad en una persona que nos es querida, viéndola volver a la vida.

El haberla experimentado tratándose de mi madre y de mi mujer no es nada sorprendente, sintiendo hacia ellas tanto cariño; pero ello me ha hecho comprender los secretos y angélicos goces que podía experimentar el caballero *hospitalario* de San Juan de Jerusalén y su *amor* hacia los heridos y los enfermos.

Estaría bien hacer una novela titulada *El Hospitalario y el Templario*.

El uno estaría consagrado a la Humanidad doliente, y el otro a la adoración mística.

27 de Junio.—El mundo de la poesía y del trabajo del pensamiento fué para mí un campo de asilo en el que laboraba y en el que me adormecía en medio de mis flores y de mis frutos para olvidar las penas amargas de mi vida, su profundo tedio y, sobre todo, el mal interior que no cesó de producirme, volviendo contra mi corazón el dardo envenenado de mi espíritu penetrante y siempre agitado.

El deseo.—Todos los utopistas, sin excepción, tuvieron una opinión demasiado baja y falta de espíritu de previsión.

Después de haber llegado a construir muy penosamente su triste sociedad de utopía, de república, de comunidad, y su *paraiso terrestre*, organizado como un mecanismo en el que cada individuo es un resorte, si hubieran reflexionado un poco, hubieran visto que, reduciendo el *deseo* y la *lucha*, sólo queda *tedio* en la vida.

El entorpecimiento conduciría infaliblemente a cada uno de estos *bienaventurados* a un sueño perpetuo de idiotas o de animales y al suicidio.

Quiero que un hombre de nuestros días posea a la vez un carácter republicano juntamente con el lenguaje y las buenas maneras del hombre de la

corte. El Alceste de Moliere reúne estas dos condiciones.

Ni amor ni odio.—Desde mi infancia, nunca he comprendido por qué se dice:

—¿Ama usted o no al emperador...? ¿A Luis XIII, a Carlos X, a Luis-Felipe...?

No se debe sentir ni amor ni odio hacia los hombres que gobiernan. Sólo debe sentirse hacia ellos los sentimientos que cada uno experimentaría hacia *su cochero*: conduce bien o conduce mal el coche, y eso es todo. La nación le retiene o le despide, según las observaciones que hace con sus propios ojos.

De la bondad.—Me parece, a veces, que la bondad es una pasión. En efecto; me ha ocurrido pasarme los días y las noches atormentándome extremadamente por lo que debían sufrir las personas que no me eran íntimas y a las que no amaba particularmente; pero un instinto involuntario me obligaba a hacerles un bien sin dárselo a conocer.

Era el entusiasmo de la piedad, la pasión de la bondad, lo que sentía en mi corazón.

1855

Agosto.—Lamartine, con su ligereza acostumbrada, acaba de escribir estos versos en el álbum de la señora de Ristori (1). Ha cazado al vuelo, como si fuera una mosca, la idea más falsa que he conocido en mi vida.

La consecuencia que de ella podría deducirse es la de que toda obra no representada es una *letra muerta*, y que Baron y Talma, Kemble, Kean y Young eran superiores a Corneille, Racine y Shakespeare.

(1) He aquí la composición, que forma parte de las *Poesías inéditas* de Lamartine:

Tú, a quien en trágico Arno la rica Francia envidia,
Al gran Toscan devuelves más de lo que le debes.
Si Dios le hizo poeta, él te hizo Poesía;
Con la del corazón, la escena su voz hizo.

Vosotros que lloráis, decidme, ¿cuál es poeta?
¿Aquel que señaló con su dedo el acento,
O lo es aquel que obtuvo en la página muda
Los fantasmas sin cuerpo y les prestó sentido?

¡Es él! ¡Oh, tú! ¡Vosotros, que tenéis dos almas!
¡Oh! La gloria al nombraros os debe la igualdad.
Das tu sangre en las sombras de tus profundos dramas,
Y esa sangre te asocia con la inmortalidad.

El drama es instrumento do letra muerta duerme.
Contiene inútilmente los acordes humanos:
Para que el Goce salga, o el Dolor, es preciso
Que el clave cordial se pulse con las manos.

El mármol de Memnon sentía, aunque era piedra.
Pero su alma, ¡oh soll, no era más que calor.
¡Lloremos; pero antes de mojar nuestros párpados,
Que las lágrimas corran por nuestro corazón...!

Si toda obra escrita y no declamada en escena está muerta y es comparable a la piedra de Memnon, ¿qué significan los desventurados que se llamaron Horacio, Virgilio, Dante, Milton, Tácito, Juvenal, Cicerón, Pascal, Descartes y Bossuet, etc., siempre leídos y nunca representados?

1862

Dios.

Se justificará en el Valle de Josafat. Tal vez después de transcurridos veinte mil años de males en la vida, y después de la vida.

Del mundo maravilloso de la vida futura, nunca hablo: constituye la más inútil y peligrosa pendiente de nuestro espíritu. Nunca debe hablarse ni escribirse acerca de Dios. La Divinidad, una o triple, es desconocida, invisible y muda.

El silencio de Dios.—Como Buddha, guardemos silencio acerca de lo que no habla.

Providencia.—Que la divinidad intervenga en las cosas humanas, me parece bien; pero ello sólo pudo ser cuando abrió todas las fuentes a la Creación y todas las corrientes contrarias de lo justo y lo injusto, del bien y del mal. Una vez construido el reloj, no se puede creer que turbe el orden, empujando con el dedo para adelantar o retrasar las agujas: sería aten-

1855

Agosto.—Lamartine, con su ligereza acostumbrada, acaba de escribir estos versos en el álbum de la señora de Ristori (1). Ha cazado al vuelo, como si fuera una mosca, la idea más falsa que he conocido en mi vida.

La consecuencia que de ella podría deducirse es la de que toda obra no representada es una *letra muerta*, y que Baron y Talma, Kemble, Kean y Young eran superiores a Corneille, Racine y Shakespeare.

(1) He aquí la composición, que forma parte de las *Poesías inéditas* de Lamartine:

Tú, a quien en trágico Arno la rica Francia envidia,
Al gran Toscan devuelves más de lo que le debes.
Si Dios le hizo poeta, él te hizo Poesía;
Con la del corazón, la escena su voz hizo.

Vosotros que lloráis, decidme, ¿cuál es poeta?
¿Aquel que señaló con su dedo el acento,
O lo es aquel que obtuvo en la página muda
Los fantasmas sin cuerpo y les prestó sentido?

¡Es él! ¡Oh, tú! ¡Vosotros, que tenéis dos almas!
¡Oh! La gloria al nombraros os debe la igualdad.
Das tu sangre en las sombras de tus profundos dramas,
Y esa sangre te asocia con la inmortalidad.

El drama es instrumento do letra muerta duerme.
Contiene inútilmente los acordes humanos:
Para que el Goce salga, o el Dolor, es preciso
Que el clave cordial se pulse con las manos.

El mármol de Memnon sentía, aunque era piedra.
Pero su alma, ¡oh soll, no era más que calor.
¡Lloremos; pero antes de mojar nuestros párpados,
Que las lágrimas corran por nuestro corazón...!

Si toda obra escrita y no declamada en escena está muerta y es comparable a la piedra de Memnon, ¿qué significan los desventurados que se llamaron Horacio, Virgilio, Dante, Milton, Tácito, Juvenal, Cicerón, Pascal, Descartes y Bossuet, etc., siempre leídos y nunca representados?

1862

Dios.

Se justificará en el Valle de Josafat. Tal vez después de transcurridos veinte mil años de males en la vida, y después de la vida.

Del mundo maravilloso de la vida futura, nunca hablo: constituye la más inútil y peligrosa pendiente de nuestro espíritu. Nunca debe hablarse ni escribirse acerca de Dios. La Divinidad, una o triple, es desconocida, invisible y muda.

El silencio de Dios.—Como Buddha, guardemos silencio acerca de lo que no habla.

Providencia.—Que la divinidad intervenga en las cosas humanas, me parece bien; pero ello sólo pudo ser cuando abrió todas las fuentes a la Creación y todas las corrientes contrarias de lo justo y lo injusto, del bien y del mal. Una vez construido el reloj, no se puede creer que turbe el orden, empujando con el dedo para adelantar o retrasar las agujas: sería aten-

tar contra la libertad de toda criatura y alterar el sistema regular de la vida de las razas en su curso.

Poemas por hacer ⁽¹⁾

Los padres.—Los *Padres del pensamiento* valen más que los Padres de la Iglesia. Sólo aquellos deben ser glorificados. No poseas, ¡oh, joven!, una biblioteca innumerable; no te parezcas más que a los *Padres*: a aquellos a quienes los demás despojan e imitan. For-

(1) A menudo se vió en él, cuando expresaba en sus notas un pensamiento extraordinario, una espiritualización más exquisita que las de los demás, y por virtud de la cual su imaginación concebía de antemano una envoltura, una encarnación poética. Alfredo de Vigny la inscribía bajo el epigrafe de *Elevación* o *Poema*. Eran, en efecto, poemas en germen; eran los huevos de un pájaro que podían abrirse en su día, si lo deseaba el poeta. Reuno aquí, sin orden ni fecha, un cierto número de estas concepciones, algunas de ellas apenas bosquejadas otras un poco más acabadas y en forma de plan; ideas todas ellas que no habían tomado cuerpo aún, y que, no obstante, ya tenían color, un principio de vida y movimiento. Es como si se entrara en el taller de un escultor solitario: se vislumbran sus sueños de mármol, que palpitan en su existencia incompleta: algunos hubieran llegado a ser dioses, si el poeta no hubiera desaparecido. Constituyen un encanto que no se experimenta sin sentir opresión en el corazón. Y la tristeza del carácter mismo aumenta en estos poemas soñados. Reflejan perfectamente, en una unidad de tono armonioso, el alma elevada y tierna, si bien melancólica y aun sombría, del poeta de *Los Destinos*.—Nota de Luis Ratisbonne.

man un reducido número en tu patria. Observa y reflexiona.

Rómulo.—Joven: camina por la vida como el gran Rómulo de David.

Con el torso echado hacia atrás, en su mano sustenta un dardo que dirige contra su enemigo, y con un pie hacia adelante espera a su adversario, que salió huyendo. Su bello perfil se dibuja con trazo firme en negro sobre el azul del cielo. Su frente está levantada; sus ojos miran de frente; sus labios forman una especie de mueca feroz, como la de la cría de la Loba.

¡Oh, juventud! Irrumpe así en la vida, ligera y alegremente...

Eros.—Eros, la esclava de Nerón, se mató delante de él para que se decidiera a morir.

Con este motivo podría hacerse un poema dedicado a la abnegación. ¿Qué clase de pasión sombría y misteriosa sería aquélla...?

El alma y el cuerpo.—El alma de Stello se separó de su cuerpo un día, y colocándose de pie enfrente de él, completamente blanca y grave, le habló así severamente:

«Tú me has comprometido. Tú me obligaste a ser débil, cuando yo era tan fuerte, y a hablar cosas indignas de mí, para responder con ese tono amoroso

que tienes y no desmentir el ardor de tus ojos y las caricias de tu sonrisa.

«Abandona a esa mujer, y déjame pensar.»

Discurso acerca de la mujer, etc., etc.

Cuando llegó el día, el cuerpo se levantó con ella para partir, y le dijo:

«¿Vámonos?»

Y fueron ambos a reunirse con la amada...

Los monumentos.—Enrique II y Luis XII tienen hermosos monumentos en Saint-Denis. El arte dió, no obstante, más gloria a los escultores que a ellos.

Y tú, Washington, no tienes mas que una parcela de musgo...

Sed grandes, para que vuestra tumba sea glorificada sin arte, aunque sólo sea con una piedra, blanca o negra, y que el mundo vaya hasta ella, como a La Meca, en peregrinación, y deje caer sobre ella sus dos rodillas.

El déspota.—*Unos polacos en Siberia.*—Somos arrancados de nuestro suelo como árboles potentes y condenados a ser arrojados sobre la nieve y el hielo.

Unos cosacos en Polonia.—Y nosotros mongoles, nosotros tártaros, henos aquí, traídos y trasplantados a una tierra de Occidente.

Los polacos.—Esta tierra es horrible y fría. Los témpanos de hielo nos paralizan las manos. No hay vegetación; no hay sol...

Los cosacos.—Esta tierra es blanda y verde, y la odiamos. No tiene crepúsculo de seis meses; no hay en ella caza de osos, ni tiene largas auroras boreales. Allá, nuestros caballos sentían el aire seco del país; aquí se emparezan y duermen tristemente...

El viaje.—Viajero, di, ¿qué significa el viaje?

Cuando, de pronto, me viera trasladado a la isla de Hong-Kong o a Granada, ¿qué haría? Una ojeada me revelarían todo el país y unos trazos hechos con el lápiz me conservarían el aspecto. Luego, pasado el primer momento, reanudaría mis ensueños de filosofía, mis éxtasis de poesía y mis meditaciones metafísicas.

¿Qué tierra sería bastante nueva para causar extrañeza en mi pensamiento? ¿Qué país existe del cual no pueda anticiparme su visión?

¿Qué región atraería mis miradas, hasta el punto de apartarlas del cielo, y de que el cielo no apareciera en todas partes?

Siéntate, pues; levanta la cabeza hacia el cielo; mira, y piensa.

El carro de Brahma.—Un indio se adelanta, y la multitud le admira y le toca con respeto. Sus hijos le besan los pies. Su mirada se enciende; su pecho se hincha de orgullo. Este pecho es colocado bajo la rueda del carro, y el carro lo aplasta. Él sonríe, y sus ojos, arrancados de las órbitas, lanzan aún una mirada de éxtasis sobre Brahma.

Y vosotros, franceses, sonreid ante nuestro ejército.

Decís:

—¿Cuándo llegará el tiempo en que abran los ojos y dejen de ser bárbaros?

¡Oh! ¿Quién os ha dicho que no son felices así? ¿Sabemos, acaso, lo que significa la felicidad de una fe ferviente...?

¡Dichoso cien veces, mil veces dichoso el hombre que cree y ama! Para él, todo es bello y dorado...

Este indio sintió antes del momento en que se arrojó bajo la rueda una voluptuosidad superior a todas las de la tierra. *Fué santo durante mucho tiempo.* Hacía mucho tiempo buscó en su alma la imagen de su Dios, y la encontró. Buscó la imagen de su felicidad futura, y la encontró. ¡Quién de nosotros, ¡ay!, pudiera decir otro tanto...! Todo su cuerpo tembló ante la proximidad del carro como al contacto de una Divinidad. El viento de la rueda le pareció el soplo de un celeste beso que le iba a conducir al cielo. Y lo que le ahogó fué el peso de su dicha...

¿Y nosotros, desesperados, iremos a turbarle...? ¡No!

¡Oh, celeste ilusión de la fe! Permanece en las regiones que te han cultivado como una flor sagrada; porque, cuando hayas abandonado toda la tierra, ¿qué harán los hombres entonces...? ¿No es maravilloso que cuando, siendo niños, nos enteramos de que hemos de morir un día, no nos tendamos en tie-

rra hasta que la muerte quiera llevarnos...? ¿Por qué trabajar para convertirnos en polvo...? ¿Qué quiere decir eso...? ¿Para qué hemos venido al mundo...?

Mas callemos: ésta es la única pregunta sin respuesta...

El compás o el ruego de Descartes.—El pensamiento es semejante a un compás que perfora el punto sobre el cual gira, aunque su segunda pierna describa un círculo alejado.

El hombre sucumbe bajo el peso de su trabajo y es horadado por el compás; mas la línea que la otra pierna ha descrito queda grabada para siempre, en beneficio de las razas futuras.

Nos dejaste en la incertidumbre, Señor. En vano te suplicó tu Hijo en el monte de los Olivos.

Perdona, pues, que haya cogido el *compás*.

Desarrollo.—Una joven juega con el compás.

Descartes le dice:

—Niña, no toques eso...

Una de las piernas es apoyada en el centro, mas lo horada y destruye, en tanto que la otra describe un círculo misterioso.

Yo he servido de centro a ese sabio puñal.

«Me ha matado.»

Y contemplando el mar y las verdes islas de Estocolmo,

El Juico Final.—Será el día en que Dios venga a JUSTIFICARSE ante todas las almas y ante todo cuanto vive. Aparecerá y hablará, y dirá claramente el por qué de la creación, y el por qué del sufrimiento, y la muerte de la inocencia, etc.

En ese momento, resultará el género humano, que será el juez, y el Eterno, el Creador, será juzgado por las generaciones devueltas a la vida...

Implora pacem.—¿Qué paz imploras...? ¿Es la paz de la tumba...? El ardiente republicano de los largos cabellos rubios no la imploraba; pero decía, y firmaba con el nombre terrible de Saint-Just, que el revolucionario no encuentra la paz mas que en la tumba.

¿La encuentras al menos...? ¿Y si no la tuvieses? ¿Y si la tumba fuese ruidosa como la vida, y escuchases allí, hasta la disolución de todo tu cuerpo, el ruido de los monstruos que te devorasen...? ¿Y si tu alma escuchase durante toda la eternidad el ruido de los sollozos de la Naturaleza?

¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! ¿Qué hiciste? ¿Qué sufriste, para hablar así, y qué mano escribió sobre tu tumba el grito de tu vida...?

Y yo, ¿por qué recuerdo esas palabras que leí en las cartas del divino viajero que encontró tu tumba...?

Acaso oiga a mi corazón que, encerrado en mí pecho como en una tumba, *implora la paz*, como tú...

Beethoven.—Beethoven, sordo, erraba por el campo. Una tarde, desconsolado, escuchaba los acordes interiores que su oído no podría escuchar jamás.

De pronto, la voz de un pastor llegó hasta él y entró en su oído. Oyó. Cayó de hinojos, creyendo que el oído le había sido devuelto; pero se levantó tan sordo como antes.

Una Divinidad implacable se ríe de nosotros.

Por otra parte, tal vez las energías de concepción no hubiesen sido tan grandes en él si se hubieran distraído con la sensación.

Sylvia.—El caballero de Malta la amaba poco. Al principio, le disgustó. Se decía:

—¡Es una coqueta!

Y ella no se entregaba.

Y él la golpeaba con los pies.

Hermano hospitalario—piadoso, soñador—. Despreciando el placer y la muerte. No temiendo el poder ni la miseria.— Sacerdote militar.

De pronto, la posee. Se interesa por ella y entra en su vida.

La vida del teatro.— Las torturas del joven hidalgo.

El amor de los peligros de aquella mujer.— *El amor de su desgracia*, de sus humillaciones, e incluso de sus *faltas*.[®]

El candor de la actriz.— Desesperación atractiva, alegría embriagadora, locura infantil, llantos de niño.

Quisiera ser sólo un amigo para ella y separarse

del amor, para que cuando llegase la infidelidad no la obligase a abandonarle.

Mi Safo.

El baile de máscaras.

Una máscara me habló en el salón estrellado;
Su modo de hablar furtivo era suave y velado.

Su rostro era negro y su vestido también.

—¿Ama usted?—me decía, pues siempre es el amor el tema de las conversaciones en esos lugares.

—Sí—le respondí—; pero la que amo no puede estar aquí; la he abandonado ahora mismo; ponía un pie en el borde del lecho, como dispuesta a embarcarse en una barquilla para emprender un tranquilo viaje... La amo. Los ojos de usted son muy hermosos; pero los suyos lo son mucho más; el cuerpo de usted y la mano de usted son muy graciosos, pero prefiero los de ella. ¡Oh, joven beldad! No se enoje. A ella la veo todos los días, y a usted no la veo.

Entonces, ¡oh, alma mía!, me mostraste tu hermoso rostro, que sólo estaba velado por las lágrimas...

A un extranjero.

Sabio espíritu burlón, ¡oh, tú, curioso insular!

Viene usted a vernos cuando las blusas y las banderas corren por las calles y los sables se arrastran

por el suelo, como va usted a ver el Vesubio cuando el humo anuncia la erupción.

Se ríe usted de nuestras desventuras; ve usted cómo corre la lava de nuestros llantos y de nuestra sangre.

El espectador es alegre, pero los actores son tristes. Tenga cuidado con sus carcajadas, porque la lava abrasa con frecuencia el pie del viajero.

Epicteto y Espartaco.—El hombre del pueblo es, necesariamente, uno u otro; o resignado, o rebelado.

El ruso.—Una joven francesa, en un gran baile, va seguida de un oficial ruso que, según dicen, se va a casar con ella.

Yo le digo:

—Usted francesa, noble, libre y *ciudadana del país donde se mira de frente*; tenga cuidado: no se case con ese hombre... Aquí, parece orgulloso y libre porque respira el aire de Francia; pero usted no sabe qué es lo que hace que lleve la cabeza levantada y el cuello erguido: es el collar de hierro, el collar invisible que lleva siempre. A ese collar se une una cadena cuyo primer eslabón está en San Petersburgo. A cada paso que da, siente el collar que le corta, y oye la cadena, que rechina y tiembla como la de un puente levadizo. De vez en vez, una mano violenta tira de la cadena, cuando él respira el aire libre con demasiada satisfacción, y la cadena le transporta a una tierra esclava o le conduce a un lugar cubierto de tém-

panos de hielo para que se arrodille delante del amo. Allí, abren sus cartas, le piden cuenta de sus palabras, de sus miradas y de sus amistades. Si rió alguna vez, si un día estuvo distraído, le borran, le quitan el nombre; le dan un número y le envían a las minas; sus hermanos pueden heredar sus bienes (si el emperador lo permite). Sus hijos y su mujer pasan por delante de las minas o por delante del regimiento donde él presta sus servicios como soldado, y no le reconocen, y si alguno de ellos suspirase al verle, estaría perdido...

El Organo.

Las iglesias de Cristo, abiertas noche y día;
Mas los pilares, solos; los asientos, desiertos;
El mármol de los muertos, húmedo; y de nosotros
Ninguno sabe con las rodillas secarlo.
Sólo ve el extranjero las líneas de la cimbra
Los cuadros de los mártires no son mas que pinturas
Que, llameantes los ojos, y al corazón la mano,
Adoran santamente la forma y el color;
Y la iglesia sin fe, triste cuerpo de piedra
Que en otra edad tenía por alma la oración,
La iglesia es muy feliz, aunque en el día de hoy
Los levitas del arte ruegan allí por él.

.....
Las plantas.—Que un cierto número de plantas aborte en su germen, ¿qué importa? La Naturaleza hace que germine, crezca y se multiplique la especie.

Así, pues, que un cierto número de seres, por abuso de la libertad, se detenga en su camino o vuelva hacia atrás, ¿qué mas da? Languidecen en un estado inferior; descenden, en lugar de elevarse; pero allí donde estén quedan sometidos a las leyes universales que todo lo rigen. Se aproximan a los seres orgánicos, consiguen su condición sin lograr jamás el ahogar en ellos los instintos superiores opuestos a los del bruto, de donde nace el sentimiento de su degradación.

El desorden sólo está en el individuo, no en el conjunto de las cosas. *Las características* permanecen inalterables.

El Cisne.—Si una serpiente se adhiere a un cisne, el cisne vuela y se lleva a su enemiga rodeada al cuello y bajo sus alas.

El reptil bebe la sangre del ave, le muerde y le infiltra su veneno en las venas.

Queda suspendido en el aire por el cisne, y desde lejos, con sus escamas verdes, con sus falsos reflejos de oro, podría ser tomado por un brillante collar.

No; no es mas que hiel y destrucción, y se arrastraría en la tierra o bajo la tierra, y se ahogaría en los cenagales si no fuese transportado a las altas regiones por el pájaro puro y divino, al que devora.

Así el impotente Zoilo es conducido por el azul del cielo y a través de la luz por el poeta creador, al que despedaza adhiriéndose a él, aunque sólo sea

para dejar impreso su nombre en letras de sangre sobre el corazón del puro inmortal.

El Desierto.—Cuando los viajeros atraviesan las arenas de Libia, ven, desde lo alto del camello que les conduce, un espacio inmenso, y en el horizonte un lago inesperado. Es el espejismo. Parece reflejarse casas habitadas y percibirse grandes ciudades, y es la muerte.

Sin embargo, el viajero avanza; tiene sed, y espera. El viento del desierto sopla con violencia; se ve obligado a detenerse y a cerrar los ojos, que le ciega el *polvo de fuego*.

Cuando abre de nuevo sus abrasados párpados, donde las mismas lágrimas se secan por la acción del sol devorador, se asombra, se detiene y no reconoce ya su ruta; delante de él había un valle, y encuentra una montaña de arena; al oriente se extendía una extensa colina de pendientes imperceptibles, y ve prolongarse una llanura amarillenta y sin fin; la ruta trazada por los esqueletos de los camellos abandonados ha desaparecido, y nada se alza sobre el nivel del suelo, si no son las trombas de arena que suben hacia el cielo por un momento, tan altas como las pirámides, y se adelantan, dan tres pasos hacia el cielo y caen formando una nube de polvo.

El desierto—¡ay!—eres tú, democracia igualadora; eres tú, que lo has sepultado todo bajo tus pequeños granos de arena amontonados.

Tu enojosa nivelación lo ha sepultado y lo ha arrasado todo.

Los señorios cayeron primero; luego, los altos barones, los caballeros cubiertos de hierro que había colocados sobre la tierra como torres protectoras que levantaban los pendones de Francia hasta el sol. La ruta aparecía trazada aún a lo lejos, de distancia en distancia, por los esqueletos abandonados, de las dinastías abatidas; pero las arenas eternamente removidas la sepultaron bajo sus cenizas aventadas. Eternamente desaparecen y vuelven a aparecer el valle y la colina, y sólo se ve, de vez en cuando, un hombre valeroso que se eleva como la tromba y da diez pasos hacia el sol; luego cae hecho polvo, y únicamente se ve a lo lejos el siniestro nivel de la arena...

La Tierra.—El hombre se defiende, sin cesar, de la tierra y del aire que le atacan.

Pobre náufrago, procura reunir los restos de su navío, destrozado por el diluvio.

Hace pasar su palabra por debajo de las aguas, y la desliza por entre los vapores enemigos. De la tierra destrozada obtiene los vapores envenenados y les obliga a servir.

Como un fruto enorme lanzado en el espacio, rueda la tierra, y el fuego que la llena no cesa de abrasar sus entrañas. El fuego se escapa por los volcanes y humea sin cesar.

Sobre la frágil corteza se arrastra el hombre, infatigable, buscando su vida en el trabajo, y rechazado por la atmósfera que le trastorna y por el suelo que le envenena.

Pero trueca en vida los gérmenes de muerte.

Bisson.—Bisson fué apresado por los piratas que asaltaron su barco por la noche, cuando todos dormían.

El velaba y trabajaba en su despacho flotante. Se preguntaba cómo el vapor podía vencer la distancia y el tiempo, el viento y la mar, y hacer inútil al hombre de mar, experimentando en el arte de burlar al viento con las velas y los mástiles. Se durmió.

Pero oyó gritos y sintió pasos en el puente.

Se despertó y combatió; luego se dejó apresar, y, por último, se hundió bajo las olas y se durmió para siempre.

Tal es la vida...: un incidente sombrío...

Se produce entre dos sueños infinitos...

Tal es el hombre moderno en Francia. El honor es su fe; la conciencia, su moral; el deber, su ley. Es activo y sabio. Su primera ciencia es la de su estado; ya no quiere permitir a su imaginación que vague por los campos de la teología y de la superstición; combate y sirve a la patria y a la especie humana en los tiempos presentes, sin preocuparse de prejulgar a la eternidad. Desea que Dios exista, y que reciba lo justo en su paz; pero no cree siempre, y ya no afir-

ma. ¿Cuál es la idea que mantiene sus ánimos? Ni siquiera lo dice.

Cassandra o un dios (1).—Cassandra, hija de reyes, es amada por Apolo.

Ella le detesta, a él y a su tranquila y demasiado apacible inmortalidad. Su egoísmo, su *valentia invulnerable*, de la cual se burla ella.

—¿Tienes mucho mérito por haber ofendido a Aquiles...? Héctor tiene más que tú.

Apolo se humilla, se desespera, se inclina delante de ella, jura que quisiera poder sufrir y morir, y se arrastra a sus pies, llorando.

Al abrir de nuevo sus divinos ojos, los dirige hacia ella, y encuentra el corazón de Cassandra adormecido.

¡Qué magnífico monólogo podría hacersel

Contempla el universo, los planetas y los mundos que se forman y envejecen.

Dejó el sol.

—El sol es mi sombra; lo dejo errar solo, etc., etc.; yo, *dios, pienso y veo*. Mi mirada va del universo a

(1) Bosquejo del poema que responde a la idea, ya expresada precedentemente, de que la Humanidad sobrepasa, en un sentido, a la grandeza divina, puesto que el hombre puede sacrificar su vida y el dios no puede hacerlo. Así, pues, la joven rechaza al dios y ama a un hombre que puede morir con ella y por ella.—*Nota de Luis Ratisbonne.*

la tierra, de la tierra a la raza humana, y, desde ésta, al corazón de Casandra. El universo es inmenso, y este corazón es grande también.

Lanza un grito. Ve que ella ama a un hombre, a un mortal.

—¿Le mataré? No; la mataría a ella; no puedo hacerlo. Es preciso castigarla con aquello mismo que me hace sufrir... Padecerás mi propia tortura; adivinarás el porvenir; *sufrirás tanto como un dios...*

Cassandra adivina el porvenir y se torna pálida como un cadáver. El dios la consigue; pero no logra nada; ella le odia más que nunca, y sólo puede obtener la muerte de él. La deja vivir hasta que se rinda Troya y Agamemnon se la lleve...

Por fin, yo soy esclava, y seré pronto muerta...

Había resistido a su amor por el del joven; pero sabe que éste va a morir...

—¡Oh! Ven—dice—; ven. ¡Todo mi corazón es tuyo!

Lélith.—En aquella época, Lélith encontró a Éloa. En vista de los vicios egoístas del hombre, Lélith creyó que había que destruirlo, y fundó la religión de los estranguladores.

Canto de los obreros.

La vida es un vasto taller
Donde, dedicado a su oficio,
Todo el mundo es útil.
Se obra en un común esfuerzo;
Valido el débil por el fuerte
La tarea es fácil.
Golpeemos el hierro, etc.
Dios del trabajo, Dios de paz
En la obra te manifiestas;
Fuego tu mano enciende.
El obrero, desde su cuna,
Tu mano ve sobre el martillo,
Tu rodilla en el yunque.

La Mina.—Mira la mina, en la que arde y corre un fuego eterno y las aguas desconocidas que se arremolinan y el humo que sale por los volcanes.

Piensa en la pequeñez de ese hormiguero que desciende a la mina y no deja que te embriagues con las pretendidas bellezas que el hombre-hormiga sueña, escribe, calcula y canta.

Todo eso es sólo bello para el hormiguero, así como también sus *mitologías* son proporcionadas a su debilidad.

Pasada una noche, te dormirás bajo el influjo del *desprecio divino y consolador*.

Un héroe.—Un desprecio profundo me invadió. La sátira amarga salía de mi corazón y despedía hacia fuera sus oleadas verdes.

Vi a aquellos cuya sangre había sido vertida, y mi alma salvó aquel torrente en el que iba a quedar sumergida para siempre.

Vi cosas bellas y grandes, cosas de ayer, que quiero cantar.

Rey Carlos Alberto: combatiste como Sobieski, por los ingratos. Emancipaste a Milán, y Milán hizo fuego sobre ti; Génova tomó las armas para derribar tu trono.

Entonces exclamaste, como los caballeros y como Amadis de Gaula con Galaor y Esplaudián, cuando arremetiste contra los húsares de Hungría:

— ¡Al desquite!

Volviste cubierto con la sangre de tus enemigos y con la tuya propia, abandonando los caballos muertos entre tus espuelas, y, como Roderick le Goth, abandonaste la batalla y la corona, pasando a pie por encima de los cadáveres de tus lanceros.

Preferiste la soledad a un trono humillado por el vencedor tudesco o minado por los *condottieri*.

Temple-Bar.—En la ciudad negra, cerca de Temple-Bar, hay una casa de ladrillos grises.

Se presentó en ella un viejo truhán, que pronunció el siguiente discursillo con aire de benevolencia:

—Soy un honrado comerciante portugués. Me gustan los viajes. Un día estaba en El Cairo, en casa de Mehemet-Ali-Pachá, el cual me dijo: «Ven a ver una cacería de hombres.» Partimos con las columnas

egipcias. Los negros no nos esperaban. Cogimos cinco mil. Creían que las balas no producían mas que erosiones, y se frotaban con tierra las heridas; pero se quedaban sorprendidos de morir después, y *nosotros nos reíamos mucho*. El bajá me dió quinientos negros... Soy un honrado comerciante portugués, y le recomiendo a usted la casa Lorenzo y Compañía.. Partí en el *Clemencia* con mis negros, todos en la cala del barco. Un barco inglés me seguía. Arrojé veinte barricas al mar. Cada una llevaba dos negros encadenados. Los ingleses se detenían estúpidamente para salvarlos. Los engañé bien, pues sabía hacer economías; ataba a un negro bueno y otro malo, o a uno vivo y otro muerto, y mientras los ingleses se entretenían en salvarlos, yo me alejaba. Levantóse bastante niebla. Llevé la mitad de los negros a La Habana. Allí, los españoles tienen mejor sentido, como católicos que son. Saben que un hombre necesita veinte años para desarrollarse. Sólo les gustan los esclavos machos, y ya grandes. Si únicamente llevé la mitad, fué porque soy demasiado bueno... Soy un honrado comerciante, señores... Sí; verdaderamente, fuí demasiado bueno... Permití que, de vez en cuando, les dejasen subir al puente... Pero, para privarme de mi venta, *aquellos ladrones se arrojaban al mar y se ahogaban*. Sin embargo, vendí doscientos, sin contar *las madres*. Así, pues, me hice con un honrado capital. Mi hijo compró hermosas tierras en Francia con algunos millones que le dí, y

dos princesas honran sus bailes de París con su presencia... No hay nada mejor... Mi nuera aprenderá a escribir, si quiere, y los autores corregirán sus faltas de ortografía... Aseguradme, pues, el porvenir de mi comercio, y después pronunciaréis un discurso contra la trata de negros...

El abogado le aseguró el navío, y luego se dirigió al Parlamento, donde, hablando de la abolición, conmovió a la asamblea e hizo llorar a dos buenas cuáqueras.

¡Ah, ciudades del infierno, París y Londrest! Sois dos cortesanas, cortesanas del oro, fingís ser modestas; bajáis los ojos y os subís a un tablado que cubrís con un paño verde y denomináis *tribuna*...

Eleváis mucho la balanza de oro de la justicia, pero ocultáis en vuestras mangas las pesas falsas que colocáis en aquélla.

Sólo falta ahora que su hijo coja a ese hombre por los hombros, lo ponga en la puerta, lo arruine, lo traslade a un hospital, y que éste, convaleciente y febril, salga sin ropa para ir a morir en la calle.

Sólo entonces se habrá cumplido la justicia que emana de nuestra conciencia, que nace y muere con nosotros mismos...

Los tres forzados.—En Brest, en las galeras, próximos los tres a ser libertados, se hacen mutuo juramento de no volver a cometer ningún crimen.

Al buscar trabajo son rechazados en todas par-

tes, y se reúnen para encender carbón y asfixiarse.

—Ya no tenemos fe cristiana; amamos a nuestros hermanos porque el corazón nos lo ordena; nunca matamos a nadie.

—Yo fabriqué moneda falsa.

—Yo hice billetes falsos.

—Yo fui cómplice en la violación de una muchacha.

—Vamos a buscar trabajo.

Todos los burgueses les preguntaron:

—¿Quiénes sois?

—No somos criminales sanguinarios; queremos vivir en paz con la sociedad; nunca hicimos daño al hombre ni a la mujer.

—¿Quiénes sois?

—No somos vuestros enemigos. Contrariamos a la sociedad en sus leyes, pero jamás hicimos morir a un ciudadano; hemos herido a las costumbres y a las leyes, pero no a los seres vivos.

—Extranjeros: os preguntamos quiénes sois, y nos respondéis diciéndonos quiénes no sois.

—Somos galeotes libertados.

—Retíraos y moríos de hambre.

—Muramos, pues, y encendamos el carbón.

Estancias.—Habiendo nacido hidalgo, he compuesto la oración fúnebre de la nobleza, de la nobleza aplastada,

Entre reyes ingratos y envidiosos burgueses.

Siendo poeta, he mostrado el recelo con que miran al poeta todo pleiteador de negocios públicos y el vulgo de los salones y del pueblo.

Como oficial, he descrito cuanto he visto: el *gladiador* sacrificado por las *fantasías políticas* del pueblo o del soberano.

He dicho todo lo que sé y todo cuanto he sufrido.

Satanás, salvado ⁽¹⁾.

CANTO PRIMERO

El infierno.—Será el infierno del pensamiento. Las almas inmortales se recuerdan en la soledad y en la noche. No poseen la distracción y el goce de obrar.

(1) Uno de los proyectos por más largo tiempo acariciados por Alfredo Vigny era el de hacer una continuación de *Eloa*. Hacía mucho tiempo que conservaba la idea de este poema. En diferentes ocasiones, esbozó y recompuso el plan y escribió algunos versos. La idea era nueva y tan bella como la que había inspirado la primera concepción de *Eloa*, el ángel mujer, el ángel de la piedad, nacido de una lágrima divina. Se trataba de hacer salir del infierno a este ángel caído, de salvar a aquel pobre condenado, el menos criminal, el más simpático, sin duda, que recibió el infierno. Y el poeta imaginó el medio de salvar a Satanás mismo por la gracia de *Eloa*, de abolir el infierno por la virtud todopoderosa del amor y de la piedad. ¡Qué lástima que no haya dejado compuesto el poema soñado! He aquí el primer plan que concibió, y donde aparecen ya algunos hermosos versos: *disjecti membra poetæ*.—Nota de Luis Ratisbonne.

El recuerdo de la vida, el pesar de no haber obtenido y fijado el disfrute que deseaban, el dolor de no poder comprender la eternidad, problema al cual se hallan sujetos, era el suplicio de las almas condenadas y de los ángeles caídos. El pensamiento eterno es un fuego devorador; rueda, vuela, y en vano su ala recorre el universo; no abandona al alma que trabaja, que labora como un campo demasiado fecundo. En vano el alma se debate contra él; la lucha duplica el dolor. El pensamiento la persigue, la domina y le obliga a exhalar profundos suspiros.

CORO DE LOS RÉPROBOS

Volvednos, devolvednos nuestros cuerpos de arcilla,
El corazón que sufre tanto por ser tan frágil;
Golpead el cuerpo, el corazón; verted la sangre,
Y sufriremos menos que en la leda mansión;
Donde el alma frente a ella sola está y olvidada,
Que el pensamiento es la desgracia.

Eloa no habló después de su caída. Había permanecido inmóvil, recogida en la sombra eterna como una piedra preciosa que despidе sus radiaciones. La noche era menos profunda después de su llegada. Los espíritus pasaban y volvían a pasar por su lado, para verse en la luz de su belleza, y su desesperación se apaciguaba. Un poder superior impedíale a Satanás que se acercase a ella. Deambulaba a su alrededor, como un lobo alrededor de una oveja encerrada

en una casa de cristal. El lobo veía cómo la luz iluminaba a su víctima, pero ignoraba qué era lo que le impedía tocarla. De vez en vez, lanzaba imprecaciones y se regocijaba ante las desgracias del hombre.

La tierra es desgraciada y gime suspendida,
Entre el Maestro y yo dividiendo el espacio,
Y sigue sollozando su ruta dolorosa.
Es el eterno teatro donde luchamos ambos;
Ruegos alzados hacia la bóveda inmortal,
Cual rechazado incienso cae en llanto sobre ella.
Sólo de arriba viene el rayo y el horror;
Cuando su dios le habla, demuestra su furor;
Él mismo, tan feliz como es y se dice,
Gime, pues yo le he oído, hecho el Hijo del hombre;
Que nada descendió sobre aquel mundo odioso
Que teñido de sangre no volviere a los cielos...

Cada vez que llegaban nuevos condenados al infierno, Éloa lloraba. Un día en que sus lágrimas corrían, el ángel maldito la miró; no gozaba ya ejecutando el mal. Ella le vió y le habló: él lloró... Sonrió Éloa y levantó su dedo hacia el cielo, además que nadie se atreve a hacer nunca en los infiernos...

—¿Qué tienes?—preguntó Satanás—. ¿Qué te ocurre...? ¡Sonríes...!

—¿Oyes...? ¿Oyes el ruido de los mundos que estallan y caen convertidos en polvo...? Ha terminado el tiempo. Estás salvado.

Le tomó de la mano, y las bóvedas del infierno se abrieron para dejarles paso...

CANTO SEGUNDO

El fin del mundo.—Al pasar, vieron hundirse todos los mundos.

El Cielo.—Dios había estado viéndolo todo hasta que ellos llegaron. Los ángeles estaban sentados. Un sitio había vacante: era el primero.

Una voz inefable pronunció estas palabras:

—Has sido castigado durante todo el tiempo; has sufrido bastante, puesto que has sido el ángel del mal. Has amado una vez: entra en mi eternidad. El mal no existe ya.

Otros fragmentos de «Satanás, salvado».

.....
Te voy a revelar los eternos secretos,
Un mal universal a la natura aqueja;
Un profundo dolor existe en la criatura,
Desde el ángel primero que en los cielos habita,
Hasta el postrer mortal más insignificante;
Desde el antiguo mundo cuyo anillo se enciende.
Hasta el último sol que entre todos esplende,
Todo en vano debátese en la férrea cadena
A la que Él ató el cielo, el hombre y el infierno.
Todos lloran bajando su humillada cabeza;
Un eterno suspiro es la voz de la vida,
Al que responde en la edad ilimitada
El eterno suspiro de la inmortalidad.

Una noche vagaba, a pie, por la montaña
 Cuyo pecho está en Francia y la espalda en España.
 Iba sobre su frente y me creía grande
 Al tener a mis plantas las aguas del torrente.
 Caminaba triunfante por la enorme cabeza
 Cuyo casco es la nieve y el hielo de la cresta
 Y armadura las rocas; y, hasta en el horizonte
 Veía deslizarse su vestido de musgo.
 Era ella; sí. Era la enorme centinela
 Que colocó Dios mismo como una guardia eterna,
 Separando a la vez las olas y pasiones:
 Aquí, dos océanos; más allá, dos naciones.

El fin de los mundos.

Escuchóse un estruendo inmenso y espantoso,
 Desde el punto del cielo do el Oriente comienza
 Hasta el trazo invisible do termina Occidente;
 De lo alto del Norte helado al Sur ardiente,
 Todo tembló transido de una angustia profunda.
 Por la sombra espesísima se vió cruzar un mundo;
 Caía, desprendido de la celeste bóveda,
 Y a pesar de sus rayos...

Sobre Héléna.

Un libro tal y como yo lo concibo debe ser compuesto, esculpido, asentado, tallado, acabado y limado y pulido, como una estatua de mármol de Paros.
 Sobre el pedestal, todos sus miembros deben ser dibujados puramente y medidos en justas proporcio-

nes. Es preciso que el perfil se encuentre tan puro de forma como el frente.

Una vez *expuesto* en este estado sobre el pedestal, el grupo o la estatua debe conservar para siempre cada pliegue de su manto, invariablemente esculpido.

No se debe modificar nada.

El público no permite que se le relate la misma historia de un mismo drama con dos desenlaces diferentes.

Los autores han tenido frecuentemente la debilidad de dejarse llevar por una especie de ternura paternal que sienten hacia sus intentos de la adolescencia; de aquí resulta un montón de fárrago acumulado sin gusto y sin orden. En medio de esta maleza, el lector no se toma siquiera el trabajo de escoger. ¿Para qué trabajar depurando lo que el autor no supo depurar y filtrar por sí mismo? Todo lo lanza a los vientos.

Héléna es un ensayo hecho a los diez y nueve años. Tiene un defecto fundamental, y es la acción del poema.

Una joven de las Islas Jónicas ha sido *violada* por los soldados turcos.

Su amante, que lo ignora, la conduce a bordo de un barco griego que guía y se dirige a Atenas.

La encuentra melancólica y anhelando la muerte. Él, que no ve ni desea más que la *victoria* para ofrecérsela a su amada, le habla de Grecia, mostrándose en lontananza al atravesar las Cícladas.

Ella ve una Grecia diferente, con sus ruinas y sus

tumbas. Al desembarcar, atacaron a Atenas. Una iglesia encierra los restos de la guarnición turca refugiada. Héléna ve a aquellos turcos que van a ser aniquilados, y se dirige hacia ellos exclamando:

—¡Me quedo aquí!

—¿Sin tu esposo?

—Mis esposos están aquí—dice—. Me quedo. Mi alma está *virgen todavía*.

He aquí el enigma.

Su amante—*Mora*, nombre escogido al azar, sin la premeditación demasiado atenta de los *Botzaris, Canaris*, etc., etc.—, su amante es demasiado *ingenuo* al atribuir su tristeza solamente al pesar de haber abandonado a *su familia para seguirle*. No abre los ojos hasta el momento en que se hace pública su confesión desesperada.

Al día siguiente, en el claro de luna, gime sobre sus cenizas, en las ruinas; invoca a Héléna, y le promete pasar su vida llorando sobre aquellas cenizas.

Sin embargo, se consuela al reflexionar en un rincón, y dice a su sombra que vacilaría antes de resucitarla, si tuviera poder para ello, y que la amó más estando muerta, en estado de fantasma y de recuerdo; que su amor sin honra se hubiera enfriado y enturbiado mucho; y termina exclamando:

Prefiero tus cenizas a dicha semejante.

Es esta una aventura mancillada por el fondo mismo del asunto, y después de su publicación observé

que las personas que me hablaban de ella con más *entusiasmo* y que mejor apreciaban lo que en ella había digno de la gran causa griega, no se interesaban en lo más mínimo por la *violada* heroína, ni, sobre todo, por el desengañado enamorado tras el *enojoso descubrimiento* del desenlace.

Rehacer otra aventura con los mismos personajes suponía una absurda e imposible tentativa. Yo mismo experimenté disgusto y tedio, sólo al realizar este ensayo, y la conclusión del examen de mí mismo fué la de romper el poema entero. Así lo hice, e hice bien.

Hoy, mi opinión sigue siendo la misma.

Algunos fragmentos de *aquella fecha* podrían ser impresos, juntamente con otros versos escritos en diferentes épocas. Tal vez aparezca algún día un pequeño volumen que podría titularse: *Fantastías olvidadas*.

APÉNDICE

Codicilo literario del testamento de Alfredo de Vigny.

El sobre que contenía el codicilo llevaba esta inscripción:

•Codicilo de mi testamento.

Propiedad literaria de todas mis obras, legada por mí a un amigo seguro, experimentado y nombrado aquí.

ALFREDO DE VIGNY. »

He aquí el texto del codicilo, transcrito en la minuta que obra en casa del señor Lamy, notario de París y uno de los ejecutores testamentarios de Alfredo de Vigny:

•Codicilo de mi testamento.

»Después de haber estudiado y comprobado la excelencia de espíritu y de corazón de mi amigo *Luis Ratisbonne*, lo instituyo y nombro propietario absoluto y legatario de mis obras literarias de todas clases que han sido publicadas hasta el día de hoy. Libros y obras de teatro no tendrán otra autoridad mas que la suya en la eterna ausencia del autor, y él ocupará mi puesto en todo.

»1.º Con la única condición de que no cederá nunca una nueva edición sino estipulando en el contrato que, agotada esta edición, volverá, expirado el contrato, a obtener la *plenitud* de su propiedad.

»Es decir, que sin promover litigio podrá ceder una nueva edición en cualquier forma que sea, incluso en aquella en la cual se haya impreso la edición más reciente.

»2.º Y con la segunda condición de que nunca el señor *Luis Ratisbonne* cederá a ningún editor la propiedad absoluta y la posesión perpetua de mis obras.

»Él sabe que la experiencia ha demostrado que, para excitar y renovar la curiosidad pública, los editores profanan con *prefacios* y anotaciones dudosas—cuando no hostiles y pérfidas—las ediciones póstumas de las obras célebres.

»Con objeto de poner para siempre mi nombre a salvo de estas insinuaciones literarias afrentosas y perjudiciales, mi amigo el señor *Luis Ratisbonne* acepta gustoso este modesto legado.

»Su encantadora familia sólo se compone hasta el presente de varias niñas de corta edad.

»Pero si más adelante tuviera un hijo varón le transmitirá mis instrucciones.

»De lo contrario, las recibirá uno de sus yernos, o bien un autor amigo suyo, ora sea un poeta, ora sea un escritor eminente que él elija por sí mismo como yo hago ahora.

»Escrito en París el sábado 6 de Junio de 1863.

ALFREDO DE VIGNY. »

FIN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

